

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR

*Área de Letras
Maestría en Estudios de la Cultura
Mención en Políticas Culturales*

*Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera.
Misioneros y naturalistas en América Andina
durante el siglo XVIII*

Edgardo Pérez Morales

2006

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de Magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autor, autorizo a la Universidad Andina Simón Bolívar la publicación de esta tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

Edgardo Pérez Morales

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR

*Área de Letras
Maestría en Estudios de la Cultura
Mención en Políticas Culturales*

*Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera.
Misioneros y naturalistas en América Andina
durante el siglo XVIII*

Edgardo Pérez Morales

*Tutor
Guillermo Bustos*

Medellín-Colombia, 2006

Resumen:

El presente trabajo se acerca a los relatos de viaje de un misionero y un naturalista que recorrieron la América Andina septentrional durante el siglo XVIII: fray Juan de Santa Gertrudis y don Miguel de Santisteban. Para ello, se propone explorar varias de las realidades culturales de los viajes, es decir las prácticas corporales, las ideas, las matrices cognitivas, las formas de escritura y las relaciones con el entorno y con el medio social. El objetivo general es comparar y hacer específicas dichas realidades en relación con la percepción de la naturaleza, la construcción del paisaje y las valoraciones de la sociedad, campos considerados como experiencias mutuamente influyentes. Los relatos de fray Joseph Palacios de la Vega y de Francisco José de Caldas son usados como fuentes complementarias para esta exploración. De esta forma, se logra rescatar la importancia de las herencias de la Antigüedad Clásica, del Judeocristianismo, del saber medieval escolástico y de la semejanza, de la perspectiva moderna de la Ilustración y del proyecto de la Historia Natural, como matrices culturales constitutivas de la experiencia viajera, no sólo en el momento de la escritura, sino en la motivación de los viajes, en el diseño de sus recorridos, en la relación de los viajeros con el entorno geocológico y cultural, en los usos corporales y sensitivos que esto implica, y en la configuración de los textos que hoy se conocen como parte de la literatura de viajes.

Agradecimientos:

Muchas personas merecen mi gratitud y por muchos motivos. El profesor Óscar Almario García, de la Universidad Nacional de Colombia en Medellín, me dio a conocer la importancia y las posibilidades ofrecidas por los programas de posgrado de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Dicha institución me concedió una beca completa para llevar a cabo en óptimas condiciones infraestructurales y académicas la fase presencial del programa de Maestría entre octubre de 2005 y junio de 2006. La profesora Alicia Ortega, del Área de Letras, fue una coordinadora de Maestría ejemplar, siempre atenta a las necesidades e inquietudes de los estudiantes, y me colaboró con el diseño del proyecto de tesis. El profesor Guillermo Bustos, del Área de Historia y tutor de la tesis, tuvo conmigo una generosidad especial desde nuestro primer encuentro y nutrió notablemente mis perspectivas e intereses con sus cursos sobre *Estudios de la Cultura, Enfoques plurales del mundo Andino e Historia, memoria e identidad*; su oficina siempre estuvo abierta para mí, y en éste y otros espacios compartió conmigo su conocimiento y bibliografía ayudándome a dar forma a la inquietud general que animaría mi trabajo de tesis. Los profesores Roland Anrup, Fernando Balseca y Pablo Ospina compartieron amablemente materiales bibliográficos y perspectivas que fueron útiles para la presente investigación. En Medellín, como siempre, las conversaciones y las pistas bibliográficas de mi colega Juan David Montoya fueron de una utilidad irremplazable, los intercambios bibliográficos con el profesor Orián Jiménez nutritivos, y el apoyo de María Margoth, mi mamá, la condición sin la cual la tarea hubiese sido imposible. Al maestro Roberto Luís Jaramillo nunca terminaré de agradecerle por sus aportes trascendentales a mi formación profesional y personal. En el Ecuador, y particularmente en las aulas de clase y en la residencia estudiantil de la Universidad Andina Simón Bolívar, la vida durante el posgrado no hubiera sido lo que fue sin la presencia de Verónica Salazar Baena, Andrea Alba Cagua, Lolita Gambroudes, Fátima Tardío Quiroga, Fabián Monsalve Herrera, Manolo Rodas Beltrán, Teodoro Verdugo Silva, Norberto Apolinar Yibirín, Martín Jaime Ballero, Jaime Luna Obando, Diego Torres Saldaña y Eduardo Koppel Vintimilla. Gracias a todas las personas hasta aquí mencionadas, y otras tantas, las palabras del viajero Francisco José de Caldas me suenan más que familiares: “El 28 de marzo de 1805 dije mi último adiós a Quito. Las largas mansiones que hice en esta capital, la buena acogida que merecí a muchas personas de distinción, las amistades que había contraído me hicieron sentir más de lo que pensé a esta ciudad.”

Cuando ya se muestren a los mortales los primeros días de labranza, poned entonces manos a la obra, juntos los criados y tú, arando la tierra seca y húmeda en la época de la labranza y ganando tiempo muy de mañana, para que se llenen de frutos tus campos.

Hesíodo, *Los trabajos y los días*.

Tabla de Contenido

INTRODUCCIÓN.....	8
1. LA “EXPERIENCIA VIAJERA” EN AMÉRICA ANDINA DURANTE EL SIGLO XVIII	18
1.1. <i>La “literatura de viajes” y la “experiencia viajera”</i>	18
1.2. <i>Los viajes misioneros</i>	22
1.3. <i>Los viajes naturalistas.....</i>	26
2. VISIONES DE LA NATURALEZA	36
2.1. <i>Naturaleza, cultura e historia</i>	36
2.2. <i>La naturaleza y los mensajes de Dios y del Diablo</i>	38
2.3. <i>Acercamientos a la naturaleza: la esfera de los sentidos y el experimento.....</i>	45
3. CONSTRUCCIONES DEL PAISAJE.....	53
3.1. <i>Herramientas de interpretación</i>	53
3.2. <i>“Países” y paisajes en el ejercicio de la visión</i>	55
3.3. <i>El paisaje próspero y la felicidad terrenal en el ejercicio de la escritura.....</i>	64
4. VALORACIONES DE LA SOCIEDAD.....	70
4.1. <i>¿Adán en su Jardín?.....</i>	70
4.2. <i>El hombre bárbaro: de la desnudez al desafío de “ambas majestades”</i>	73
4.3. <i>El “vasallo instruido” y la explotación racional de la naturaleza.....</i>	80
CONCLUSIONES.....	85
Fuentes y bibliografía.....	89

INTRODUCCIÓN

Naturaleza, paisaje y sociedad son realidades y campos de análisis diferenciados, pero al mismo tiempo interdependientes y mutuamente influyentes. El objetivo del presente trabajo, es develar la percepción de tales campos en la experiencia viajera de misioneros y naturalistas que recorrieron la parte septentrional y el extremo norte de América Andina, actuales Ecuador, Colombia y Venezuela, durante el siglo XVIII. Se pretende indagar las diferencias o similitudes que sobre los tres campos de análisis propuestos presentan las experiencias viajeras misionera y naturalista, enfocando las prácticas, matrices culturales, contenidos cognitivos, formas de escritura y formas de relacionarse con el entorno y la sociedad que en dichas experiencias se presentan. Este ejercicio de investigación es posible en tanto que las páginas en blanco del viajero que escribe son llenadas con sus experiencias e intereses particulares, con el recuerdo y con los hallazgos de otros viajeros y de otras páginas ya escritas.¹ La percepción y la escritura se fundan así sobre una cadena de voces y letras autorizadas que ayudan a conformar una polifonía compleja en el que se escuchan el saber de la Antigüedad Clásica, el saber medieval (la semejanza y lo maravilloso), la cultura judeocristiana, el proyecto linneano de la Historia Natural y la perspectiva naturalista de la Ilustración. Reducir por separado cada una de las experiencias viajeras que aquí serán tratadas a una sola de las anteriores matrices culturales sería escamotear la realidad heterogénea que la investigación permite poner de manifiesto, y por ende lo que se mostrará en las páginas siguientes es la imagen parcial de un palimpsesto que se deberá complementar en el futuro, y que además hace complejas, más no inútiles, categorías como ilustrado, naturalista o escolástico.

La extensión del trabajo impone una selección de los materiales primarios, y es por ello que la argumentación corre al hilo de dos experiencias concretas que hacen parte de un universo más amplio de misioneros y naturalistas, pero que se han escogido como muestras

¹ Fernando Balseca, *Of languages without vowels, rats in the living rooms, and other hardships on the tropics: cultural representations of eighteenth-century travelers and scientists in Ecuador*, Master of Arts Thesis, Department of Liberal Arts, Emory University, 1990, pp. 13-14.

representativas de alto valor que, además, hasta el momento han sido escasas o nulas abordadas por los investigadores. Se trata de las obras del misionero Fray Juan de Santa Gertrudis y del naturalista Miguel de Santisteban.²

Fray Juan de Santa Gertrudis, un hombre que había nacido en Palma de Mallorca a mediados de la década de 1720, y se había hecho sacerdote franciscano a fines de la década de 1740, viajó en 1756, junto con otros quince misioneros, con destino a las provincias del Putumayo en donde se estaban estableciendo misiones bajo las órdenes del Colegio de Popayán, fundado tres años antes. Según cuenta él mismo, había ya viajado por Europa, estaba “curtido en la navegación” y hablaba italiano y holandés.³ Sin embargo, su experiencia viajera en América prometía ser distinta desde el principio, y aunque en ella presencié “cosas tan singulares, que a quien no la ha [sic] visto, se le hace increíble”, nunca fue su intención escribir texto alguno al respecto. A su regreso a Europa, después de varios años y por petición de algunos amigos, sin embargo, la experiencia viajera habría de completarse cuando el fraile se diera a la tarea de recabar en su memoria y ejercitar la mente y la pluma para dejar una “histórica relación” de su viaje de once años en el Nuevo Mundo.⁴

Su relato ocupó cuatro extensos tomos de escritura heterogénea en lo tocante a la prosa como en lo que tiene que ver con indicaciones cronológicas, que son prácticamente inexistentes. A grandes rasgos, la obra fue distribuida de esta forma: en el primer tomo se concentró en las “cosas raras” que vio y vivió desde su salida del puerto de Cádiz en 1756, y particularmente desde Cartagena hasta su misión en el Putumayo; esas “cosas raras”, con todo, seguirán presentes en los otros tomos, que están dedicados, el segundo, a relatar un viaje mendicante de dos años que hizo fuera de su pueblo en busca de auxilios para el mismo y que lo llevó a cruzar

² Fray Juan de Santa Gertrudis OFM, *Maravillas de la naturaleza* [ca. 1775], Bogotá, Biblioteca Banco Popular, cuatro tomos, 1970 (en adelante se citará: *Maravillas de la naturaleza*). David J. Robinson, transcripción y estudio preliminar, *Mil leguas por América. De Lima a Caracas 1740-1741. Diario de viaje de don Miguel de Santisteban*, Bogotá, Banco de la República, 1992 (en adelante se citará: *Mil leguas por América*).

³ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, pp. 45, 48 y 65.

⁴ “Varias veces me instaron algunos amigos, que escribiese algo de lo que en once años allá había visto, y yo siempre me hallaba renitente; hasta que por fin hallándome algo desocupado de mis principales obligaciones, a instancias de otro amigo, determiné escribir parte de mi peregrinación, y trabajos, sin críticas, ni elevado estilo sino sencillamente lo que he visto.” *Maravillas de la naturaleza*, t. I, p. 38.

la cordillera oriental andina de la actual Colombia, recorrer el valle del Magdalena y de nuevo subir la cordillera hasta las jurisdicciones de Tunja y Santafé, ciudad capital donde además buscaba resolver un conflicto con uno de sus superiores; el tercero, a relatar un segundo viaje, que probablemente tomó lugar entre 1759 y 1761, el cual lo llevó a recorrer la Audiencia de Quito, visitando Pasto, Barbacoas, Tumaco, Quito e Ibarra, entre otras villas y pueblos; el cuarto tomo, finalmente, cumple dos objetivos: hacer relación detallada de las obras misionales que llevó a cabo entre los indios de las naciones encabellados y murciélagos y narrar cómo los redujo a vida en un pueblo bajo buenas costumbres y gobierno cristiano, por un lado, y, por el otro, relatar su viaje de regreso a España que lo llevó de nuevo al Reino de Quito y a recorrer el Perú por la costa hasta Lima, pasando por Lambayeque, Cajamarca, Angamarca, Guailas y Guaras, y, antes de zarpar, internarse en la sierra visitando lugares como Ocopa, Tarma y Cuchero.

Los manuscritos del fraile se conservaron en la Biblioteca Pública de Palma de Mallorca, nulamente consultados por los investigadores americanistas hasta la década de 1950, cuando fueron transcritos por el historiador español Jesús García Pastor, y convertidos en textos impresos para la Biblioteca de la Presidencia de Colombia, gracias a los oficios del español José Tudela de la Orden (1890-1973) y del colombiano Guillermo Hernández de Alba (1906-1988), cuyos esfuerzos por conocer y difundir manuscritos españoles sobre América coincidieron a mediados del siglo XX, cuando en Colombia se profesionalizaba la práctica de las ciencias sociales, lo que en el caso de la Historia iba de la mano de la renovación de las fuentes primarias y de su tratamiento y uso. Por aquel entonces, precisamente, la actividad de las colecciones bibliográficas estatales era guiada por profesionales de cada área, e instituciones como la Escuela Normal Superior, el Instituto Etnológico Nacional y la Universidad Nacional de Colombia, estimulaban la renovación del conocimiento del pasado. Posteriormente, la misma obra fue reeditada por la división cultural del Banco Popular en 1970, en una biblioteca cuyo fin era poner al alcance de un público más amplio que el de los investigadores especializados, importantes testimonios históricos y literarios. Dicha edición fue usada para la presente investigación, pues

otra más reciente realizada con motivo del quinto centenario del descubrimiento de América e incluida en una colección de viajes de la Presidencia de Colombia, no resulta de mayor interés y más bien dificulta el trabajo del lector especializado; con todo, es una gran ventaja que tal edición haya sido publicada de manera digital por la Biblioteca Luís Ángel Arango de Bogotá.⁵ La obra de Santa Gertrudis es de amplio conocimiento entre los estudiosos del siglo XVIII colombiano, pues a pesar de contener información sobre Ecuador y algo sobre Perú, sus ediciones impresas han circulado sólo en Colombia, pero hasta ahora su uso se ha limitado a extraer información y datos sobre temas específicos de historia social y económica.

Por su parte, Miguel de Santisteban era un panameño de importante familia nacido en 1691, cuyas hermanas residían en Quito y que hasta poco era considerado peruano, por haber estudiado allí y por haber sido corregidor de indios en la sierra peruana. Santisteban se enroló como soldado en 1706 y enfrentó como teniente de Mar y Guerra del Imperio español a los corsarios ingleses en la década de 1720. Ahora bien, no sólo era un hombre criollo de carrera militar como muchos otros. En su relación de méritos, en efecto, manifestó que en la Real Universidad de Lima se había instruido en la “Geometría especulativa, en la Trigonometría plana, y esférica y náutica, resolviendo los más difíciles problemas en la Aritmética natural y artificial, y en la Geografía y Náutica en que hizo un ventajoso progreso.” Todo esto, indica que pretendió ejercer su carrera militar siguiendo los derroteros técnicos y cognoscitivos de la ciencia moderna, lo cual años después sería impulsado de manera oficial por la Corona española. Además, en contraste con los modelos “peripatéticos” de formación más comunes hasta entonces, en los cuales primaba la educación religiosa (teología, liturgia, derecho canónico) y su vínculo con la filosofía escolástica y las tradiciones convencionales y de mayor peso como el aristotelismo y el tomismo,⁶ el panameño tuvo una férrea voluntad de adscripción al mundo nuevo del conocimiento científico, que se detallará más adelante, la cual es manifiesta cuando

⁵ <http://www.lablaa.org/blaavirtual/faunayflora/maravoll/indice.htm>

⁶ Rosemarie Terán Najas, “La Iglesia en los Andes en el siglo XVIII”, en Margarita Garrido, ed., *Historia de América Andina. Vol. 3. El sistema colonial tardío*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Libresa, 2001, pp. 196-201.

relata que “en 6 de mayo de 1749 le expidió la Real Academia de las Ciencias de París, informada de su capacidad, e inteligencia [...] letras patentes de su Académico.”⁷ Su vocación de naturalista y observador moderno, claramente manifiesta en su primer viaje aquí estudiado, se consolidaría entre los años 1751-1762, época en que se dedicó, por mandato de las autoridades virreinales de Santafé, a recorrer las montañas del sur de la Audiencia de Quito en una expedición que tenía por fin establecer el conocimiento necesario sobre la quina y sus posibles estrategias y rutas de exploración y comercialización. Posteriormente, el contacto intelectual con el gaditano José Celestino Mutis, renovador intelectual en Santafé y quien dirigiera la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, acabaría de insertar a Santisteban dentro de un reducido grupo local que compartía, sin bien con eclecticismo, un modelo cognoscitivo crítico, basado en la experimentación y la observación, y que a su vez se imaginaba como parte de una amplia comunidad cuya tarea universal era adelantar la Historia Natural y contribuir a la prosperidad del género humano.⁸

Años antes, una vez concluidas sus tareas como corregidor de Canas y Canchis, Santisteban se hallaba en Cuzco, en septiembre de 1739, con dos amigos suyos discutiendo la logística de un viaje a España, cuyos motivos específicos resulta complejo determinar. En mayo de 1740, ya en Lima, Santisteban y sus compañeros determinaron que junio era el mes de la partida y que, ante la presencia de enemigos ingleses en Portobelo, el viaje se haría por tierra hasta Caracas para de allí embarcarse a Europa. Con todo, la primera etapa de su recorrido fue por mar: desde El Callao hasta Guayaquil. De allí emprendieron el ascenso a la serranía andina; llegaron a Quito a fines de agosto, donde permanecieron dos meses y medio en espera de sus compañeros. La navidad de aquel año la pasaron en Pasto, y para marzo de 1741 su viaje ya los había llevado hasta Honda, a las orilla del río Magdalena, punto neurálgico de las

⁷ *Mil leguas por América*, Apéndice II, p. 274.

⁸ David J. Robinson, “Estudio preliminar”, en *Mil leguas por América*, pp. 26-40; Renán Silva, “José celestino Mutis y la cultura intelectual en la sociedad colonial neogranadina” [1981], en Renán Silva, *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia cultural*, Medellín, La Carreta, 2005, pp. 47-78; Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* [1992], Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 57.

comunicaciones entre el Caribe y el interior andino del Nuevo Reino de Granada, y de donde viajaron a Mompóx con la intención de buscar su salida a Europa por Cartagena. Ante la imposibilidad de lo anterior, Santisteban regresó a Honda y viajó hasta Santafé, desde donde emprendió su camino hasta Caracas pasando por Tunja, Pamplona, Mérida y Barquisimeto. A Caracas arribó en septiembre de 1741 pero su viaje a España se pospuso hasta abril de 1742, tal como lo anunció al final de su diario de 180 folios.⁹ En dicho escrito se ocupó de detallar los pormenores logísticos de su viaje, las características naturales y sociales de los sitios visitados, sus observaciones y apreciaciones de las mismas, y sus estrategias para acercarse, directamente y a través de la experimentación o la interacción, al mundo natural que lo rodeaba. Igualmente, escribió algunos párrafos sobre política y economía de su época, sobre todo considerando la realidad Imperial de la cual hacía parte la porción americana por él recorrida, y con la intención de emitir su opinión sobre las reformas que en dichas materias eran necesarias.

De la obra de Santisteban se conservan dos copias manuscritas, una en la Biblioteca Nacional de París y la otra en la Biblioteca Pública de Nueva York. Antes de su transcripción y publicación completa, a cargo del geógrafo norteamericano David J. Robinson, varios estudiosos, particularmente en Venezuela, tenían noticia de la existencia del diario, y habían realizado transcripciones parciales de la parte concerniente a aquel país. En el Ecuador y Perú también era poco conocido. En Colombia, el historiador Roberto Luís Jaramillo, profesor de paleografía, diplomática, cartografía e historia colonial en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, conocía la importancia de tal obra e inquietó a su amigo y colega Robinson para que lo estudiara, transcribiera y publicara como libro impreso. La sugerencia del profesor Jaramillo fue seguida por el investigador norteamericano, pues años antes una sugerencia similar había rendido muy buenos frutos con la publicación de una antigua relación de un gobernador colonial de la provincia de Antioquia, lo que seguramente constituyó un buen antecedente para gestionar esta nueva publicación, incluida en la Biblioteca del Banco de la República de

⁹ David J. Robinson, *Op. cit.*, pp. 21-25 y 61-70.

Colombia a inicios de la década de 1990. La obra fue bien recibida por los historiadores en Colombia, pero, como se señalará más adelante en este trabajo, no ha sido explorada con profundidad por la sospecha infundada de su simplicidad y poca utilidad para investigaciones distintas a la historia económica y del poblamiento colonial.¹⁰

A las experiencias y relatos de estos dos personajes, además, se suman otros que en un segundo plano han servido para detallar, ampliar, reafirmar o contrastar la información empírica y las hipótesis de análisis que permiten el examen de los dos principales protagonistas. Los actores de reparto son el misionero peninsular fray Joseph Palacios de la Vega y el naturalista ilustrado y mártir de la emancipación colombiana Francisco José de Caldas.

Antes de dar comienzo a esta exploración, y ya expuestos los detalles básicos de los viajeros y las obras que sirven de materia prima de esta investigación, se hace necesario anunciar ciertas especificidades del trabajo que el lector tiene en sus manos. En primer lugar, he conservado en el título del trabajo la noción de América Andina, a pesar de que no todo el mundo andino es explorado aquí, porque permite indicar que los temas enfocados hacen parte de procesos mucho más amplios e inclusivos que deberán ser abordados en investigaciones más rigurosas que den cuenta de experiencias similares en Perú, Bolivia, el occidente argentino y Chile. La noción es ciertamente polémica y compleja, pero ante todo tiene la ventaja epistemológica de borrar las fronteras nacionales de reciente creación, espantar algunos estereotipos geográficos y culturales (lo andino como exclusivamente indígena y altimontano) a menudo presentes y muy fuertes en el campo de la creación literaria que se supone andina, y llamar la atención sobre una realidad macro-geográfica múltiple que da sentido a un proceso diverso y milenario de poblamiento y cultura. Así, pues, asumo que

Más allá de ciertas visiones geográficas o restringidas, lo andino no se circunscribe a lo altoandino, sino que integra toda la pluralidad, desde el altiplano hasta la costa y la amazonía;

¹⁰ Debido a cuestiones de espacio, para mayor información sobre la vida y las obras escritas de Santa Gertrudis y Santisteban, remito al lector a estudios previos muy bien fundamentados: Juan García Pastor, “Introducción” [1956], y Juan Luís Mejía Arango, “Fray Juan de Santa Gertrudis, un cronista tardío” [2004], en *Maravillas de la naturaleza*, Biblioteca virtual del Banco de la República, Biblioteca Luís Ángel Arango, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/faunayflora/maravol1/mara0.htm>; David J. Robinson, *Op. cit.*

desde los límites de las pampas hasta las playas del Caribe. Desde un punto de vista amplio, América Andina es un espacio que tiene los Andes como espinazo, pero abarca la diversidad de una amplia porción de Sudamérica.¹¹

De esta forma, los escenarios geográficos que se mencionarán en las siguientes páginas y que fueron aquellos por los cuales los viajeros aquí estudiados llevaron a cabo sus recorridos, incluyen las alturas andinas septentrionales y del extremo norte (sierra ecuatoriana, cordilleras colombianas y sierra de Mérida en Venezuela); las tierras bajas de los valles interandinos (principalmente valles de los ríos Cauca y Magdalena) y de las costas y sabanas del Pacífico y el Atlántico (costas de Ecuador y sabanas del Caribe colombiano); y las tierras bajas de la amazonía (cuena alta y media del río Putumayo).¹² La mutua influencia de territorios y regiones ecológicas y geográficas tan disímiles ha sido puesta en evidencia por múltiples estudios geográficos, históricos, etnohistóricos y antropológicos, que en las últimas dos décadas, particularmente en Ecuador y Colombia, se han llevado a cabo en el contexto de un creciente interés por la región andina septentrional y sus territorios adyacentes, animado por agentes de investigación externos e internos y como parte de las labores de diferentes centros universitarios, institutos de investigación y compañías y proyectos editoriales.¹³ Espero que el presente trabajo se constituya en un aporte, si bien modesto, a este rico campo de investigación histórica y cultural.

En segundo lugar, lo que aquí se reconoce como “experiencia viajera” es fruto de mi intención por sentar las bases para comenzar a superar los límites más comunes de la investigación sobre el fecundo campo de la literatura de viajes, a menudo delineados por la

¹¹ Enrique Ayala Mora, “Presentación General”, en Luís Guillermo Lumbreras, ed., *Historia de América Andina. Vol. 1. Las sociedades aborígenes*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Libresa, 1999, p. 15.

¹² Las grandes divisiones de la región andina cordillerana son, de sur a norte, los Andes meridionales, los Andes centro-sur, los Andes centrales, los Andes septentrionales y el extremo norte. Luís G. Lumbreras, “Introducción al volumen”, en Luís Guillermo Lumbreras, ed., *Op., cit.*, pp. 27-33. Sobre la realidad geográfica contemporánea de los países andinos puede verse Olivier Dollfus, *Territorios andinos. Reto y memoria*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos, 1991, pp. 161-191.

¹³ Óscar Almario García, “La etnohistoria de los Andes del sur de Colombia y las tierras bajas adyacentes del Amazonas y del Pacífico”, en Óscar Almario García, *La invención del suroccidente colombiano. Tomo I. Historiografía de la gobernación de Popayán y el Gran Cauca, siglos XVIII y XIX*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, Concejo de Medellín, Corporación Instituto Colombiano de Estudios Estratégicos, 2005, pp. 43-120.

realidad discursiva escrita y aislados de otras realidades culturales y procesos históricos previos y posteriores a la escritura. Esta intención es ante todo un “invitatorio” a futuro, pues debido a los límites de tiempo y espacio asignados a esta investigación es imposible hacerla realidad, por lo que en muchos aspectos el análisis que he realizado es exclusivamente análisis de discurso escrito. Así, usar dicha categoría y lo que podría implicar, se constituye en el primer esbozo de una orientación analítica que pretendo desarrollar posteriormente y que se guiará fundamentalmente por una reconstrucción rigurosa que a través de la crítica y la comparación de fuentes de diversa procedencia permita trazar las rutas seguidas por los viajeros, conocer sus vidas antes y después de los viajes, especificar sus vínculos institucionales y sociales, aclarar las etapas de su formación familiar, religiosa y universitaria, y establecer las genealogías de sus redes de amistad, compadrazgo y mecenazgo. Igualmente, la suerte que corrieron los textos manuscritos por ellos producidos, incluyendo su circulación, apropiación y posterior transformación en textos impresos, es un proceso histórico que aún necesita investigación detenida.

El trabajo se compone de cuatro capítulos. En el primer capítulo se aborda el tema de la “experiencia viajera” como un campo de análisis que en perspectiva histórica podría servir para complementar y obtener mejores réditos del análisis de los textos de la literatura de viajes, señalando además la existencia de una bibliografía importante al respecto, que en gran medida ha servido para orientar el presente trabajo. En las dos secciones siguientes del capítulo, se aborda el contexto general de los viajes en la América Andina del siglo XVIII, mostrando los rasgos fundamentales de la experiencia histórica del siglo XVIII en la cual se gestaron dos tipos de viajes, uno misionero y otro naturalista. En el segundo capítulo se aborda la percepción de la naturaleza, presentada en primera instancia como parte de la cultura y por ende como un problema histórico, enfocando la tradición que ve en el mundo natural el receptáculo de los mensajes de Dios y del Diablo que el hombre debe leer y enfrentar, para luego demostrar un cambio fundamental de sensibilidad que los viajeros naturalistas introducen, pues, haciendo uso

del universo racionalista, empírico y cognitivo de la ciencia moderna o sus primeros esbozos, se acercan a la creación haciendo a un lado las ideas sobrenaturales y a través del uso controlado de los sentidos y de estrategias de experimentación y medición. En el tercer capítulo, haciendo uso de la noción de paisaje como herramienta heurística, se abordan dos prácticas concretas fundamentales de la experiencia viajera: por un lado, el ejercicio de la visión del mundo exterior delimitado por unidades paisajísticas conocidas como “países”, y, por otro, el ejercicio de la escritura en el cual el uso de imágenes o convenciones narrativas como la prosperidad y la felicidad facilitan llevar al mundo de lo escrito la experiencia visual. De esta forma, se demuestra que la construcción del paisaje como algo que se ve y se relata está mediada por una experiencia estética particular, que a menudo ha sido vista como una exclusividad de los viajeros románticos del siglo XIX. Cabe anotar que no se ignora la construcción del paisaje como un proceso físico de transformación del entorno, y de ahí que se cite el caso del proyecto urbanizador y agropecuario del misionero Santa Gertrudis en su pueblo de misión en las tierras bajas del Putumayo. Finalmente, el cuarto capítulo tiene como objetivo evaluar la percepción de la sociedad que tenían los viajeros, pues aunque ésta se ve aparecer a menudo en la experiencia viajera, se ha pensado que para los naturalistas las personas de las áreas por ellos recorridas eran menos que inexistentes. En contraposición con lo anterior, se muestra cómo el protagonismo de la alteridad social entre los viajeros tomó sentido mediante un ejercicio de valoración que calificaba o descalificaba sociedades de acuerdo al nivel de apego a las costumbres materiales, religiosas y políticas de la sociedad hispánica peninsular y criolla dominante. Esto incluía, obviamente, su relación con el entorno natural y su fidelidad al monarca católico, por lo cual se generaron dos personajes o valoraciones fundamentales como polos opuestos de las sociedades: el bárbaro y el vasallo instruido. Tal como escribió Santa Gertrudis en sus memorias de viaje, espero, “amado lector”, que este texto sea de su interés, agrado e instrucción.

1. LA “EXPERIENCIA VIAJERA” EN AMÉRICA ANDINA DURANTE EL SIGLO XVIII

Caminantes, viajeros, rutas, diarios y memorias de viajes figuran cada vez con más protagonismo dentro del amplio espectro de las prácticas investigativas históricas y culturales al igual que dentro de los canales de difusión del conocimiento generado por dichas prácticas, como lo son las publicaciones especializadas destinadas a públicos profesionales o los medios televisivos de orientación *learning channel* preocupados por llegar a públicos muchísimo más amplios. Por ello, en la primera parte de este capítulo me acercaré de manera rápida a algunas producciones bibliográficas sobre el mundo de la literatura de viajes y de la experiencia viajera, y trataré de proponer que estas dos nociones hacen referencia a aspectos complementarios que considero deberán acercarse cada vez más en el futuro de este tipo de investigaciones. Posteriormente, especifico el contexto fundamental en el cual se dieron los viajes misioneros y los viajes naturalistas durante el siglo XVIII, de manera que se pueda comprender mejor cómo y por qué Santa Gertrudis, Santisteban y otros emprendieron unos viajes y escribieron unos textos que tienen características propias que comparten con otros viajeros y sus escritos.

1.1. La “literatura de viajes” y la “experiencia viajera”

Dentro del campo de las publicaciones especializadas en historia y literatura, es posible reconocer desde por lo menos mediados del siglo XX un fuerte interés por acercarse a lo que a grandes rasgos se ha reconocido como literatura de viajes; interés que se ha configurado heterogéneamente pues estas fuentes pueden enfocarse como canteras valiosísimas de información empírica sobre variados temas, o ser consideradas *per se* objetos de investigación para análisis más elaborados de tipo discursivo o literario, que se concentran particularmente en el *texto como monumento*, o para análisis de tipo histórico que, por un lado, evalúan la literatura de viajes a la luz de agendas de investigación que la vinculan con otros temas relevantes, o, por

otro, la examinan en sus dinámicas históricas de gestación, aparición, circulación y apropiación, llamando la atención sobre la importancia fundamental de los contextos políticos, económicos y culturales, las trayectorias de los autores, las interesantes “gestas” de los textos, bien sean manuscritos o impresos, y la a menudo heterogénea apropiación y circulación de estos entre públicos lectores. En estos casos se concibe el *texto como evento*.¹⁴ Mi intención al delimitar estas orientaciones analíticas no es descalificarlas o sobrevalorar la una sobre la otra, sino más bien llamar la atención sobre su complementariedad, la cual personalmente deseo explorar con mayor rigor en el futuro.

De esta manera, varios investigadores han venido proponiendo estrategias de clasificación y periodización para ordenar de manera rigurosa el *corpus* de la literatura de viajes en varios contextos. Así, G. Gómez de la Serna determinó el modelo y las características de lo que se podría considerar un “viaje ilustrado” en la España del siglo XVIII, al tiempo que subdividió este tipo de viaje en categorías específicas según los objetivos que se planteaban los viajeros, bien fueran económicos, científicos, artísticos, histórico-arqueológicos o literario-sociológicos.¹⁵ Los viajeros europeos a nivel global desde mediados del siglo XVIII y hasta el siglo XX, y particularmente aquellos que anduvieron en las “zonas de contacto” donde los agentes del colonialismo se veían cara a cara con los dominados, fueron analizados y periodizados por M. L. Pratt tomando en cuenta las dinámicas de las intenciones imperiales y del

¹⁴ Un ejemplo del uso de literatura de viajes como cantera de información empírica es Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*. T. I. *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible* [1967], Madrid, Alianza, 1984. Por otro lado, el análisis discursivo puede ejemplificarse con la obra de David Spurr, *The Rhetoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*, Durham and London, Duke University Press, 1993. Un ejemplo de publicaciones que vinculan los testimonios escritos de viajeros con agendas de investigación histórica específicas es el dossier de María Verónica Secreto y Norberto Ferreras, coords., “Viajeros: el inventario del mundo”, en *Revista Theomai. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo*, No. 3 (primer semestre de 2001), Universidad Nacional de Quilmes, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero3/index.htm>. Obras más concentradas en avanzar sobre el análisis discursivo tanto examinando con detalle los contextos históricos de la literatura de viajes como resaltando la importancia de los procesos históricos específicos de las obras, sus autores y lectores son las de Magnus Mörner, “Los relatos de viajeros europeos como fuentes de la historia latinoamericana desde el siglo XVIII hasta 1870” [1982], en Magnus Mörner, *Ensayos sobre historia latinoamericana. Enfoques, conceptos y métodos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional, 1992, pp. 191-240, y Mary Louise Pratt, *Op. cit.*, La idea de que existen dos concepciones sobre los textos escritos, una que los ve como *monumento* y otra que los ve como *evento* fue formulada por la historiadora Florence Dupont y es seguida por Roger Chartier, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 107-128.

¹⁵ Gaspar Gómez de la Serna, *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1974, pp. 71-106.

desarrollo de la conciencia europea sobre Europa y sobre el “resto del mundo.”¹⁶ En lo tocante a los viajeros que recorrieron el mundo latinoamericano, M. Mörner comenta que existe una clasificación de viajeros franceses por América colonial elaborada por Jean-Paul Duviols en 1978, la cual considera que debe ampliarse para estudiar a los viajeros del siglo XIX. Igualmente, el investigador sueco ha propuesto un período histórico para delimitar la literatura de viajes más valiosa como fuente histórica, el cual cubriría el siglo XVIII, por lo menos desde mediados del mismo, cuando se consolida la perspectiva ilustrada del conocimiento del mundo; y el siglo XIX, desde que las nuevas repúblicas incentivan la visita de personas extranjeras hasta que se masifica la migración de Europa a Sudamérica, se consolidan las rutas de vapores y ferrocarriles y comienza a circular con mayor intensidad la información sobre las repúblicas latinoamericanas. El año de 1870 es la referencia general del fin de este período.¹⁷ Por su parte, E. Altuna estudió los viajeros que recorrieron los espacios peruanos y rioplatenses entre comienzos del siglo XVII y finales del siglo XVIII, determinando que los “elementos constitutivos” de los relatos de viaje de este período tiene mucho en común con el “modelo descriptivo” que se presentaba en los cuestionarios emitidos por la Corona para ser respondidos en las jurisdicciones coloniales y que fueron insumo básico de las Relaciones Geográficas de entonces. Este modelo constituye la clave fundamental para entender este tipo de literatura de viajes como parte del proyecto político colonialista, y tiene vigencia hasta que la perspectiva del servicio a las ciencias naturales y los nuevos modelos de conocimiento del mundo hacen que surja un nuevo tipo de viajero.¹⁸ Finalmente, en un proyecto colectivo de investigación en Argentina sobre “conocimiento del mundo, capitalismo y viajeros”, se ha propuesto una

¹⁶ Mary Louise Pratt, *Op. cit.*, pp. 17-33.

¹⁷ Magnus Mörner, *Op. cit.*, pp. 191-192 y 195-196.

¹⁸ Elena Altuna, “La región del Tucumán en los relatos de viajeros (siglos XVII-XVIII)”, en *Memorias. Jornadas Andinas de literatura Latino Americana*, La Paz, Plural Editores, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-UMSA, 1995, pp. 63-73; Elena Altuna, *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII-XVIII*, Berkeley, Centro de estudios literarios “Antonio Cornejo Polar”, Latinoamericana Editores, 2002.

clasificación de los viajeros en la cual el indicador fundamental resulta ser su relación con las perspectivas de la explotación de recursos.¹⁹

Ahora bien, los recorridos, prácticas y textos de los viajeros que se estudian en la presente investigación, muestran con mucho las intrínsecas dificultades que este tipo de experiencias presentan para ser clasificadas o insertadas dentro de un esquema previo de clasificación. De hecho, las experiencias viajeras de Santa Gertrudis y Santisteban hacen ver las propuestas cronológicas y categoriales como esquemas sumamente rígidos que para aplicarse por entero, por lo menos en estos casos, sería necesario forzar al extremo escamoteando gravemente la complejidad del asunto. Sin embargo, confío que dos rótulos flexibles se hacen necesarios para indicar las diferencias fundamentales entre ambos viajeros, sin dejar de señalar todo aquello que tienen en común, y que es precisamente lo que me indica el riesgo de reducirlos a categorías estáticas. Por un lado, hay que hablar de Santa Gertrudis como un *viajero misionero* debido a su inserción en una comunidad que lo ha enviado de viaje a América con fines específicos de evangelización, y, por otro lado, es necesario referirse a Santisteban como un *viajero naturalista*, no tanto por su utillaje conceptual ni por el uso de instrumentos de medición, que caracterizará a su “colegas” años después, más sí por sus intenciones y su actitud para acercarse al mundo natural, que es la condición característica de los viajes naturalistas de entonces. Si bien este trabajo se basa exclusivamente en la *literatura de viajes* por ellos producida, es decir sus textos, pretende indicar algunas rutas de análisis que sirvan para dar las primeras puntadas con respecto a su *experiencia viajera*, es decir, todo el contexto amplio del cual finalmente quedó un testimonio escrito: intenciones del viaje; etapas y sucesos del mismo; matrices culturales y modelos cognoscitivos que sirven para dotarlo de sentido y realizar el ejercicio de percepción y escritura; relaciones con otros viajeros y con las instituciones del mundo colonial, y finalidad última, manifiesta o circunstancial, de los recorridos y sus relatos. Todo esto, acotado a los

¹⁹ María Verónica Secreto, “Introducción”, en María Verónica Secreto y Norberto Ferreras, coords., *Op. cit.*

problemas particulares que aquí pretendo analizar, es decir, la percepción de la naturaleza, la construcción del paisaje y la valoración del ser humano.²⁰

1.2. Los viajes misioneros

La experiencia viajera, tal como acaba de mencionarse, está constituida por múltiples componentes. La importancia de considerar el viaje como experiencia, además, radica tanto en su uso histórico como en su potencial para el análisis cultural en general, tal como propone James Clifford al afirmar que entre cultura y experiencia viajera existen relaciones al menos en tres niveles destacables, pues ésta puede considerarse como parte de las culturas, como cultura en sí, y como un campo de análisis específico.²¹ Obviamente, Clifford no tiene en mente la vieja idea de cultura como algo orgánico y natural que crece, vive y muere en un lugar determinado, sino que la concibe como un campo heterogéneo de saberes, prácticas y expectativas hechas de historicidades, que son resultado de construcciones, disputas, desplazamientos, interferencias e interacciones. Por ello, precisamente, se hace insostenible enmarcar los viajes misioneros que se presentaban en el mundo andino del siglo XVIII dentro de una tendencia única. Algunos de ellos hacen parte de la tendencia iniciada por las técnicas del conocimiento por cuestionario y las Relaciones Geográficas, tal como lo analiza E. Altuna, mientras que otros, conservando el ánimo misionero intacto, comienzan a destellar en prácticas cognitivas que presagian la irrupción de la importancia de la Historia Natural, del conocimiento racional y de primera mano y de la elaboración del inventario del mundo en términos clasificatorios; prácticas que a menudo se

²⁰ Precisamente, en un trabajo sobre viajes y percepción de la naturaleza, si bien para un contexto distinto, se ha señalado la idea de “experiencia viajera” como aquella en la cual los viajes y excursiones de cierta prolongación son el marco de una totalidad más amplia en la cual “confluyen el saber y el sentir, la comunión y la doctrina, la inteligencia y la mirada. Es una experiencia que permite aprender y comprender, que instruye y educa: una experiencia que, en pureza, adquiere el tinte característico de un verdadero diálogo con la naturaleza y el paisaje.” Nicolás Ortega Cantero, “La experiencia viajera en la Institución Libre de Enseñanza”, en Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros, *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988, p. 68.

²¹ James Clifford, “Culturas viajeras” [1990], en James Clifford, *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 35-36. Clifford afirma que la práctica de la etnografía “privilegió las relaciones de residencia por sobre las relaciones de viaje”, con lo cual se confundió la idea de “el campo” con la idea de “la cultura”. Creo que, de igual forma, el análisis textual ha privilegiado la relación con el texto, descuidando su contexto, con lo cual puede afirmarse que el registro cultural no sólo está en el producto final sino a lo largo de su proceso de configuración.

confunden con las antiguas percepciones del “saber de la semejanza”, lo cual indica una apropiación débil de los nuevos modelos de saber o un marcado y a menudo poco reconocido eclecticismo cognitivo.²²

Cierto es, sin embargo, que el contrapunteo de estos modelos de conocimiento del mundo no le quita validez a la etiqueta general de “viajes misioneros”, que ha estado presente en los trabajos al respecto,²³ y que llama la atención sobre el hecho de que algunos relatos, diarios, derroteros y memorias se forjaron en medio de las tareas misionales que las comunidades religiosas principales tenían, oficialmente desde 1537, y que eran vistas como sanas y necesarias labores para expandir pacíficamente el Imperio español y el cristianismo, precisamente como contrapartida de la conquista militar.²⁴ Los testimonios escritos de estas tareas hacen parte de la literatura de viajes por usar expresamente la noción de “viaje”, a pesar de que se pueda detectar cierta ambigüedad terminológica, pues se encuentran también nociones como “historia” y “descripción”, tal como lo indica E. Altuna. Igualmente, son literatura de viajes puesto que la organización textual se presenta “en función del principio espacial de las rutas, caminos y ciudades coloniales.”²⁵ Pero, como advertí, el hecho textual no es suficiente, y para encontrar la densidad específica de la experiencia viajera hay que mencionar que en efecto los misioneros tenían una concepción específica de la importancia de sus recorridos, generalmente sabían con antelación sus itinerarios, se preparaban con anterioridad para su tarea, y en general poseían referentes culturales similares, comunitarios y religiosos, para percibir el mundo, además de que no siempre estaban predisuestos a dejar un testimonio escrito de su viaje, como en el caso de Santa Gertrudis.²⁶ Lo anterior, obviamente, no garantizaba el éxito de la misión y los viajes,

²² Tal es el caso de Joseph Gumilla, *El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil, y geográfica de este gran río* [1741], Bogotá, A.B.C., 1955, según lo analiza Rodrigo Zapata Cano, “Modo y figura en las maravillas de la naturaleza. La historia natural en los padres misioneros del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada”, en *Historia y Sociedad*, No. 10, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2004, pp. 127-161.

²³ Magnus Mörner, *Op. cit.*

²⁴ David J. Weber, *Spaniards and their Savages in the Age of Enlightenment*, New Haven and London, Yale University Press, 2005, pp. 94-95.

²⁵ Elena Altuna, *Op. cit.*, pp. 111 y 226.

²⁶ La experiencia, la preparación y los objetivos del “autor” son “factores básicos” para evaluar críticamente los relatos de viajes. Magnus Mörner, *Op. cit.*, p. 196. La percepción del mundo por parte de los misioneros, si bien

cuyos avatares particulares son parte fundamental de la experiencia, al punto de que en ellos, precisamente, están los insumos básicos de los relatos escritos.

En el caso de los franciscanos, que interesa particularmente aquí, pues Santa Gertrudis lo era, la experiencia viajera se inscribía en el contexto de una comunidad misional particular que por tradición había dejado relatos escritos como parte fundamental de dicha experiencia. En efecto, fueron los franciscanos y los comerciantes europeos quienes con sus viajes a la China, la India y la costa oriental de África dieron inicio a la “época de los descubrimientos” a partir del siglo XIII; desde esa época, los relatos de viajes fueron fundamentales para conocer las rutas y las culturas de Asia. Guillermo de Rubruck y Marco Polo son ejemplos de los inicios de estas experiencias. En el caso de los franciscanos, su espíritu de peregrinaje y la herencia caballeresca de la vida errante y en busca de aventuras fueron motores fundamentales para impulsar los viajes, al tiempo que el ejercicio de la escritura con base en éstos se convirtió en un factor fundamental para esclarecer los límites entre el *aquí* y el *allá*, reconocer la alteridad y generar apropiación de otros espacios.²⁷

Santa Gertrudis no redujo su imaginario sobre los viajes a su propia comunidad, puesto que en el “Prólogo al lector” del tercer tomo anuncia que Francisco Javier, en la India Oriental, había encontrado “torpezas y obscenidades” que él mismo vendría a encontrar en la India Occidental. Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, había llegado a la India en 1542, apenas dos años después de fundada su comunidad, y Santa Gertrudis, al parecer, leyó sus escritos al respecto.²⁸ Ahora bien, caracterizar o catalogar a este viajero misionero dentro de una matriz cultural específica es algo complejo, pues en realidad responde a varias, como el aristotelismo, el judeocristianismo y el saber de la semejanza. Con todo, su relación con estos modelos cognitivos

heterogénea, tenía rasgos fundamentales que no coincidían con otros grupos o estamentos sociales, tal como sucede en el caso de los comerciantes. Un estudio sobre un caso concreto es el de Tomás Pérez Vejo, “México visto por un comerciante montañés de fines de la colonia”, en María Verónica Secreto y Norberto Ferreras, coords., *Op. cit.*

²⁷ Jaime Humberto Borja Gómez, *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado. Construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad Iberoamericana de México, 2002, pp. 13-46.

²⁸ *Maravillas de la naturaleza*, t. III, p. 9.

y voces autorizadas tiene como elemento distintivo un intento específico por utilizar el saber legado por la Antigüedad Clásica para comprender y dar orden a las revelaciones divinas del cristianismo y su historia de creación del mundo y del hombre, sintetizadas como historia de salvación. De ahí que pueda considerarse al misionero mallorquín, por lo menos provisionalmente y hasta que haya lugar una investigación más rigurosa en este sentido, como un escolástico cuyas prácticas de uso y conciliación de saberes se remontan al surgimiento de las ordenes franciscana y dominica y a nombres como los de San Anselmo o Santo Tomás de Aquino.

En su contexto misional más inmediato, hay que destacar que desde finales del siglo XVII la actividad misionera franciscana creció y fue entonces cuando se establecieron en varios puntos de América Andina Colegios de Propaganda Fide, cuya tarea era preparar los misioneros que serían destinados a evangelizar en las fronteras imperiales y haciendo uso de las lenguas indígenas de aquellas comunidades que pretendían convertir. Se establecieron así los colegios de Nuestra Señora de las Gracias en Popayán (1753), Nuestra Señora de los Ángeles en Tarija (1755), San Ildefonso de Chillán en Chile (1756), San Joaquín en Cali (1757), y Santa Rosa de Ocopa en Perú (1758).²⁹

En esta misma época, la escritura del relato como parte de la experiencia viajera en general, y de los viajes de misión, en particular, sufrió un cambio en cuanto a la concepción de los destinatarios finales, pues fue entonces cuando se configuró la idea de escribir para un público lector más amplio al cual se le podía instruir mediante los relatos que acercaran al centro metropolitano otras partes del mundo con su particularidades, al igual que las especificidades de la naturaleza reconocidas con exactitud. Otro franciscano, el peninsular Pedro José de Parras, quien llegó a América desde la década de 1750 como visitador de Paraguay y Córdoba, se inscribió al calco en esta tendencia con su obra *Diario y derrotero de los viajes [...]*, al contrario de Santa Gertrudis quien seguía escribiendo para un público selecto, los padres misioneros, como

²⁹ David J. Weber, *Op. cit.*, p. 117. Los libros que alguna vez conformaron la biblioteca del Colegio de Propaganda Fide en Popayán, se conservan actualmente en el Archivo Central del Cauca, en la misma ciudad colombiana.

es claro en el subtítulo de su obra: *Avisos para los reverendos padres sacerdotes misioneros deseosos de la conversión de los indios bárbaros gentiles, y cautelas necesarias que para tan santa obra deben observar, y alguna parte de los riesgos y trabajos que para segar en aquella mies, son menester pasar por Dios.*³⁰ Es evidente que en intención la obra coincide con aquellos casos en que los viajeros realizaban su ejercicio de escritura a modo de una guía para futuros caminantes. En dichos casos, configuraban una imagen del lector que coincidiera con un posible caminante,³¹ pero en esta ocasión, si bien es cierto que la obra está dirigida a misioneros potenciales, los consejos directos y específicos para facilitar sus viajes de conversión están ausentes, y se deduce entonces que la compleja configuración del relato como una relación histórica de lo que aconteció a su autor es en sí misma el consejo o advertencia, el gran paradigma de los ejemplos a seguir y de los errores que no deben cometerse. Finalmente, vale la pena anotar que, tal como sucedía con otros viajeros de la época que escribieron para público europeo, el autor de las *Maravillas de la naturaleza* consideraba que en su relación debía hacer a un lado los malos ratos de su experiencia pues se trataba de un texto divertido que proporcionara ratos de amena lectura.³² Los viajeros naturalistas, por el contrario, buscaban con sus relatos escritos dar forma a un conocimiento adquirido y elaborado según técnicas específicas autorizadas de observación, y no pretendían, al menos específicamente, que sus relatos fueran divertidos, tal como se verá con detalle a continuación.

1.3. Los viajes naturalistas

Por su inserción fundamental en el horizonte eminentemente religioso de los viajes misioneros que acabo de detallar, podría pensarse que sólo éstos eran concebidos como “peregrinación”, en tanto que tal noción hacía referencia al viaje que, por devoción o por voto, se hacía a algún

³⁰ *Maravillas de la naturaleza*, t. I., ver facsímil entre páginas XI y 11.

³¹ Elena Altuna, *Op. cit.*, p. 82.

³² “No tengo ánimo de escribir los tragos amargos que bebí, ya porque no conviene, y yo sólo sé la razón, y ya también porque no es del caso relatar tristezas en una relación divertida [...]” *Maravillas de la naturaleza*, t. II, p. 9.

santuario.³³ Los dos viajeros estudiados en detalle aquí, sin embargo, asumen el uso de dicha noción, de manera que un naturalista no tenía inconveniente en imaginarse su propio viaje como peregrinación. Ahora bien, ¿entendían Santa Gertrudis y Santisteban lo mismo al usar esta palabra? Para el primero se trataba de una “peregrinación y viaje” tal como lo plantea en el prólogo del primer tomo y al finalizar el tercero,³⁴ y seguramente en el sentido de un viaje devoto. El segundo hizo uso de la palabra en su diario y ésta estuvo en conjunción con la palabra dilatada (“dilatada peregrinación” y “peregrinación tan dilatada”),³⁵ al igual que fue empleada en momentos en los cuales el viaje había presentado inconvenientes e incomodidades. Esto podría indicar que para el naturalista se trataba de indicar su viaje como un proceso de sacrificios de los cuales algo bueno debería resultar. Ahora bien, creo que para ambos la idea de peregrinaje también indicaba dos asuntos esenciales que se recogen del diccionario de la época: por un lado, “andar por tierras extrañas o lejos de su patria”, y, por otro, hacer un viaje en el cual debían primar “la intención santa, recta y perfecta, sin llevar fin malo, vano ni impertinente.”³⁶

Las intenciones de los naturalistas, con todo, eran muy distintas de aquellas de los misioneros, al igual que su encuentro con el mundo natural. Lo más probable es que Santisteban desconocía o no tenía conocimiento de primera mano acerca del sistema clasificatorio que, años antes de emprender su viaje, había publicado Karl Linneo renovando las posibilidades de describir y entender parte importante del mundo natural, marcando la pauta de Historia Natural seguida por los viajeros naturalistas de entonces, quienes se alejaron de tradiciones narrativas anteriores consagrándose a un nuevo proyecto de construcción de conocimiento. En aquel entonces, se tratara de naturalistas o no, para los viajeros fue un tema obligado la Historia Natural y por ello se acercaron directamente a la naturaleza por medio del reconocimiento

³³ *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua* [1726-1739], Edición facsímil bajo el título *Diccionario de Autoridades*, Tres volúmenes, Madrid, Gredos, 2002, vol. III, t. quinto [1737], p. 218.

³⁴ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, p. 37 y t. II, p. 313.

³⁵ *Mil leguas por América*, pp. 234 y 261.

³⁶ *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces... Op. cit.*, vol. III, t. quinto [1737], pp. 218 y 219.

directo y la descripción.³⁷ Para Santisteban, estas acciones eran normales pues su formación se había alineado totalmente del lado del conocimiento práctico y de utilidad general, como se deduce de su relación de méritos ya citada, donde se describe su formación universitaria, y de sus relaciones y contactos intelectuales con la Real Academia de las Ciencias de París y con intelectuales como José Celestino Mutis o Francisco José de Caldas.

Todo lo anterior haría posible considerar a Santisteban como un “viajero ilustrado”, pero sus prácticas y su relato escrito coinciden sólo en parte con las generalidades que hasta ahora han servido para considerar este tipo de viajeros: intenciones reformistas, conciencia crítica de la realidad, imaginación política en torno a la experiencia viajera y orientación científica del testimonio escrito.³⁸ Es decir, un viaje llevado a cabo por personas insertas en los paradigmas y prácticas de la Ilustración, que era un campo de saber y saber-hacer heterogéneo que había ingresado al mundo americano de la mano de la dinastía Borbón como parte de una estrategia que pretendía consolidar el absolutismo, es decir, el poderío total del Rey y la visión de su autoridad como una potestad divina, e implantar reformas educativas, administrativas y sociales que permitieran un mejor control de la sociedad, la solidez de la administración monárquica y una explotación coherente e intensa de los recursos del mundo americano en beneficio de la España peninsular. De esta forma, doctrinas que se oponían al escolasticismo, que hasta entonces había dominado los círculos educativos e intelectuales, empezaron a circular impulsadas por reformas educativas, por una renovación de la circulación de textos impresos y por iniciativas individuales y colectivas de adquisición y estudio de tales impresos. Dichas doctrinas retomaban principalmente la revolución científica del siglo XVII, que había tenido figuras como Newton o Bacon, de manera que las matemáticas, la geometría y la física experimental se proponían como los grandes contenidos de la filosofía práctica que era necesario estudiar y difundir. Al racionalismo, el empirismo y el pragmatismo que esto implicaba, se sumaba además la botánica de acuerdo con el proyecto de la clasificación de la obra de Karl Linneo (*Systema Naturae*,

³⁷ Mary Louise Pratt, *Op. cit.*, pp. 52-61.

³⁸ Gaspar Gómez de la Serna, *Op. cit.*, pp. 81-99.

1735), y la fisiocracia, que implicaba el conocimiento del mundo natural como una necesidad para mejorar la agricultura y el comercio. Todo este corpus cognitivo de la Ilustración y las prácticas intelectuales que implicaba, no correspondía en Hispanoamérica a un antropocentrismo radical, pues el papel y la autoridad de Dios, de la Iglesia y de la Monarquía católica no eran puestos en duda. Con todo, los contenidos de la Ilustración servían como canteras de conceptos, estrategias y prácticas nuevas de conocimiento, que se aplicaban al mundo natural y social, con la obligatoriedad y la confianza en la precisión de los instrumentos y los métodos modernos, la pretensión y la urgencia de contribuir al bienestar humano, a la gloria de las “patrias” regionales y del Imperio español en general, y a la consolidación de un balance entre el pasado, el presente y el mundo natural que permitiera diseñar y llevar a feliz término proyectos reformistas de tipo económico, social, político y educativo de un alto contenido utópico, que constituirían las esperanzas de los *hombres de letras* de aquel entonces.³⁹

Esta conciliación entre pasado y presente, la visión utópica y proyectista del futuro y la precisión en las técnicas de observación, experimentación y descripción, no están presentes en Santisteban de manera radical; por ello, calificarlo de ilustrado, por lo menos en el momento de su viaje aquí estudiado, me parece un poco arriesgado. De ahí que prefiera la noción de naturalista, sobre todo por su pragmatismo, sin desconocer que en efecto tenía cierta “perspectiva ilustrada” que, tal como ha mostrado R. Silva, parece adelantada al movimiento más amplio de apropiación de prácticas y saberes ilustrados que tomó lugar a partir de 1760, lo cual además confirma que en este proceso cultural los modelos cognoscitivos no se movieron mecánica y

³⁹ Entre las muchas obras que se pueden citar en torno al tema de la Ilustración en Hispanoamérica, quiero remitir al lector a las siguientes, debido a su valor documental y su perspectiva de análisis de contextos específicos: Renán Silva, *La Ilustración... Op. cit.*; Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Banco de la República, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002; Antonio Lafuente, José de la Sota y Jaime Vilchis, “Dinámica imperial de la ciencia: los contextos metropolitano y colonial en la cultura española del siglo XVIII”, en Agustín Guimerá, ed. *El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar*. Madrid: Alianza, CSIC, Fundación MAPFRE AMÉRICA, 1996, pp. 175-202; Philip Louis Astuto, *Eugenio Espejo. Reformador ecuatoriano de la Ilustración (1747-1795)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969. Igualmente, un análisis general acerca de esta corriente y su enfrentamiento con la escolástica en el contexto del catolicismo en América Andina puede consultarse en Rosemarie Terán Najas, “La Iglesia en los Andes en el siglo XVIII”, *Op. cit.*, mientras que para un contexto más amplio puede verse Antonio Mestre, “La actitud religiosa de los católicos ilustrados”, en Agustín Guimerá, ed., *Op. cit.*, pp. 147-163.

linealmente del centro a la periferia sino que se conjugaron con procesos internos y anteriores en sociedades locales del mundo andino.⁴⁰ Quizás los viajes y prácticas que se presentaron en América Andina con las expediciones botánicas, la del Perú que comenzó labores en 1778, al igual que su colofón en la Audiencia de Quito entre 1799-1808 que realizó trabajos en Loja y Guayaquil, y la del Nuevo Reino de Granada a partir de 1783, pueden verse como experiencias marcadamente ilustradas, pues en ellas fueron medulares las estrategias del dibujo, el herbario, la clasificación y el jardín botánico, y sus miembros confiaban plenamente en estas formas de saber como necesarias para llevar a cabo adelantos en pro de todo el género humano y de su propias “patrias.”⁴¹

Igualmente, las pacientes tareas de Francisco José de Caldas durante sus experiencias viajeras por las audiencias de Santafé y Quito muestran una apropiación totalmente elaborada de modelos cognitivos modernos, como el de la astronomía y la geografía, apoyados en prácticas de observación y medición sumamente técnicas y guiadas inapelablemente por instrumentos como termómetro, barómetro, cronómetro, agujas magnéticas y teodolito, características del conocimiento ilustrado de la realidad natural y geográfica.⁴² Con todo, los viajes científicos de la primera mitad del siglo XVIII, como el de la Expedición Geodésica, sobre todo en la Audiencia de Quito y en el Perú, conllevaron un impacto cultural profundo en las elites locales, que vieron renovados sus contactos con la ciencia europea y entre quienes comenzó una difusión mínima del cartesianismo y la física experimental no aristotélica. De esta renovación, que además implicó los inicios de la legitimación de estas nuevas prácticas cognitivas, pudo haberse nutrido Santisteban.

⁴⁰ Renán Silva, “La crítica ilustrada de la realidad en las sociedades andinas” [2002], en Renán Silva, *La Ilustración... Op. cit.*, pp. 24-25

⁴¹ *Ibid.*, pp. 34-39; María Soledad Castro Ponce, “Las expediciones científicas a la Real Audiencia de Quito”, en María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, coords., *Ecuador-España. Historia y perspectiva. Estudios*, Quito, Embajada de España en el Ecuador, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, 2001, pp. 78-83.

⁴² Francisco José de Caldas, “Viaje al corazón de Barnuevo. Mayo 1804”, en *Obras completas de Francisco José de Caldas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, pp. 437-498.

Una obra de Caldas muestra cómo el viaje naturalista en sentido amplio, y sobre todo el viaje ilustrado, era un viaje planeado con la mayor exactitud posible y con la consideración precisa de los espacios recorridos y de las tareas a realizar. La observación y la experimentación en este viaje ideal, en efecto, debía ser exacta y debía además quedar consignada por escrito, bajo estrategias de registro como la de llevar tres diarios, uno para cada reino de la naturaleza. Los grandes temas del viaje propuestos por Caldas como lo eran monumentos, carta topográfica, planos y vistas, botánica, zoología, mineralogía, astronomía, agricultura, artes y oficios, política, comercio y costumbres, entre otros, dan cuenta de una percepción de la experiencia viajera y de un moldeo de adquisición y generación de conocimientos mucho más elaborado y de clara tendencia ilustrada, en comparación con Santisteban.⁴³

Ahora bien, en las intenciones previas del viaje, concediéndole crédito a Santisteban por sus antecedentes, éste naturalista tenía ya deseos de recolectar información juiciosamente acerca de temas como la producción de cacao en Guayaquil.⁴⁴ Además, cuando describió y analizó ciertos aspectos del mundo natural durante su viaje, lo hizo no sólo por la coincidencia de encontrarlos a su paso sino porque tenía algún conocimiento o inquietud previa al respecto. Por su parte, el misionero describió la naturaleza que halló a su paso, y con el fin último de alabar las maravillas de Dios y complementar la visión del orden divino,⁴⁵ de manera que su propósito no es comparable con el del naturalista propiamente dicho, quien con anterioridad ha meditado sobre aquellos aspectos del mundo natural que le interesan.

Para terminar de establecer la idea del naturalista como un personaje con el cual Santisteban deseaba identificarse y con el cual, en efecto, se puede relacionar hoy, hay que mencionar que dicha categoría aparece en el diario cuando el panameño escribe que junto a unas

⁴³ “Memoria sobre el plan de un viaje proyectado de Quito a la América septentrional, presentada al célebre director de la Expedición Botánica de la Nueva Granada, don José Celestino Mutis, por F. J. de Caldas” [1802], en *Obras completas... Op. cit.*, pp. 303-321. Habría que distinguir aquí, sin embargo, que existió otra modalidad de “viaje ilustrado” que no era dentro de América Andina, sino que se hacía a Europa. En este viaje, a diferencia del interno, no se buscaba tanto conocer el mundo sino adquirir los conocimientos, estrategias, instrumentos y libros para llevar a cabo tal tarea de vuelta en América. Renán Silva, *Los ilustrados... Op. cit.*, pp. 124-149.

⁴⁴ *Mil leguas por América*, p. 96.

⁴⁵ Rodrigo Zapata Cano, *Op. cit.*, pp. 160-161.

casas donde pasaron una noche, al norte de la ciudad de Santafé, observó dos árboles “*que lo naturalistas llaman papayas machos, de quienes escriben que no dan fruto, atribuyéndoles la virtud de que los de su especie, que llaman hembras, tampoco lo producen, sino que estén sembrados éstos inmediatos a aquéllos.*”⁴⁶ Con todo, invocar a naturalistas y sus textos escritos no es suficiente para que Santisteban pueda considerarse como tal. Es necesario constatar también que en su texto escrito haga uso de un cierto vocabulario, un “tecno-lenguaje” específico, que en efecto es usado por ejemplo al describir el páramo de la Angostura de Servitá, a unas cuantas jornadas antes de llegar a Pamplona, el cual fue observado con detenimiento para pasar en momentos en los cuales el viajero y sus compañeros no se vieran expuestos al “aire frío y lluvioso” y a las constantes “alteraciones de la atmósfera.” Obviamente, ser un naturalista no se reduce al discurso escrito, sino que es producto de unas prácticas específicas y de observación que anteceden la escritura. En el caso de los papayos, por ejemplo, la observación de los árboles, la interrogación e interacción cognoscitiva con los habitantes del lugar y aun el consumo del fruto para determinar su gusto y diferencias, hacen posible que el naturalista *concluya* la falsedad de los datos sobre la infecundidad de esta especie. Así se compone la experiencia viajera como totalidad, pues las palabras escritas carecerían de sentido si no fueran parte de otra práctica concreta, que es al tiempo corporal y mental.

Con todo, el ejercicio de la escritura es parte fundamental de la experiencia viajera y por tanto es un campo específico de análisis. La que se ha reconocido como literatura de viajes está constituida por un corpus muy heterogéneo de escrituras pues bajo este género se han incluido cartas, informes, narraciones de supervivencia, descripciones cívicas, derroteros de navegación, tratados científicos y polémicos. Igualmente, a los textos escritos y conocidos, deben sumarse los textos orales y los escritos perdidos, secretos, plagiados o traducidos. Las obras que resultaron de la experiencia de Charles Marie de La Condamine son un buen ejemplo de este variado

⁴⁶ En otro pasaje, escribe que “En estos campos se encuentran muchas de aquellas plantas que *los naturalistas llaman sensitivas, y aquí vergonzosas.*” *Mil leguas por América*, pp. 210 y 241. Énfasis agregados.

panorama,⁴⁷ y en este trabajo se analizan, precisamente, dos tipos textuales distintos. A diferencia del extenso relato de Santa Gertrudis, Santisteban produjo un texto más corto, y lo produjo no años después del viaje sino sobre la marcha, a manera de diario. Este formato, anteriormente ligado a la navegación y caracterizado por la referencia cronológica y el recurso a la primera persona del singular o el plural (en lugar de “se sube”, “subimos”, por ejemplo), se hizo más frecuente en los viajes por tierra durante el siglo XVIII y está relacionado con el florecimiento de los viajeros naturalistas auspiciados por academias, sociedades científicas y monarquías, y con el despegue de la exploración europea de las tierras interiores continentales dejadas a un lado durante trescientos años de viajes exclusivamente marítimos.⁴⁸ Para M. Mörner, el uso del diario entre los viajeros “fue algo natural en la Europa del siglo XVIII y durante el siglo XIX.”⁴⁹ Así, el diario es una estructura que responde a una demanda de la época en Europa, y tal vez de ahí la elección de algunos viajeros americanos por este formato. Con todo, en el caso de los viajeros europeos el diario fue más que una práctica cotidiana el modo final de dar orden al relato para facilitar su lectura. Del diario de Santisteban es posible deducir que en efecto su organización final tomó este formato, si bien los insumos básicos fueron escritos sobre la marcha, tal vez en un registro cuya intensidad varió en el tiempo del recorrido y que sí tuvo formato de diario cuidadoso y no de simples anotaciones sin orden cronológico.⁵⁰ El caso del misionero fray Joseph Palacios de la Vega, quien llevó un diario durante una de sus misiones en la provincia de Cartagena, en latitudes donde mueren las alturas de los Andes para

⁴⁷ Mary Louise Pratt, *Op. cit.*, p. 50.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 50-53; Elena Altuna, *Op. cit.*, pp. 167-168; Marie Nöelle Bourguet, “El explorador”, en Michel Vovelle, ed., *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 292-295. “Diario. Usado como sustantivo, significa la relación histórica de lo que ha ido sucediendo por días ú de de día en día, en una expedición, viage, &c. como son los que hoy salen impresos en Francia, Inglaterra y Holanda con el nombre de Jornales de los Sabios, que contienen lo que se van adelantando cada día las Ciencias y Artes.” *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces... Op. cit.*, vol. II, t. tercero [1732], p. 265.

⁴⁹ Magnus Mörner, *Op. cit.*, p. 198.

⁵⁰ Después de salir de Guayaquil, a comienzos de agosto de 1740, es posible que Santisteban haya comenzado a registrar con más rigor sus anotaciones pues fue entonces cuando las referencias cronológicas pasaron a ser parte fundamental y cuidadosa del relato. Prueba de que el diario original sufrió un proceso de reescritura para preparar el texto final, es el hecho de que comentando el sitio de San Juan, a orillas del río Magdalena, el viajero refiere que allí fue “donde estuve en mi torna viaje.” *Mil leguas por América*, pp. 101 y 165. “Los diarios o al menos las notas tomadas en el curso del viaje, forman normalmente la fuente principal de redacción.” Magnus Mörner, *Op. cit.*, p. 200.

dar paso a las sabanas del Caribe, muestra también que en América y en casos en los cuales la publicación no era el objetivo final del ejercicio de escritura, el formato del diario adquirió validez por sí mismo y para el autor, que en este caso dictaba su relato, estructurado en notas numeradas, a un “secretario” que escribía lo que luego el religioso validaba con su firma.⁵¹ Igualmente, relaciones manuscritas de la época producidas por hombres americanos que exploraban tierras allende sus jurisdicciones con fines de encontrar rutas, minas u otros recursos, eran elaboradas recogiendo el testimonio oral de los exploradores en forma de diarios que hacían uso del referente cronológico (fechas y días de los viajes) y tomando en cuenta las distancias recorridas (medidas en leguas).⁵²

Como ya se ha dicho, durante el siglo XVIII se configuró la idea y la práctica de escribir para públicos amplios. Si bien el diario de Santisteban circuló de manera manuscrita entre otros naturalistas como La Condamine,⁵³ y es posible que Mutis haya tenido acceso al mismo, por no recordar que se hicieron al menos dos copias manuscritas que se conservan actualmente, en este caso la narración no deja ver de forma clara que existiese una intención sobre un público lector definido. Precisamente, esta característica aleja en parte a Santisteban del viajero ilustrado, en cuyos relatos de viaje, como es el caso de Caldas, es evidente que el viaje en sí mismo es el insumo fundamental para construir una obra escrita y que el público lector de la misma está interesado en temas concretos pues sus prácticas de lectura tienen fines cognitivos, por lo cual debe componerse con exactitud la escritura y deben indicarse fuentes de información, como cuando se escribe “Véase la *Memoria citada*” o “Véase nuestro diario en estos lugares.”⁵⁴

Santisteban, quien como ya se dijo ejerció la carrera militar en tierra y mar en las dos primeras décadas del siglo XVIII, conocía como navegante la importancia de diarios y bitácoras

⁵¹ Gerardo Reichel-Dolmatoff, ed., *Diario de viaje del P. Joseph Palacios de la Vega entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada. 1787-1788*, Bogotá, A.B.C., 1955.

⁵² Tal es el caso de una relación escrita el 1 de julio de 1778 ante el gobernador del Provincia de Antioquia, al noroccidente del Nuevo Reino de Granada, usando los testimonios orales de dos hombres que había recorrido la cordillera andina occidental desde un paraje cercano al río Cauca y hasta la provincia de El Chocó. Archivo General de la Nación (Bogotá-Colombia), *Mejoras materiales*, t. 17, ff. 988v.- 992v.

⁵³ David J. Robinson, *Op. cit.*, p. 13.

⁵⁴ Francisco José de Caldas, “Memoria sobre el plan de un viaje...” *Op. cit.*, p. 321 y “Viaje al corazón de Barnuevo...” *Op. cit.*, pp. 468 y 469.

y estaba experimentado en su elaboración.⁵⁵ Esta experiencia, más cercana a las necesidades oficiales o a la práctica específica de la marinería que a un público amplio, prevaleció al parecer en su ejercicio de escritura no obstante sus renovadores intereses por reconocer las tierras interiores, en las cuales se había adentrado desde 1728, año a partir del cual ejerció como corregidor del distrito de Canas y Canchis en el obispado de Cuzco, antes de emprender su viaje de Lima a Caracas.

Una vez conocidos los elementos fundamentales del contexto de estos dos tipos de viaje, y de los dos viajeros en particular que he escogido para el análisis, al igual que sus cercanías y distancias con respecto a ciertas matrices culturales, prácticas cognitivas, estilos de escritura e ideas acerca de posibles públicos lectores, es posible dar paso a la indagación acerca del primer tema propuesto: sus visiones de la naturaleza.

⁵⁵ Para un ejemplo de diario de navegante puede consultarse un manuscrito de la época en Archivo General de la Nación (Bogotá-Colombia), *Virreyes*, t. 13, ff. 200r.-209v. Se trata del diario de Bartolomé García escrito en una navegación entre el río Atrato, provincia de El Chocó, y el puerto de Cartagena en 1783.

2. VISIONES DE LA NATURALEZA

Partiendo de la idea de la naturaleza como una percepción cultural históricamente constituida, lo cual se ha hecho evidente en los debates recientes generados por una de las vertientes de la historia ambiental que se detallará brevemente, abordaré a continuación la percepción de la naturaleza de los viajeros misioneros y naturalistas. En el primer caso, se detallará la tradición que ve en el mundo natural el receptáculo de los mensajes de Dios y del Diablo que el hombre debe leer y enfrentar, para luego enfocar un cambio fundamental de sensibilidad que los viajeros naturalistas introdujeron con respecto a dicha tradición, haciendo uso del universo racionalista, empírico y cognitivo de la ciencia moderna, desechando gran parte de las ideas sobrenaturales o religiosas y privilegiando el uso controlado de los sentidos y diversas estrategias de experimentación y medición.

2.1. Naturaleza, cultura e historia

Teorías culturales, estudios culturales, historia cultural, entre otros, son campos disciplinares actualmente más activos, solicitados y apelados que nunca. Paradójicamente, lo que tienen en común, la dimensión de la cultura o lo cultural, hace referencia precisamente a un ámbito de la existencia humana en el que, definitivamente, no todo el mundo está de acuerdo. En grandes líneas, la tradición idealista apela a lo cultural desde el orden de lo simbólico, lo imaginativo, lo intangible; por otro lado, la tradición materialista busca un vínculo entre el mundo de lo mental y el mundo de lo material, mostrando los estrechos nexos entre lo que la gente cree, imagina, inventa y supone, y las condiciones materiales de su existencia, los constreñimientos de sus necesidades y las técnicas de producción y reproducción. A lo anterior, además, habría que agregar la “confusión” del gran público sobre lo que es cultura o las expresiones que deben apreciarse como culturales, y la opción de grupos menos numerosos pero más aventajados, que reducen la cultura a las expresiones -simbólicas, artísticas, económicas, etc.- a las que apelan

como suyas y como constitutivas de sus estilos de vida, y que por tanto son usadas para diferenciarse de la gente “inculta”.

Ahora bien, el contexto particular de las ciencias sociales, no se puede ignorar que la noción de cultura ha estado por años vinculada en oposición a la noción de naturaleza, y muy particularmente a partir de la obra del etnólogo C. Lévi-Strauss, quien abrió un amplio debate al respecto desde la década de 1940, que comenzó por oponer estáticamente ambas esferas.⁵⁶ En el caso específico de la Historia, se ha introducido más recientemente la naturaleza o lo natural como objetos de investigación, pues ha sido desde hace dos o tres décadas que explícitamente y con mayor rigor se ha asimilado la naturaleza como un problema histórico, específicamente por la corriente conocida como historia ambiental, pero también dentro de otras perspectivas de indagación como la historia de la vida material y las nuevas tendencias de la geografía histórica.⁵⁷ La investigación histórica con esta orientación, ha formulado que la naturaleza puede verse como una construcción cultural e histórica compuesta de ideas y proyecciones, en contraste o no con otras, dotadas de múltiples significados en diversos contextos, que además son susceptibles de cambiar o de verse enfrentadas a corrientes de significado no coincidentes. A diferencia del campo de la Etnología y la Antropología, el debate histórico no ha pretendido reconocer la noción de naturaleza como una categoría de función única y de realidad inalterable, sino que se la ha enfocado como campo de investigación conectado, siempre en coordenadas específicas de tiempo y espacio, con temas como el medio ambiente en épocas pasadas y sus

⁵⁶ Claude Lévi-Strauss, *Las estructuras elementales del parentesco* [1949], Barcelona, Paidós, 1991; Pablo Ospina, “Naturaleza y sociedad. Una lectura antropológica del viejo problema.” Artículo inédito amablemente compartido por su autor. Sobre la noción de cultura puede verse Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura* [1968], México, Siglo Veintiuno, 1997; Raymond Williams, *Palabras Clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad* [1976], Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 87-93; Raymond Williams, *Marxismo y Literatura* [1977], Barcelona, Península, 1980, pp. 21-31; Marvin Harris, *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna* [1999], Barcelona, Crítica, 2000; Ana Luz Rodríguez G., comp., *Pensar la cultura. Los nuevos retos de la historia cultural*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2004.

⁵⁷ David Arnold, *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa* [1996], México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

cambios en el tiempo, los modos de producción, los patrones de poblamiento y la transformación del entorno o las ideologías, los mitos, las tradiciones y la legislación.⁵⁸

De esta forma, se reconoce fundamentalmente que la naturaleza como realidad múltiple puede constituir un entramado simbólico de comunidades específicas, que es producto de una construcción histórica y que está presente como una matriz cultural útil para percibir, reconocer y enunciar la realidad tangible del entorno geográfico. En este reconocimiento, cada vez más difundido y útil, se basa en parte el presente capítulo, en el cual trato de enfocar la naturaleza como una “percepción cultural” tanto simbólica y escrita como empírica y corporal. Al leer los relatos de viaje del siglo XVIII aquí estudiados, es evidente que la Naturaleza hace parte constitutiva de los mismos, y de ahí mi interés, vinculado además con un trabajo previo basado en otro tipo de fuentes y experiencias,⁵⁹ por enfocar tal tema en relación con las matrices y prácticas culturas diversas y similares entre misioneros y naturalistas.

2.2. La naturaleza y los mensajes de Dios y del Diablo

Existen estudios que han señalado las diversas acepciones que la palabra naturaleza ha adoptado. Para el caso del mundo angloparlante, Raymond Williams ha distinguido tres campos semánticos fundamentales: la cualidad básica o esencial de algo; la fuerza inherente que dirige al mundo y a los seres humanos; o el mundo tangible que se erige sobre la tierra, incluyendo o no a los seres

⁵⁸ Alfred W. Crosby, *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900* [1986], Barcelona, Crítica, 1999; Peter J. Bowler, *Historia Fontana de las ciencias ambientales* [1992], México, Fondo de Cultura Económica, 1998; Simon Schama, *Landscape and Memory* [1995], New York, Vintage Books, 1996; Bernardo García Martínez y Alba González Jácome, comps., *Estudios sobre historia y ambiente en América, vol. I, Argentina, Bolivia, México, Paraguay*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia / El Colegio de México, 1999; Bernardo García Martínez y María del Rosario Prieto, comps., *Estudios sobre historia y ambiente en América, vol. II, Norteamérica, Sudamérica y El Pacífico*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia / El Colegio de México, 2002; Felipe Fernández-Armesto, *Civilizaciones. La lucha del hombre por controlar la naturaleza* [2000], Madrid, Taurus, 2002; Guillermo Castro Herrera, “Naturaleza, sociedad e historia en América Latina”, en Héctor Alimonda, comp., *Ecología política. Naturaleza, sociedad y utopía*, Buenos Aires, CLACSO, 2002, pp. 83-99; Silvia Meléndez Dobles, “La historia ambiental: aportes interdisciplinarios y balance crítico desde América Latina”, en *Cuadernos digitales: publicación electrónica en historia, archivística y estudios sociales*, Universidad de Costa Rica, Escuela de Historia, Vol. 7, No. 19, <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/cuadernos/c19-his.pdf>.

⁵⁹ Edgardo Pérez Morales, “La naturaleza como percepción cultural. Montes y selvas en el Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII.” Ponencia presentada en el *II Simposio Internacional Interdisciplinario de Colonialistas de las Américas*, Bogotá, Georgetown University, Colonial Americas Studies Organization, Pontificia Universidad Javeriana, agosto 8 al 11 de 2005.

humanos. Ahora bien, en el mundo europeo durante el siglo XVIII se configuró de manera especial la tercera acepción, con especial énfasis en un contraste entre los caracteres propios del entorno, considerados inmutables, con lo que el hombre había hecho de sí mismo a través de la historia. La Ilustración, y posteriormente el Romanticismo, crearon así sus ideas de un estado de sociedad en el que la corrupción y lo artificial o mecánico debían cambiar, desaparecer y permitir el regreso a un supuesto estado prístino.⁶⁰ En el caso hispanoamericano en general, y en la experiencia viajera del siglo XVIII en América Andina en particular, puede percibirse con claridad un vínculo con la última acepción anotada por Williams. Habría que agregar, sin embargo, que la naturaleza aparece signada particularmente por dos elementos que matizan la concepción general de ésta como la obra indiscutible de Dios: por un lado una obra en la que la divinidad y la maldad han dejado sus mensajes ocultos o manifiestos haciendo de ella receptáculo de fuerzas espirituales que a menudo intimidan y requieren ser aplacadas, y, por otro lado, una obra que contiene en sí grandes regalos de la Providencia que el hombre debe identificar sin miedos y a través del conocimiento directo, experimental y racional, con miras a su explotación técnica como parte del avance general de la humanidad hacia la felicidad y la prosperidad. Ambas versiones están presentes en los viajeros, la una en los misioneros y la otra en los ilustrados y naturalistas.

En el caso de la experiencia viajera misional, en efecto, lo “natural” es aquello que “pertenece a la naturaleza o conforme al genio o propiedad de las cosas”, mientras que la naturaleza es “esencia y propio ser de cada cosa” al tiempo que “agregado, orden y disposición de todas las entidades, que componen el universo.”⁶¹ Un río, por ejemplo, puede describirse en su estado “natural.” Con todo, a menudo la noción de naturaleza hace referencia a una fuerza externa que con sabiduría rige, gobierna y dota las realidades tangibles del mundo. Las aletas de un pez, por ejemplo, están allí pues “así lo proveyó la naturaleza”, mientras que la estructura

⁶⁰ Raymond Williams, *Palabras clave. Op. cit.*, pp. 233-238; Raymond Williams, *Marxismo y literatura. Op. cit.*

⁶¹ *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces... Op. cit.*, vol. II, t. cuarto [1734], pp. 650 y 651.

particular de las raíces de algunas plantas acuáticas que les provee seguridad y firmeza se debe a la “providencia de la naturaleza.” Providencia natural que además de disponer con exactitud la esencia de los seres, les enseña como maestra suprema: a los perros y gallinas el *ardid* de ladrar y cacarear para escapar de la voracidad de los caimanes y a la mula de carga, “como la naturaleza le enseñó”, a alejarse del pinillo, árbol de “mala sombra” que manaba un mortal veneno y se encontraba a las orillas de los caminos andinos.⁶²

La idea de la sabiduría de la naturaleza, obviamente, tenía que ver con que ésta era la máxima obra de Dios creador, y precisamente por ello la divinidad había dejado en ella sus mensajes inscritos, cuya única posibilidad de lectura y comprensión estaba dada por la pertenencia y la asimilación de las doctrinas del cristianismo. De esta forma podía entenderse que en un fruto de la naturaleza que constituía “la mitad de la manutención del Perú” pudiera hallarse un recordatorio perenne de la pasión redentora: “El plátano, cuantas tajadas se hicieren en redondo, tiene grabado de cada lado una figura de Cristo crucificado.”⁶³

Por otro lado, las alturas, los valles, las lagunas y los caminos por los cuales el viajero misionero debía desplazarse eran vistas también como el receptáculo de mensajes y fuerzas de la divinidad, pero también de la maldad, pues parte fundamental del mundo natural estaba constituida por diversas fuerzas espirituales que a menudo intimidaban y que requieren ser aplacadas. Para Santa Gertrudis, las lagunas veneradas por los indios y que crecían y menguaban con la luna estaban “encantadas”, tal como se comprobaba en la laguna de Guanacas, en el páramo del mismo nombre que los viajeros debían cruzar para ir desde centros urbanos como Ibarra, Pasto o Popayán a las ciudades de Timaná, La Plata o Santafé. En dicha laguna, narró el misionero, “siempre hay dos patos, nunca se van a comer, nunca hay más, y siempre hay dos. Es tradición que son dos demonios que asisten allí en forma de patos [...]” Cerca de la misma laguna, se conservaban canastos en los cuales los arrieros ponían piedrecillas y otros tributos para aplacar la laguna y las fuerzas del páramo. Para Santa Gertrudis,

⁶² *Maravillas de la naturaleza*, t. I, pp. 47, 68, 82, 120, 172 y 174.

⁶³ *Ibíd.*, p. 54.

*Es esta vana observancia un feudo que aquella gente hace al demonio. Y están en la creencia que en haciendo esto, tiene buen páramo; y de no, dicen que se conmueve la laguna y que da unos bramidos muy grandes, y que el páramo se pone muy cruel. Hasta el rosario dejan los arrieros, y cualquier reliquia o cosa bendita antes de entrar en el páramo, porque tiene observado que de no, tiene mal páramo, y que la laguna arroja bramidos y tempestades.*⁶⁴

Si bien el misionero manifestaba reírse de todo esto, hay que recordar que la escritura de su relato tomó lugar años después de sus viajes y que su potencial público lector eran frailes misioneros franciscanos, ante quienes Santa Gertrudis no quería aparecer como un supersticioso y sí como un hombre que condenaba estas tradiciones de los hombres y mujeres de América Andina. Ahora bien, los viajes de misión, concebidos como una lucha contra el mal, y la misma experiencia subjetiva del viaje y la estancia en un mundo desconocido y maravilloso, son elementos circunstanciales que podrían servir a favor de la idea de que para el misionero mallorquín era fácil asimilar el miedo y las creencias de los arrieros con que viajaba. De esta forma, podría entenderse su insistencia en relatar por escrito sucesos de este tipo o acontecimientos sobre montañas encantadas y llenas de tesoros en las cuales son constantes la lucha entre el bien y el mal en la forma de pactos con el demonio o fórmulas heréticas habladas, como sucedía en las alturas del cañón del Guáitara, camino entre Ibarra y Pasto, donde tres ollas llenas de oro puestas y encantadas desde tiempos de la conquista esperaban a quien se apropiara de ellas de la manera correcta, pues “para tomarlo han de renegar de Dios.”⁶⁵ Un pacto con el demonio para sacar oro de un río; oro que se convierte en estiércol de hormigas en la Mesa de Juan Díaz, en los Andes orientales de la Audiencia de Santafé; las obras de Dios sobre las peñas del santuario de las Lajas; un paraje con vientos encantados entre Cuenca y Loja, y el famoso relato de Cantuña y sus demonios, en el cerro de Pichincha en la ciudad de Quito,⁶⁶ dan cuenta de la fuerte presencia en la memoria del viajero de lo sobrenatural de la naturaleza, como de su intención de hacer circular estos relatos y memorias a través de su escrito.

⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 178-179. Énfasis agregado.

⁶⁵ *Ibíd.*, t. III, p. 93.

⁶⁶ *Ibíd.*, t. I, p. 135; t. II, pp. 187-188; t. III, pp. 90 y 253-258; t. IV, p. 161.

Estas narraciones coinciden en lo fundamental con el hecho de que los cuatro tomos escritos por Santa Gertrudis, como se dijo, contienen “cosas raras.” Esas cosas, manifestaciones de la naturaleza y las sociedades extrañas para el viajero, conforman las maravillas que anuncia el título de la obra: las *Maravillas de la naturaleza*. Lo maravilloso, de hecho, es una herencia de la Antigüedad Clásica y del medioevo constante en los relatos de viajeros, y bajo esta noción podía recogerse la belleza, el horror, lo exótico, lo fantástico, lo moral, lo social y lo perverso.⁶⁷

En ese sentido, se puede seguir comprendiendo el heterogéneo universo cultural en el cual encajaban otras manifestaciones de la naturaleza como la del pájaro “predicador” o Diostedé que obtiene el nombre de su sonido: “Lo llaman el predicador, porque cuando canta dice tan claro como pudiera una criatura de lengua expedita: Dios te dé, Dios te dé, Dios te dé.”⁶⁸ Un pájaro parlante no podía ser extraño para el misionero cristiano, acostumbrado a comprender los ángeles como aves portadoras de la voz de Dios y a la personificación del Espíritu Santo en paloma. Para los habitantes del mundo andino de tradición incaica, igualmente, tampoco resultaba extraña esta idea, pues para ellos existían aves parlantes con poderes sobrenaturales. De hecho, ambas tradiciones se sincretizaron en la idea del cielo y el Paraíso como jardín de abundancia con árboles, frutos y aves parlantes, a imagen y semejanza del tropical Antisuyo, tierra poblada por mágicos y extraordinario loros y productos naturales.⁶⁹ El pájaro parlante de Santa Gertrudis no sólo alababa al creador con su canto sino también con los gestos de su pico. De toda esta maravilla, además, podía recogerse una “enseñanza moral”⁷⁰ como parte de la experiencia viajera de evangelización:

⁶⁷ Jaime Humberto Borja Gómez, *Op., cit.*, pp. 34-37. La Antigüedad Clásica, el judeocristianismo y la Edad Media, aportaron herencias fundamentales para las narrativas escritas del mundo americano y sus procesos particulares desde la época de la conquista, presentes en las crónicas y en otros textos menos conocidos como las relaciones de méritos de los conquistadores. Luís Miguel Córdoba Ochoa, *Las relaciones de méritos y la difusión de la cultura política castellana en Indias*, Tesina presentada al Doctorado y diploma de estudios avanzados “Estudios sobre Europa, el mundo mediterráneo y su difusión atlántica”, Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, 2003.

⁶⁸ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, p. 133.

⁶⁹ Teresa Gisbert, “Los pájaros parlantes en el imaginario colonial”, en *Memorias. Jornadas Andinas... Op. cit.*, pp. 337-345.

⁷⁰ Para el padre Joseph Gumilla, cuya obra se ha citado y quien se esfuerza por describir a la manera de los naturalistas de su época, un fin del relato sigue siendo aquel inspirado en la estructura del bestiario cristiano, en

[...] reparé que este pájaro, al tiempo que canta Dios te dé, baja la cabeza, y la demora que hace para añadir dos veces mas, te dé te dé, es que vuelve a levantar algo del pico, y *al tiempo que los canta cruza con el pico de la parte izquierda a la derecha, formado con el pico una cruz perfecta en el aire*. Lo reparamos todos varias veces, y yo aun no satisfecho pregunté a los arrieros, y todos afirmaron que es así, y que es cosa sabida en toda aquella tierra. Ahora lo que con esto, y con su canto querrá decir el pájaro, solo Dios lo sabe. *Yo dijera: que o dice: Perú, Dios te dé luz del Evangelio para que lo conozcas, o obreros evangélicos celosos que arranquen tus vicios*, o tal vez, como allí está tan fría la caridad fraternal, querrá decir: Dios te dé bienes con que mantenerte y pasar la vida; como quien dice, en esta tierra, si Dios no te da, no aguardes del otro. *Varias veces prediqué moralizando estos tres puntos*.⁷¹

Pero la visión de la naturaleza en la experiencia viajera de los misioneros dieciochescos no se reducía a los parámetros del saber cristiano. Como se afirmó en el primer capítulo, en el siglo XVIII se hizo común que los viajeros, naturalistas de “profesión” o no, se dedicaran a describir el mundo natural. Para el misionero mallorquín, en efecto, el proceso de escritura de sus viajes en el Nuevo Mundo incluyó un esfuerzo complejo por recordar plantas y animales y describirlas con detalle.⁷² Ahora bien, su ejercicio de descripción no se apoyaba en el modelo cognoscitivo de la Historia Natural sino en el “saber de la semejanza”, que de hecho, tal como lo muestra un estudio reciente, estaba aun vigente dentro del utillaje mental de muchos de los padres misioneros del siglo XVIII que en sus relatos escritos se dedicaron a describir plantas y animales con diversos fines. Bajo esta matriz cultural, un animal o una planta se describían como “especies” sólo en la medida en que esto posibilitaba hablar de otros seres que se asemejaban a los descritos en todo o en sus partes, de manera que su descripción pasaba por establecer semejanzas de forma, tamaño, color, olor o sabor. Esa semejanza, además, permitía a estos

tanto que busca que los signos y costumbres de los animales posibiliten enseñanzas morales para los creyentes. Rodrigo Zapata Cano, *Op. cit.*, pp. 139 y 145.

⁷¹ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, p. 142. Énfasis agregado. Existen varias especies de pájaro Diostedé, variedades de tucán, y en la costa ecuatoriana, por lo menos hasta finales del siglo XIX, se creía que el “agua de Diostedé”, es decir aquel líquido que sobra en su bebedero una vez ha abrevado, era útil para curar ciertas enfermedades. El compositor colombiano Jorge Villamil, nacido en 1929, le compuso un conocido sanjuanero al Diostedé. Mi abuelo materno, en su carriel (bolso utilitario masculino típico de la región antioqueña colombiana), mantenía un pico de Diostedé. Este pájaro, también descrito por Humboldt, resulta ser el protagonista de una interesante historia aun por escribirse.

⁷² *Ibíd.*, t. I, pp. 50-57, 61-67, 80-90, 96-97, 117-119; t. III, p. 88.

descriptores articular su experiencia de la naturaleza con las redes semánticas y las narrativas que servían para apuntalar la descripción y que provenían de herencias europeas y sus modificaciones (provenientes de la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento) o de herencias de la experiencia americana.⁷³ Así se entiende que la constitución de una raíz se explique mediante la semejanza a una culebra o el tamaño de una tortuga con la semejanza al muslo de un hombre.⁷⁴ Igualmente, el monstruo, palabra que proviene del latín *monstra*, lo es en tanto que muestra o exhibe marcas que visibilizan la malicia, el horror, la ferocidad, la saña y el furor. La bestia, por su parte, lo es en tanto que en un solo cuerpo se combinan partes de otros animales, es decir, se opera su percepción con la semejanza en la diferencia.⁷⁵

La visión de la naturaleza y su construcción como percepción y relato escrito en la experiencia viajera de los misioneros, puede afirmarse ya con suficiente evidencia, estaba mediada por la experiencia sensorial, particularmente por los actos corporales y mentales de ver y oír. El uso de los sentidos estaba ya presente en la obra de Reginaldo de Lizárraga en la cual la experiencia concreta y la dimensión cognoscitiva, tal como él le recomendaba a posibles caminantes por el Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile, aparecen como el producto de “ver” y “palpar con las manos.”⁷⁶ De hecho, lo “maravilloso”, figura nuclear del relato de Santa Gertrudis, se convirtió en el mundo europeo, a partir de los siglos XII y XIII, en una referencia a un mundo de metáforas visuales, a un universo cuyo punto de partida era la mirada.⁷⁷ Ahora bien, acercarse a la naturaleza a través de la experiencia de los sentidos, como se verá a continuación, resultó ser para los viajeros naturalistas una experiencia mucho más radical y de orientación moderna.

⁷³ Rodrigo Zapata Cano, *Op. cit.*, pp. 132-133.

⁷⁴ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, pp. 64 y 68.

⁷⁵ Rodrigo Zapata Cano, *Op. cit.*, pp. 134-135.

⁷⁶ Elena Altuna, *Op. cit.*, pp. 81-82. Por otro lado, la visualidad es parte fundamental de la experiencia modernoburguesa del conocimiento y la supremacía de la vista hace que se promueva la idea de que el conocimiento puede despegarse del conocedor y ser imparcial, como en el caso de un relato de viaje que llega impreso a las manos del lector. Fernando Navarro y Sandra Fernández, “Viajes y viajeros: sobre algunos tópicos para entender la mirada cultural sobre la economía regional argentina”, en María Verónica Secreto y Norberto Ferreras, coords., *Op. cit.*

⁷⁷ Jaime Humberto Borja Gómez, *Op. cit.*, p. 35

2.3. Acercamientos a la naturaleza: la esfera de los sentidos y el experimento

En la perspectiva de la Historia Natural la tarea de los viajeros naturalistas no era solamente la de la clasificación según el método de Linneo o la mera descripción, sino la explicación mediante la causalidad. De esta manera, “el rol del observador consiste no sólo en recolectar lo visible sino también en interpretarlo en función de lo invisible.” El caso del naturalista Francisco José de Caldas es muy definido y elaborado como viaje naturalista ilustrado guiado por este proyecto, pues como ya se mencionó, sus viajes estaban equipados técnicamente para los efectos de las observaciones geográficas, astronómicas y botánicas. Caldas había nacido en Popayán en 1768 del seno de una familia que, si bien aristocrática, no contaba con abundantes recursos económicos, y había estudiado en el colegio Seminario de su ciudad y en el Colegio del Rosario en Santafé, ciudad en la cual estuvo entre 1788 y 1793, pero que tuvo que abandonar por problemas económicos y de salud. En esos años, su formación estuvo muy cercana a nuevos ideales de conocimiento y a prácticas culturales novedosas que fueron la base para que, a su regreso a Popayán y en medio de los apuros de la pobreza (comerciendo baratijas por los desperdigados pueblos y sitios de los Andes), descubriera su inclinación por la observación de la naturaleza y se embarcara en el proyecto de constituirse en un naturalista. En 1795 escribía a uno de sus entrañables amigos: “Para llenar estos días vacos de negocios y separados de las conversaciones de los ciudadanos, me ha llamado la naturaleza, ella me encanta, ella me arrebatada, y yo estoy hecho un observador común; todo me llama la atención y mueve mi curiosidad [...]”⁷⁸ Los libros de temas como la botánica que alguna vez viera en Santafé y que podía consultar en los colegios de Popayán, empezaron a ser revalorados por el entusiasta observador, y su vocación, que se convirtió en dedicación, sería años después reafirmada tras su encuentro con Humboldt.⁷⁹ La vocación por el naturalismo, igualmente, se presentó en el contexto del amplio debate sobre la naturaleza americana, pues durante el siglo XVIII se consolidaron en Europa las ideas sobre el Nuevo Mundo como una realidad natural inferior,

⁷⁸ Citado en Renán Silva, *Los ilustrados... Op. cit.* p. 177.

⁷⁹ *Ibíd.*, pp. 174-182.

inmadura y degenerada, y para los hombres americanos que adoptaron la perspectiva de la Ilustración fue fundamental debatir tales tesis y resaltar la exuberancia y fecundidad de la naturaleza que los rodeaba. Esta intención, además, hizo parte de otras narrativas como la del jesuita Juan de Velasco sobre el Reino de Quito, y obviamente las de muchos de sus correligionarios expulsados de América.⁸⁰

Pero la experiencia viajera del naturalista no se limitaba a la clasificación y la observación, sino que conllevaba las experiencias sensoriales y corporales que permitiesen acercarse de manera directa al mundo natural, que de otra manera permanecería oculto.⁸¹ De hecho, estas prácticas son las que están presentes en el diario de Santisteban antes que un afán clasificatorio. Los experimentos que él realiza confirman que, al contrario de lo que pasaba con los recolectores linneanos, en este caso “el mundo no se ofrece simplemente a los ojos” sino que hay que palparlo, sentirlo, diseccionarlo, forzarlo técnicamente para que muestre sus verdades y sus causas. En fin, hacerlo pasar por la esfera de los sentidos, que a su vez no se limita a ver y oír sino que se extiende al tacto, el olfato y aun el gusto. Precisamente durante esta misma centuria, en el mundo europeo se libraba un debate sobre la percepción sensorial y la posibilidad de ubicar el lugar en donde los ejercicios de ésta “entran en contacto con la materialidad fisiológica del cuerpo.” En el fondo, se trataba del asunto de la separación del cuerpo y de la mente, concebida de manera clara a partir de Descartes y puesta en duda a partir de la idea del *sensorium commune*.⁸²

La primera renuncia manifiesta del naturalista con respecto a las tradiciones dominantes acerca de la naturaleza fue dejar de concebirla como objeto temible y horroroso: “Anduvimos

⁸⁰ Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900* [1955], México, Fondo de Cultura Económica, 1982; Guillermo Bustos, “De la ‘Audiencia’ al ‘Reino de Quito’: la imaginación histórica de Juan de Velasco”, en María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, coords., *Op. cit.*, pp. 96-99.

⁸¹ Mary Louise Pratt, *Op. cit.*, p. 113. En el caso de los naturalistas europeos, parece evidente que la superación de la clasificación por la explicación “genera nuevos poderes planetarios para el historiador de la naturaleza, dotado ahora de una especie de ojo interior destinado a descifrar lo que Alexander von Humboldt (el gran maestro del modo explicativo) llamaría las “fuerzas ocultas” de la naturaleza.” Pratt se interroga sobre la relación de estos nuevos poderes con “las fuerzas ocultas de la tecnología industrial y el ávido espíritu empresario” que justo en esta época comenzaron a aparecer.

⁸² Deborah Poole, *Visión, raza y modernidad. Una economía visual del mundo andino de imágenes* [1997], Lima, Sur Casa de estudios del Socialismo, Consejería en proyectos, 2000, p. 44.

cinco leguas por caminos llanos de selvas enmarañadas y pantanosas, todas de maleza y árboles muy elevados y robustos, yedras, cañas, y flores, con admirable entretenimiento de la curiosidad.” Igualmente, para el naturalista la naturaleza era sin lugar a dudas una fuerza externa y creadora que dispone,⁸³ como se vio en la sección anterior con respecto a Santa Gertrudis, pero podía ser además materia de conocimiento directo a través del experimento y la experiencia sensitiva, motivadas por la curiosidad y el interés específico, y ni siquiera en casos peligrosos era necesariamente motivo de pavor, como se deduce de un pasaje sobre el encuentro de Santisteban con una víbora, pues, si bien tuvo que matarla, comunicó a sus criados y compañeros de viaje que ante la presencia de dichos animales convenía no moverse “conociendo que no insultándolas a propósito o por casualidad, no son ofensivas.”⁸⁴

De esta forma, en El Quinche, al norte de la ciudad de Quito, el panameño realizó “experiencias” con ciertas piedras que por resultado le dieron fuego ante los golpes de pedernal; en Rompedero, en las tierras cálidas a orillas del río Magdalena, compró algunas tortugas para degollarlas y empapar con la sangre sus manos “a fin de observar la calidad fría de su sangre”, y esta experiencia la complementó en otros lugares, pues en Honda hizo lo propio con un morrocoy (tortuga pequeña) y

Como en la villa de Guaduas hubiese hecho este experimento con otro, y encontrándola [la sangre] con semejante igualdad a la de su temperie que es media entre la de esta ciudad y la de la villa de Honda, en que hice la misma diligencia, inferí que la sangre de este viviente tenía las propias cualidades que el agua, cuya frialdad se gradúa por el ambiente, y por consiguiente que sucedería lo mismo con la sangre de la tortuga, que reconocí en el río de la Magdalena con igual proporción [...] ⁸⁵

Estas prácticas llaman singularmente la atención pues se aproximan mucho a la disección de animales, lo cual era una técnica de conocimiento tan avezada para esta época que medio siglo después Caldas todavía escribía en estos términos:

⁸³ *Mil leguas por América*, pp. 114, 166, 146, 159, 177, 202, 210, 231 y 262.

⁸⁴ *Ibíd.*, pp. 253 y 257.

⁸⁵ *Ibíd.*, pp. 113, 166, 197 y 198.

*Haremos una disección. Yo mismo me admiro de mi atrevimiento cuando escribo esta línea. ¡Hacer la disección de un animal que ha pasado la mejor parte de su vida en contemplar las estrellas! Sí, el deseo de instruirme ha puesto el cuchillo en mis manos, y he olvidado el telescopio y el octante. Mis ensayos han sido unos verdaderos asesinatos, y el fruto, conocer en la naturaleza las principales partes de un cuerpo organizado.*⁸⁶

En su trayecto de Guayaquil a Quito, el naturalista Santisteban ya había examinado y experimentado, manifestando en su diario la importancia de estas estrategias de conocimiento para validar o refutar el conocimiento de la naturaleza que circulaba por vía oral o escrita. En aquella ocasión, el objeto de su interés había sido el agua interior de las guaduas que, se decía, crecía y menguaba según los ciclos lunares y al mismo ritmo del océano:

Como es este día fuese novilunio, y este espeso bosque presentase a trechos muchas de las mismas cañas, hice que un criado en mi presencia cortase algunas en distintos suelos, secos unos, húmedos otros, y otros pantanosos, y *experimenté que las que estaban en sitio más mojado tenían más agua que las segundas, y que carecían de ella las primeras, y para asegurarme si en uniforme terreno era igual la virtud atractiva de su humor, hice también cortar muchas de un mismo grosor, y tamaño, y hallé que en unas subía el agua a casi toda su elevación que llega hasta 50 pies y a 24 pulgadas de grueso, y en otras a la mitad y menos, y concluí, que era una patraña la de este pretendido lunámetro, publicada por escrito y de palabra, y solo verdad, que a proporción de la humedad del terreno tenían unas más agua que otras, y que en todas se encontraría más fresca que la común y natural, con la diferencia de declinar aquella con el calor y el gusto, un tanto azul y dulce aunque uno y otro muy grato al paladar.*⁸⁷

Experimento y experiencia eran nociones íntimamente emparentadas y manifiestas en el verbo experimentar, por entonces definido como “Conocer y reconocer, por medio del uso y práctica, las calidades y virtudes de las cosas, probándolas y observándolas, y haciendo examen y experiencia de ellas.”⁸⁸ Actitud más que evidente en Santisteban, aunque alejada de las regulaciones técnicas y metodológicas de otros naturalistas, pues sus actividades en ese sentido eran en parte cercanas a lo que en la Edad Media y el Renacimiento se conocía como

⁸⁶ Francisco José de Caldas, “Memoria sobre el plan de un viaje...” *Op. cit.*, pp. 313-314. Énfasis agregado.

⁸⁷ *Mil leguas por América*, p. 102. Énfasis agregado.

⁸⁸ *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces...* *Op. cit.*, vol. II, t. tercero [1732], p. 688.

“experiencia” y en parte cercanas al “experimento” de la ciencia moderna; no en sus métodos y protocolos pero sí en su intención, la cual es, con todo, evidentemente distinta de la que movía, por ejemplo, a Gonzalo Fernández de Oviedo en sus experimentos y demostraciones.⁸⁹ El acercamiento directo al mundo natural, además, estaba impulsado en el antiguo corregidor de indios por el ideal del “hombre curioso” preocupado por saber la verdad y determinar las causas de lo que lo rodea, que estaba ya presente en la experiencia viajera anterior que E. Altuna ha ligado con el impulso cognoscitivo de los cuestionarios y las relaciones geográficas de los siglos XVI y XVII. Desde aquella época “el yo descriptor” se revestía de la autoridad que le concedía el hecho de haber visto y experimentado aquello sobre lo que escribía.⁹⁰ Esta posición de veracidad está presente en las narrativas del misionero y del naturalista aquí analizadas.

A diferencia del naturalista, el misionero expresó haber realizado experiencias con su tacto con ciertas plantas, pero dejó en claro que esto lo hizo con “admiración” y no como una estrategia de saber; los usos boticarios de la naturaleza o el examen del funcionamiento de la misteriosa y larga vida de un chinche sin necesidad de agua o alimento alguno no fueron para Santa Gertrudis motivo de examen o experimento alguno.⁹¹ Y ante el mayor prodigio de la naturaleza que hubiese visto en su vida, una planta que junto al mar por frutos daba almejas, se dedicó a razonar recurriendo a la sabiduría de la Antigüedad. De hecho, mitos y leyendas medievales y renacentistas describían extraños híbridos producto de la mezcla de los reinos vegetal-animal, animal-mineral y vegetal-mineral, y para el misionero, al escribir su relato, no fue importante citar cualquier experiencia intensa y directa del híbrido sino razonar acerca de sus almas, retomando la diferencia que planteara Aristóteles sobre éstas y sus facultades, que son nutritiva, sensitiva, desiderativa, motora y discursiva.⁹²

¿Cómo esta mata da por fruto estas almejas, que dentro de las conchitas tiene su pescadito viviente, que come, siente y anda, y aun antes de caer, ya se encoje si lo punzan, y va creciendo

⁸⁹ Rodrigo Zapata Cano, *Op. cit.*, pp. 128-129.

⁹⁰ Elena Altuna, *Op. cit.*, pp. 86-89.

⁹¹ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, pp. 90 y 150; t. III, pp. 289-290.

⁹² Rodrigo Zapata Cano, *Op. cit.*, pp. 158-160.

como las demás almejas. Decir que la mata tiene alma sensitiva es disparate, porque aunque le cortes hojas o ramas, ni se mueve ni se encoje, ni da señal de sensibilidad. A más, si tuviera la mata alma sensitiva, ¿a qué fin tiene las raíces para vivir vegetando como la planta? Ahora saco yo esta otra consecuencia: el árbol o fruta componen un solo ente o cuerpo, como un manzano con sus manzanas; luego en un mismo cuerpo o ente están en esta matita dos almas, vegetativa y sensitiva, realmente distintas una de la otra. No creo que haya filósofo que me lo conceda pero yo digo que en esta mata están [...] ⁹³

En la práctica del acercamiento experimental a la naturaleza no tenía cabida este tipo de elucubraciones. La convención o imagen de lo maravilloso tampoco era protagonista, y de hecho era rechazada explícitamente, pues para Caldas resultaba meritorio que La Condamine fuera “poco amigo de lo maravilloso.” De hecho, al oponer lo maravilloso frente a lo verdadero se creaba un principio fundamental para distinguir la apreciación de la realidad. ⁹⁴ Los relatos sobrenaturales o de “superstición” no podían tomar espacio en la narrativa escrita, y más bien tenía que dar cuenta de estas realidades como algo negativo:

Al pie de las cruces de que hablamos vimos grandes montones de piedras conducidas a este lugar por la superstición de los indios. Están estos persuadidos que, sacrificando al *cerro* una piedra, le aplacan su cólera y les permite pasar con facilidad. Este sacrificio está acompañado de ceremonias y oraciones de que nadie podrá disuadirles. Esto y cosas semejantes son muy comunes en todo lo que hemos viajado en el Virreinato, y *palpamos que trescientos años de civilización y trato con los españoles, han hecho tan poca impresión en el espíritu del indio, que se halla hoy casi tan supersticioso como al tiempo de la conquista.* ⁹⁵

Por otro lado, los naturalistas no se apropiaron del legado de la cristiandad como un modelo cognoscitivo que fuera necesario para interpretar y entender el mundo, o por lo menos no en términos que lo hicieron los misioneros, pues las nuevas actitudes frente al mundo natural y la asunción del modelo de la Historia Natural nunca implicaron hacer a un lado las creencias religiosas. A decir verdad, los naturalistas ilustrados pretendían secularizar la percepción de la

⁹³ *Maravillas de la naturaleza*, t. IV, p. 248-249.

⁹⁴ Fernando Balseca, *Op. cit.*, pp. 22-23.

⁹⁵ Francisco José de Caldas, “Viaje al corazón de Barnuevo...” *Op. cit.*, pp. 470 y 472. Énfasis agregado, excepto en la palabra *cerro*.

naturaleza y al tiempo conciliar su visión racionalista del mundo con su profunda religiosidad católica. Para ellos era concebible la existencia de una armonía entre el mundo natural y el revelado, lo cual se conoce como la doctrina del jusnaturalismo,⁹⁶ pero no la existencia de un mundo natural cuyo escrutinio estuviera destinado a completar o validar las revelaciones divinas. En Europa, donde el debate al respecto había estado presente desde finales del siglo XVII, fue común que los desfases entre la realidad comprobable y las revelaciones divinas se explicaran como errores heredados por las escrituras en sus procesos de copias manuscritas.⁹⁷

Finalmente, cabe anotar que la Antigüedad Clásica, presente también como modelo de conocimiento de ciertos aspectos de la realidad en el caso del fraile Santa Gertrudis, escolásticamente sopesado con la creación del Dios judeocristiano, estuvo presente en el diario de Santisteban solamente como recurso literario pues al citar a Eolo, dios de los vientos e hijo de Zeus y de la ninfa Menalipa, no pretendía generar una estructura argumentativa sobrenatural: “este día fue tan recio, que temí muchas veces que [el viento] me arrancase del camino y más de una [vez] sacó la mula las manos del sendero, la cual trabajaba para montar cuando iba contra el viento; pudiera creerse que Eolo tenía en aquel sitio sus cavernas!”⁹⁸ Por su parte, Caldas invocó a la hija de Saturno y Cibeles, la diosa de la agricultura, cuando relató la abundancia, la alegría, el movimiento y la vida de las campiñas de Riobamba: “Parece que Ceres ha fijado aquí su imperio.”⁹⁹ De esta forma, lo naturalistas construían su visión de naturaleza y su correlato escrito acudiendo, en materia de conocimiento y experiencia, sólo a lo estrictamente natural, es decir, “lo que se produce por solas las fuerzas de la naturaleza, como contrapuesto a lo sobrenatural y milagroso.”¹⁰⁰

La percepción de la naturaleza era, pues, objeto de dos corrientes distintas de apreciación, lo cual implicaba dos tipos de estrategias de acercamiento a la misma. Obviamente, las

⁹⁶ Antonio Mestre, “La actitud religiosa de los católicos ilustrados”, *Op. cit.*, p. 152.

⁹⁷ David Lowenthal, *The past is a foreign country* [1985], Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 90-92.

⁹⁸ *Mil leguas por América*, p. 222.

⁹⁹ Francisco José de Caldas, “Viaje al corazón de Barnuevo...” *Op. cit.*, p. 461.

¹⁰⁰ *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces... Op. cit.*, vol. II, t. cuarto [1734], p. 651.

estrategias diferían por las intenciones de tal acercamiento, en tanto que para los naturalistas era fundamental generar conocimientos sobre el mundo natural que tuvieran validez dentro de los parámetros modernos, pragmáticos e ilustrados, mientras que para los misioneros era imperativo validar la tradición cristiana con la autoridad de la Antigüedad Clásica o del saber de la semejanza, y resaltar así las maravillas divinas, es decir la obra de Dios creador, cuya acción, con todo, no era puesta en duda por los naturalistas. Ahora bien, la percepción del entorno y la narrativa de la misma no se limitaban a la búsqueda del bien y el mal y al acercamiento sensitivo y experimental a ciertos fenómenos concretos, pues ciertas configuraciones naturales y territoriales más amplias, que serán llamadas paisajes en esta investigación, también eran construidas a través de la visión y la escritura según unos parámetros específicos, que serán estudiados en el siguiente capítulo.

3. CONSTRUCCIONES DEL PAISAJE

En el presente capítulo, haciendo uso de la noción de paisaje como herramienta heurística, abordaré dos prácticas fundamentales de la experiencia viajera: por un lado, el ejercicio de la visión del mundo exterior delimitado por unidades paisajísticas conocidas como “países”, y por otro, el ejercicio de la escritura en el cual el uso de imágenes o convenciones narrativas como la prosperidad y la felicidad facilitan llevar al mundo de lo escrito la experiencia visual. Con el examen de dichas prácticas, pretendo demostrar que la construcción del paisaje como algo que se ve y se relata posteriormente por escrito, está mediada por una experiencia estética particular, presente en el siglo XVIII y en relación particular con los proyectos utópicos de prosperidad del pensamiento reformista e ilustrado. No es mi intención ignorar la construcción del paisaje como un proceso físico de transformación del entorno, y de ahí que cite el caso del proyecto urbanizador y agropecuario del misionero Santa Gertrudis en su pueblo de misión en las tierras bajas del Putumayo, aunque al respecto es bastante largo el trecho investigativo que hay que seguir recorriendo.

3.1. Herramientas de interpretación

La palabra paisaje no aparece en los textos que hacen parte de las experiencias viajeras que se están analizando en el presente trabajo, y es posible que no aparezca en literatura de viajes por América Andina hasta bien entrado el siglo XIX. Pero la noción existía en el siglo XVIII y, lo que es más importante todavía, existía la experiencia del paisaje, tal como se mostrará en las siguientes páginas. De ahí precisamente que en este capítulo se recurra a esta palabra como una categoría heurística o herramienta de interpretación que permita referir con exactitud ciertas realidades. De hecho, nociones fundamentales para este trabajo como “experiencia viajera” son

también categorías de análisis que aunque no hubiesen sido usadas por las sociedades de la época estudiada, sirven para facilitar el trabajo en perspectiva histórica, tal como sugirió M. Bloch.¹⁰¹

Como se propuso en el capítulo anterior, naturaleza y cultura o naturaleza y sociedad son nociones que no podrían rotularse simplemente como objeto y sujeto sino que requieren una explicación conjunta. De ahí precisamente que pueda proponerse que el paisaje es “un conjunto de formas que, en un momento dado, expresa las herencias que representan las sucesivas relaciones localizadas entre hombre y naturaleza.” Es, en más estricto sentido, el conjunto de esas formas que puede abarcarse con la visión, es decir una parte de cierta “configuración territorial” que se construye como conjunto con la acción de la mirada. A diferencia del espacio que siempre es presente, horizontal, el paisaje es presente y pasado, transversal.¹⁰² En él se relacionan el pasado de la construcción humana o de las fuerzas de la naturaleza, con el presente de la experiencia que percibe el entorno.

La palabra paisaje en el contexto europeo antes del siglo XVII tenía connotaciones económicas y políticas que a partir de tal siglo dieron paso a una nueva significación dentro del mundo de los pintores holandeses y alemanes, la cual hacía referencia al espacio físico abarcado por la mirada y representable en la pintura.¹⁰³ Por otro lado, en los estudios geográficos e históricos contemporáneos, la noción ha servido como una categoría analítica cuyo potencial inicial pretendía superar la corriente explicativa del determinismo ambiental, pues mientras esta perspectiva “intentaba especificar las influencias causales del ambiente en los seres humanos, el enfoque del paisaje intentaba describir las interrelaciones entre los seres humanos y el entorno, con especial atención sobre el impacto humano en el medio ambiente.”¹⁰⁴ En este horizonte de

¹⁰¹ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador* [1949], (Edición anotada por Étienne Bloch. Prefacio de Jacques Le Goff), México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 151-165.

¹⁰² Milton Santos, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción* [1996], Barcelona, Ariel, 2000, pp. 84-86.

¹⁰³ Georges Duby, “Algunas notas para un historia de la sensibilidad al paisaje” [1991], en *Obras selectas de Georges Duby*, (Presentación y compilación de Beatriz Rojas), México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 449-452.

¹⁰⁴ James Duncan, “Paisaje”, en R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith, eds., *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid, Akal, 2000, pp. 425-426; Carl O. Sauer, “La morfología del Paisaje”, en *University of*

reflexión, las obras más recientes al respecto se han concentrado en el estudio de aspectos culturales inmateriales como creencias, actitudes, expectativas, la memoria, las tradiciones y la política, y la participación de dichos aspectos tanto en la forma como se modelan los espacios físicos como en la forma en que se los concibe e interpreta.¹⁰⁵ De esta manera, la investigación geográfica e histórica ha llegado a un punto en el cual se propone con certeza que en muchos casos los paisajes son “cultura antes que naturaleza; construcciones de la imaginación proyectados en la selva, el agua y la roca.”¹⁰⁶ En esta perspectiva no se niega la dimensión física de los procesos de transformaciones de paisajes, pues, como se verá, la dimensión perceptiva, cultural y simbólica de los mismos es inseparable de la transformación del entorno a través del poblamiento, la agricultura o la minería. Cualquier narración histórica, de hecho, está vinculada con el entorno geocológico pues es imposible desvincular al hombre de su “cadena existencial” sobre la tierra. Tal como lo planteó el geógrafo Carl O. Sauer, el paisaje es de hecho un ámbito en el que no hay lugar para el dualismo pues se trata de una “unidad bilateral” conformada por formas que son integrantes y dependientes y que son registros de lo físico o geocológico y de lo cultural o social.¹⁰⁷

3.2. “Países” y paisajes en el ejercicio de la visión

En las páginas del diario del naturalista Miguel de Santisteban se encuentra la palabra “país” en veintiún ocasiones.¹⁰⁸ Al inicio del texto escribió que parte importante de su viaje iba a ser la “observación de varios climas, países y poblaciones” y bajo esta categoría, país, conceptúo tramos específicos de su recorrido, como por ejemplo en su camino de Riobamba a Ambato, donde “anduvimos cuatro leguas con algunas cortas desigualdades en el terreno, pero cultivado

California publications in Geography, Vol. 2, No. 2, 1925. Traducción de Guillermo Castro H. <http://www.colorado.edu/geography/giw/sauer-co/LaMorforlogiaDelPaisaje.doc>.

¹⁰⁵ James Duncan. *Op. cit.*; Denis Cosgrove, “Paisaje cultural”, en R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith, eds., *Op. cit.*, pp. 426-428; Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros, *Op. cit.*

¹⁰⁶ Simon Schama, *Landscape and Memory*, *Op. cit.*, pp. 3-19. Ver también Simon Schama, *Auge y caída del Imperio Británico. 1776-2000* [2002], Barcelona, Crítica, 2004, pp. 13-131.

¹⁰⁷ Carl O. Sauer, *Op. cit.*, pp. 5-9.

¹⁰⁸ *Mil leguas por América*, pp. 98, 106, 110, 116, 154, 157, 169, 193, 210, 211, 223, 228, 229, 231, 245, 249, 253, 258, 262 y 265.

lo más de sus campañas de trigos, y otras legumbres que con las praderías de ganados, mayores y menores, casas de campo, árboles silvestres y frutales, forman un agradable país.”¹⁰⁹ Cuatro días después, al llegar a Quito, describía nuevamente otro país vinculando su narrativa con la de los viajeros franceses que lo precedieron:

[...] según las dimensiones hechas por Monsieur Bouxer, y Monsieur La Condamine, sabios profesores de la Academia Real de las Ciencias de París, es el pavimento de esta ciudad capital de los más elevados montes de la Europa, por cuya razón la frialdad de su atmósfera, templando los rigores del calor de la zona tórrida, forma una temperie tan dulce y agradable que *puede decirse que en el universo no se encuentra país, ni más fértil, ni más delicioso*, pues el verdor de sus campos, y el matiz de sus flores se alternan con sus frutos, de tal modo que hacen todo el año, a arbitrio de sus habitantes, una sucesiva primavera, y un continuado otoño [...]¹¹⁰

Tal como Santisteban empleaba la noción, pueden inferirse dos rasgos fundamentales de la misma: que el país es ante todo una configuración geográfica que se captaba con la mirada, y que por ende la idea no hacía referencia a extensos territorios, pues en pocas jornadas, a menudo en un solo día, se podía pasar de un país a otro. Por otro lado, y si bien el misionero Santa Gertrudis empleó sólo unas cuantas veces la noción en los cuatro tomos de su obra, un pasaje de sus *Maravillas de la naturaleza* sirve muy bien para acabar de comprender las implicaciones de la noción en cuestión. Se trata de su llegada a Honda, centro urbano sobre el cual en su ejercicio de memoria y escritura narró que “En este país ya no hace tanto calor como en Mompós, porque de un lado y otro, con 3 y 4 leguas de distancia, viene una cordillera de serranía muy alta, y trae el aire encanalado, que ya por fin, entre las 9 y las 10 de la mañana, entra la brisa y se refresca algún tanto.”¹¹¹

Precisamente, dicha palabra estaba complejamente emparentada con la palabra paisaje, pues ésta significaba “Pedazo de país en la pintura.”¹¹² Ésta definición llama la atención sobre el

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 87.

¹¹⁰ *Ibíd.*, pp. 110-111. Énfasis agregado.

¹¹¹ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, p. 113.

¹¹² *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces... Op. cit.*, vol. III, t. quinto [1737], p. 80.

ejercicio pictórico de raíces flamencas que estaba presente en el siglo XVIII, como se deduce de algunos inventarios de bienes de difuntos,¹¹³ y obviamente sobre el hecho de que, como ya se ha señalado, era ante todo la definición de algo que se podía captar con la mirada. Igualmente, para los habitantes del mundo andino, o por lo menos en lo tocante a las Audiencias de Santafé y Quito, el país era el hábitat inmediato de toda experiencia social y cultural, pues estaba constituido por la porción del entorno geográfico y humano que se percibía con facilidad, es decir unidades paisajísticas definidas por formaciones geoecológicas similares como altiplanos, pequeños valles y laderas, afianzadas por componentes específicos como centros urbanos, caminos, trochas, estancias ganaderas, cultivos de tabaco, sementeras de maíz, haciendas de trapiche, emplazamientos de explotaciones auríferas o combinaciones particulares de algunas de las anteriores. Resulta también trascendental que la experiencia de los países incluía la especificidad cotidiana de las relaciones económicas (trabajo, compra y venta de productos, redes de trueques), y de las relaciones sociales de parentesco, compadrazgo, amistad, odio y espiritualidad. Así, los habitantes de cada país se identificaban con el mismo en tanto que allí se constituían los lazos más profundos de su existencia como miembros de una sociedad, pero también porque en ellos se podían desequilibrar las distribuciones de afecto, poder, subordinación y derechos y obligaciones provocando desarticulaciones fuertes o variaciones sutiles en el rumbo de la vida, lo que incluía migraciones individuales o colectivas, actos de “criminalidad”, traslados a otros lugares por orden de las autoridades, o aún el cuestionamiento de la acción de tales autoridades.¹¹⁴

Ahora bien, para los fines de este trabajo quiero destacar sobre todo el hecho de que en la experiencia viajera la construcción del paisaje estuvo apoyada en dos ejercicios fundamentales como lo fueron, en primer lugar, el ejercicio de la visión, es decir la percepción sensorial de un

¹¹³ Archivo General de la Nación (Bogotá-Colombia), *Testamentarías de Cundinamarca*, t. 4, ff. 858r.-896v.

¹¹⁴ Edgardo Pérez Morales, “Países, paisajes y caminos. Metáforas culturales y percepciones diversas. 1776-1853”, en Orián Jiménez Meneses, Edgardo Pérez Morales y Felipe Gutiérrez Flórez, eds., *Caminos, rutas y técnicas: huellas espaciales y estructuras sociales en Antioquia*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2005, pp. 239-278.

espacio geográfico determinado tal como se deduce de recurso a la noción de país; y en segundo lugar, la apropiación de ciertas imágenes o convenciones para la narración escrita de la experiencia visual definidos por la voluntad y el repertorio cultural que opera antes, durante y después de la misma. A continuación me ocuparé de detallar el problema de la visión, y en la siguiente sección daré paso al tema de las convenciones narrativas, no sin antes dejar en claro que en la experiencia misionera la construcción del paisaje tomó lugar de una forma radicalmente material.

Si bien el campo visual es “inagotable” y el mundo se revela “infinito”, siempre se ve desde una cierta perspectiva y “desde la contingencia de una situación.” En el caso de los viajeros, éstos a menudo fueron conscientes y se concibieron como personas en las cuales “se resuelve una representación, dotando de sentido a esa imagen por el simple ejercicio de dirigir la vista a un horizonte recortado.”¹¹⁵ De hecho, para ellos el paisaje era a menudo un artefacto “altamente específico y diferenciado.”¹¹⁶ En ese sentido, la experiencia visual se relacionaba con el recurso de los sentidos como estrategia para conocer el mundo de manera directa, tal como se analizó en el capítulo anterior. De esta manera, en un paraje en el valle del río Magdalena, en la Audiencia de Santafé, cuando Santisteban se dirigía a la villa de Honda, una manifestación específica de la naturaleza era trasladada a la esfera cognitiva del observador naturalista por medio de la visión:

*Esta espaciosa verde campaña representa a la vista un agradable objeto al descubrirse, porque sembrada toda de artificiosos nidos, que hacen una especie de hormigas que hay en ella, levantan sus fábricas desde la superficie a una estatura de seis y ocho pies, y del grueso de un hombre, sin que por la exterior fachada, que es lisa y del color pardo de la tierra, se perciba el interior mecanismo con que sucesivamente va creciendo y representando un ejercito no acampado, sino puesto en batalla.*¹¹⁷

¹¹⁵ Fernando Navarro y Sandra Fernández, *Op. cit.*

¹¹⁶ Mary Louise Pratt, *Op. cit.*, p. 976

¹¹⁷ *Mil leguas por América*, p. 149. Énfasis agregado.

Este objeto de descubrimiento e interés, además, fue calificado con el adjetivo “agradable”, lo cual indica de que a la experiencia sensorial se sumaba la idea de que la observación del entorno, incluyendo naturaleza y obras humanas, podía generar placer, goce y entretenimiento, es decir, una experiencia estética concreta que incluía lo visto y lo que se pensaba de lo visto en términos del agrado. En el caso del misionero mallorquín, para quien el uso de los sentidos era importante en la esfera de la “admiración”, el papel de la visión también es evidente en la configuración de la experiencia del paisaje ribereño: “Este río Magdalena es un ameno paraíso que deleita a los que en él navegan todos los sentidos del cuerpo, y cuanto a la vista ofrece tanta variedad de objetos. Que para ello era menester mucho papel para escribirlo, y yo tengo poco [...]”¹¹⁸ Para Santisteban, el paisaje de la ría de Guayaquil con “las arboledas de sus márgenes, campañas, y caserías, como en el seno que forma en la ciudad”, tenía mucho que ofrecer al gusto estético a través de los ojos, pues de no ser por el “estío” y los mosquitos, haría que los habitantes de Guayaquil no tuvieran “que apetecer más delicias naturales para los ojos, ni otras comodidades para la vida.”¹¹⁹

El agrado y la percepción a través de la mediación de la mirada no eran realidades comunes a todos los pobladores de tradición hispánica del mundo andino. En el caso de los pobladores de tradición indígena este tema aun merece investigaciones detalladas, pues es posible que, como sugiere J. Estermann, en la tradición incaica otros sentidos sean más privilegiados como medios de acceso a la realidad y de percepción de la verdad, como por ejemplo el oído, que permite captar las sutilezas del idioma quechua, que a su vez facilitan el saber memorístico que relata la verdad, y permite también “escuchar” la tierra, el paisaje, las alturas y el cielo.¹²⁰

De esta forma, en términos generales la percepción de la naturaleza y la construcción perceptiva de los paisajes fueron operaciones que distanciaron y diferenciaron a los viajeros del

¹¹⁸ *Maravillas de la naturaleza*, t. 1, p. 84.

¹¹⁹ *Mil leguas por América*, p. 99.

¹²⁰ Josef Estermann, *Filosofía andina. Estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*, Quito, Abya-Yala, 1998, pp. 99-101.

común de la gente del siglo XVIII. Esta idea no sólo es evidente a través del examen detallado de la experiencia viajera sino que para algunos naturalistas como Caldas era una realidad asumida en casos claros de contraste, como la percepción de los volcanes andinos que rodean a Riobamba, pues “Chimborazo, Carguairazo, Tunguragua [sic] y el Altar, que le rodean, son otros tantos colosos formidables que la amenazan a cada momento. *Cuando el físico, el geógrafo hallan en esta montañas objetos admirables que contemplar, y en ellas los encantos de su espíritu, el desgraciado morador de Riobamba no ve sino a sus tiranos.*”¹²¹

La experiencia de Caldas, precisamente, permite establecer a grandes rasgos la genealogía del proceso de percepción visual y valoración científica y estética del entorno para convertirlo en objeto de investigación y en paisaje, y dejar en claro que esto es ante todo el fruto de intereses específicos ligados a una formación concreta y sostenidos en prácticas culturales determinadas. A fines de 1796, el joven comerciante en transición a naturalista escribía a su amigo Santiago Pérez de Arroyo acerca de los notables cambios que habían operado en su percepción durante sus viajes por las provincias de Popayán y Neiva en términos muy claros:

Que objeto tan raro y tan nuevo para mí, *que había pasado tantas veces por estos lugares, que tanto me divertían y me admiraban, y no lo había notado. Aquí conocí más lo que vale la ilustración y ver con ojos filosóficos.* Antes no tenía noticias de las capas, de los ángulos de... en una palabra, de la teoría de la tierra, del Conde de Buffon, pero ahora todo me llama, todo me ocupa.¹²²

Siete años después, en su relación de viajes por la Audiencia de Quito, Caldas nuevamente manifestó por escrito que el ejercicio de la visión en relación con el paisaje era ante todo el resultado de un proceso de sensibilización y de la presencia previa de intereses específicos.

¹²¹ Francisco José de Caldas, “Viaje al corazón de Barnuevo...” *Op. cit.*, p. 460. Énfasis agregado.

¹²² Citado en Renán Silva, *Los ilustrados...* *Op. cit.*, pp. 178. Énfasis agregado. En el caso de los diarios de viajes y observaciones de José Celestino Mutis, la naturaleza fue un elemento entre otros pero con el tiempo pasó a ser el único nivel de registro del ejercicio de la escritura, desplazando aun “al sujeto narrativo.” Ángela Pérez Mejía, *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de Independencia. 1780-1849*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2002, pp. 24-40.

Atravesamos el bello ejido de Cuenca. Es un llano bien espacioso y a perfecto nivel. Tres ríos le atraviesan y le fecundan: el Matadero, que pasa por la misma ciudad; el de Yanuntay, en el medio, y el de Tarqui al sur. Toda esta bella llanura está dividida en muchos pequeños trozos que el cabildo arrienda a los particulares, y hace un ramo de las rentas de la ciudad, o de los propios. Todos han formado sus casas más o menos cómodas, más o menos bellas; han plantado árboles frutales y cultivado su pertenencia. Es hermoso espectáculo verlas desde *Tuxi*, [sic] término austral de nuestros triángulos. Las pinturas más risueñas de la Bética de Fenelón *quedan inferiores a lo que siente un espectador atento y sensible*.¹²³

La construcción del paisaje, como se dijo, tomaba matices eminentemente materiales en los viajes de misión, pues transformar la vida material de los neófitos era parte fundamental de la evangelización y el establecimiento de la vida cristiana desde tiempos de la Conquista.¹²⁴ No es extraño, pues, que para Santa Gertrudis fuese fundamental modificar el régimen de vida material de los indios que pretendía convertir al cristianismo, lo cual conllevaba una modificación drástica del paisaje que era normal a los indígenas antes de su proceso de conversión. Si bien el misionero no relató en sus memorias de viaje una valoración especial sobre la sensibilidad visual de dicha transformación, él sabía muy bien que la misma implicaba generar dependencia y subyugación de los indios del Putumayo a la sociedad española asentada en la cordillera andina desde donde ingresaban semillas, herramientas y ganados que permitían mantener las sementeras cultivadas y el consumo de carnes de ganado mayor y menor. Estos bienes podían fortalecer en cierta medida a las comunidades indígenas tal como ellas los aprovechaban, pero igualmente la dependencia de ellos podía fortalecer el yugo generado por las misiones y las autoridades coloniales.¹²⁵ Los misioneros conocían bien esto, y de ahí su esfuerzo por generar cambios de vida material y paisajes: construir trazados urbanos, que eran la única disposición espacial donde

¹²³ Francisco José de Caldas, “Viaje al corazón de Barnuevo...” *Op. cit.*, p. 493. Énfasis agregado. Caldas se refiere al final de este pasaje a las descripciones de Andalucía hechas por François de Salignac de la Mothe, conocido como Fenelón, clérigo y escritor francés de la segunda mitad del siglo XVII.

¹²⁴ Arnold J. Bauer, *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América Latina* [2001], México, Taurus, 2002, pp. 77-175.

¹²⁵ David J. Weber, *Op. cit.*, pp. 85-86.

podía haber ley, orden y moralidad,¹²⁶ congregar allí las “naciones” indígenas, alejar la selva y poblar los nuevos pastizales de ganados, descuajar el monte y reemplazarlo con cultivos de maíz, arroz, plátano, yuca y caña dulce.

De esta forma, en las tierras bajas del Putumayo, el “orden y gobierno” impuesto a las naciones de los encabellados y los murciélagos en el pueblo de misión de Agustinillo, la fundación del franciscano mallorquín, implicó que en medio de la selva se fuera construyendo lentamente un paisaje que combinaba, precariamente es cierto, lo urbano con lo rural y que ante todo era el resultado del desprecio de lo selvático como manifestación de la naturaleza y de lo efímero como manifestación del ingenio humano.¹²⁷ De ahí que Santa Gertrudis se hubiera embarcado en la aplicación de sus indios a la elaboración de

[...] cuatro mil ladrillos y cuatro mil tejas, y al mismo tiempo yo y mi chapetón nos aplicamos a labrar chachacos y guayacanes para hacer mi convento, a aserrar cedros para tablas y cuarterones, hasta que acabando la gente su trabajo, junto con ellos poco a poco, en un año se armó el convento al lado de la iglesia. [...] No hubo en toda nuestra misión jamás iglesia ni convento tan bueno como el de mi pueblo.¹²⁸

En las salidas mendicantes que hizo de su pueblo para recorrer los Andes yendo y viniendo a lugares como Santafé, La Plata, Popayán, Pasto, Ibarra y Quito, el misionero se apeaba de reses, ovejas, gallinas, telas, herramientas y semillas para enviarlos o llevarlos hasta su misión teniendo en mente las transformaciones que la selva requería para que entre sus habitantes pudiera germinar la vida cristiana y el “buen gobierno.”¹²⁹ Esta era su tarea civilizatoria que entroncaba con los proyectos ibéricos de conquista y colonización del Nuevo Mundo, en los que la vida urbana jugó un papel fundamental y que habían recibido una herencia de la historia del

¹²⁶ Diversos estudios de historia urbana latinoamericana han señalado esta valoración del entorno urbano como espacio que posibilita la vida civilizada, y para los misioneros esta era una idea irrefutable. David J. Weber, *Op. cit.*, p. 93.

¹²⁷ *Maravillas de la naturaleza*, t. IV, pp. 13-27.

¹²⁸ *Ibíd.*, p. 40.

¹²⁹ Cuando se alejó de su pueblo para regresar a España, manifestó haber dejado “Ganado vacuno 512 cabezas. Ovejuno 623 cabezas, 300 quintales de algodón, 220 de lana, 3 telares en que ya se tejía tocuyo, y otros 3 en que se tejía jerga de lana, 170 casas de que constaba el pueblo, un convento bueno, y una iglesia mejor. Un grande platanar, y tres rozas grandes de maíz, yucas, y maní y arroz. Gallos y gallinas más de doscientas cabezas, 52 hachas, 124 machetes, 6 azuelas, 6 cepillos, 3 sierras braceras, y 4 medianas, y toda la gente vestida y bien aperada.” *Ibíd.*, p. 91.

Imperio Romano y su modelo ciudadano, arraigado con fuerza particular en torno al Mediterráneo. Tal modelo otorgó un legado en el cual los espacios arbóreos representaban la antítesis de la ciudad, por lo que la deforestación conllevaba tanto la carga de las necesidades urbanas (construcción, combustibles, etc.) como la carga de la expansión de un proyecto de civilización. Los nexos son más evidentes cuando se recuerda que la doctrina del cristianismo reemplazó al Imperio asimilando antiguos legados, por lo cual en donde incursionaba el culto cristiano la tradición de vida urbana hacía otro tanto, siempre a costa de los árboles y con la legitimidad de un Dios que había entregado el mundo natural sin reparos al hombre, tal como se percibía desde el judaísmo.¹³⁰

Para otro padre franciscano, cuya vocación religiosa llegó después de haber sido militar en los regimientos de infantería de España y que había arribado a Cartagena en 1783 rumbo al colegio misional de Cali, transformar el paisaje también constituyó una tarea fundamental. Su diario, del que además él mismo escribió que informaba sobre los recursos de la naturaleza si bien esto no era del todo cierto,¹³¹ lo había redactado durante las tareas de reducción y catequización que el Arzobispo y Virrey del Nuevo Reino de Granada, Antonio Caballero y Góngora, le había encargado llevar a cabo entre los indios, negros y zambos del sur de la provincia de Cartagena y norte de la provincia de Antioquia en las orillas e inmediaciones de los ríos San Jorge, Cauca y Nechí. En dicho texto relató como el paisaje del poblamiento disperso y por fuera del orden colonial, constituido por ranchos y cultivos no permitidos que se insertaban de cuando en cuando entre el monte, fue objeto de su furia violenta: “A las cinco de la mañana del [día] siete, mandé destrozar la vega y sacar de raíz el tabaco, y juntamente dar fuego a los ranchos.”¹³² Las intenciones del misionero eran cambiar este de modo de vida por “reducciones”

¹³⁰ Felipe Fernández-Armesto, *Op. cit.*, pp. 172-181.

¹³¹ Palacios de la Vega, como prueba de sus desvelos misionales y sabiendo que las autoridades virreinales estarían interesadas en noticias sobre recursos naturales, manifestó haber presentado “un diario íntegro de todo lo que ejecuté en la reducción, dando noticia individual de las minas, piedras preciosas, y particulares maderas que había en aquellas montañas [...]” Gerardo Reichel-Dolmatoff, “Introducción”, en Gerardo Reichel-Dolmatoff, ed., *Op. cit.*, p. 8.

¹³² Gerardo Reichel-Dolmatoff, ed., *Op. cit.*, p. 38.

en centros urbanos y en “policía”, esforzándose por construir un paisaje apto para la vida cristiana, que como parte de su misión tiene el objetivo de domeñar el mundo natural y dar origen a paisajes prósperos. Dichos paisajes, tal como se verá a continuación en el caso de los naturalistas ilustrados o cercanos a la Ilustración, son medida del cumplimiento de la misión divina, y medida de las posibilidades humanas de alcanzar la felicidad terrenal.

3.3. El paisaje próspero y la felicidad terrenal en el ejercicio de la escritura

Como quedó indicado en la sección anterior, el paisaje se configuraba con el ejercicio de la visión. Ahora bien, para comenzar a captar de manera más amplia la experiencia viajera es necesario vincular dicho ejercicio con su narración escrita, la cual se configuraba recurriendo a ciertas convenciones definidas por la voluntad y el repertorio cultural que operaba antes, durante y después del ejercicio visual. La navegación fluvial por el Magdalena mereció de la pluma de Santisteban un párrafo que es sintético en ese sentido, y sirve para introducir con claridad el tema de las convenciones narrativas:

Habiendo en el espacio de los 20 días que duró esta peregrinación *gozado muchas delicias de este río* mezcladas con no pocas incomodidades, siendo entre aquellas *de singular agrado* la navegación, unas veces por los estrechos canales que forma el río y eligen tanto para hacer más fácil la subida contra la corriente como para defensa del sol cuando declina, porque hiriendo sus oblicuos rayos en los altos y frondosos árboles que guarnecen sus orillas, *despiden una alegre sombra* para desahogo de la respiración fatigada por el calor del mediodía en la prisión de una estrecha cámara y otras por donde dilata sus raudales de una a tres millas, formando varias islas de verdes arboledas con sus giros, *a cuyos bellos objetos se añaden para la diversión* del paseo por las sementeras y frutales de los sitios que se destinan para hacer la noche [...] ¹³³

En ese sentido, y como ya se habrá podido intuir no sólo del anterior párrafo sino de algunos otros pasajes hasta aquí citados, los relatos de viajeros naturalistas recurren a unas convenciones, particularmente adjetivos, para generar un lenguaje que no era sólo analítico sino también visual y que por ende permitía trasvasar sus experiencias visibles al mundo de lo escrito

¹³³ *Mil leguas por América*, pp. 178-179. Énfasis agregado.

y lo legible. De esta manera se destaca sobre todo la figura de un paisaje constituido por una naturaleza que no genera miedo y por los usos sociales de la misma que denotan prosperidad; de ahí que generara satisfacción estética, la cual se narraba con una adjetivación abundante para señalar la *belleza*, la *amenidad* y la *fertilidad*, que eran cualidades necesarias para que se presentara en la experiencia perceptiva la *alegría*, el *entretenimiento* en lo *delicioso* y la *admiración*.¹³⁴

En aquellos apartes en donde esta adjetivación se vinculó de manera evidente con la acción humana, y particularmente con la transformación del entorno por medio de la agricultura o la construcción, la idea de que existía la prosperidad, es decir la “felicidad”, la “bonanza” y el “buen suceso” en los asuntos terrenales,¹³⁵ era mucho más evidente. Para el naturalista panameño esto se expresaba en una pasaje que daba cuenta de ciertas “bellas, fértiles lomas que estaban sembradas de trigo, maíz, cebada,”¹³⁶ mientras que para Caldas la “hermosura” tenía que ser evidenciada en la escritura de una manera más radical, como en el caso de los “países inmediatos” a Riobamba: “Las mieses doradas, *el más hermoso trigo del universo*, cubría la campaña, alternando con *el verde hermoso de la alfalfa*; cabañas aquí y allí, rebaños, segadores, eras, todo se veía animado, y *en todos los lugares se descubría la alegría, la abundancia, el movimiento y la vida.*”¹³⁷ Este era el imperio de Ceres del cual se había hablado antes, y el cual tenía también dominios en Cuenca y sus alrededores:

Confieso que me sorprendieron *tanta frondosidad y tanta belleza*. El caudaloso Manchangará, [sic] sus orillas cultivadas, sus casas de campo, las mieses, los labradores, sus faenas, un horizonte dilatado, colinas caprichosas, *un día alegre*, despejado, una *temperatura agradable* y la ciudad en el centro de *estas bellezas, presentaron a mis ojos el espectáculo más grande y una naturaleza la más risueña: ¡Dichosos moradores! ¡Feliz quien goza de estos bienes inocentes desde la cuna me decía! ¡Que suelo tan diferente de los que acabamos de visitar! Yo me creía*

¹³⁴ *Ibíd.*, pp. 145, 148, 167, 237 y 251.

¹³⁵ *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces... Op. cit.*, vol. III, t. quinto [1737], p. 411.

¹³⁶ *Mil leguas por América*, p. 225.

¹³⁷ Francisco José de Caldas, “Viaje al corazón de Barnuevo...” *Op. cit.*, p. 461. Énfasis agregado.

transportado de los desiertos de la Arabia a la Bética, en estos tiempos dichosos que se han imaginado los poetas.¹³⁸

El ejercicio de la escritura en estos términos estaba estrechamente ligado a la idea de que el hombre, por medio de sus propias fuerzas e ingenio, era capaz de alcanzar la felicidad en la tierra. Esta innovación de la Ilustración se apuntalaba sobre todo en dos perspectivas fundamentales: una nueva representación de la naturaleza, tal como se ha descrito ya, y una nueva concepción del trabajo en la cual esta actividad humana ya no era vista como un castigo divino sino como una función sumamente útil que obligaba a toda la sociedad. De hecho, las alabanzas a la dedicación a la agricultura y otros oficios son la contracara de la condena vehemente a la inacción y la ociosidad, presente no sólo entre la gente común sino entre las familias nobles, según creían algunos ilustrados.¹³⁹

De igual forma que el campo labrado por el hombre, los espacios urbanos tomaron lugar en las experiencias de los viajeros naturalistas e ilustrados como un paisaje concreto, pues constituían un entorno que relacionaba el pasado con el presente mediante el ejercicio de su observación, y con el futuro pues estuvieron presentes las creencias en la posibilidad que tenía el hombre de alcanzar la prosperidad y la felicidad terrenal por medio del trabajo, del conocimiento racional y del orden. Santisteban, al llegar a Guayaquil, anotó en su diario la “utilidad” de los anchos corredores de las casas de madera, “tanto por la sombra que contribuyen como por la comodidad del paso en tiempo de aguas que hace el suelo pantanoso.” En efecto, la facilidad de circulación de las personas y el cuidado del cuerpo con respecto a los embates de la naturaleza como el sol y la lluvia fueron preocupaciones constantes en esta época, y para Santisteban también resultó muy útil que el trayecto de camino que conducía de la ciudad al arrabal estuviese poblado “a uno y otro lado de casas, palmas de coco, y demás frutales de la tierra, y aquellas y estos sean muy elevados y coposos, forman con su verdor y sombra el paseo más agradable de la

¹³⁸ *Ibíd.*, p. 476. Énfasis agregado.

¹³⁹ Renán Silva, *Los ilustrados... Op. cit.*, pp. 451-466.

ciudad, contribuyendo para diversión del concurso y refrigerio del calor la aloja de los cocos [...]”¹⁴⁰

Las grandes avenidas, los paseos y la reforma de los accesos a las ciudades, hicieron por esta época parte fundamental de las reformas urbanas promovidas por la monarquía Borbón, y tanto en la península como en América fueron tema de preocupación o comentarios entre los viajeros ilustrados.¹⁴¹ En lo tocante a dichos paseos lo agradable y divertido hizo parte de la experiencia del espacio urbano en la descripción de Santisteban; es decir, la felicidad terrenal contaba como una medida de la ciudad. Estas experiencias de felicidad terrenal estaban atravesadas fundamentalmente por la experiencia de los sentidos y la percepción estética, tal como se ha propuesto en páginas anteriores.

Debido a que en la tradición hispánica existía un modelo de ciudad muy definido, caracterizado por el orden del trazado urbano, la presencia de símbolos políticos y religiosos y la vida cristiana de sus habitantes,¹⁴² la prosperidad terrenal de las villas y las ciudades se determinaba usando dicho modelo como piedra de toque. De esta forma, así como Guayaquil suscitaba cierto entusiasmo en Santisteban, otra villa en realidad lo dejaba algo molesto pues ésta no coincidía con el modelo imaginado. Se trata de La Plata, villa de la provincia de Neiva en la Audiencia de Santafé, donde las casas estaban tan dispersas “que fuera de la plaza, donde está la iglesia parroquial que es de teja, no tiene tres calles que sean regulares.”¹⁴³ Es evidente el tono de rechazo a la ausencia de trazado urbano, y en estas condiciones las nociones de felicidad, alegría y gusto de los sentidos no tienen cabida en el diario del viajero. La ciudad no es digna de una memoria agradable ni de la descripción detallada, la cual si había ejercitado en la ciudad de Quito, por donde Santisteban había pasado y en donde había vuelto a ver sus tres hermanas

¹⁴⁰ *Mil leguas por América*, p. 97.

¹⁴¹ Dolores Brandis, “El paisaje urbano madrileño en las obras de viajeros extranjeros”, en Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros, *Op. cit.*, pp. 118-119; David A. Brading, “La España de los borbones y su Imperio Americano”, en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*. Vol. 2: *América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 85-102.

¹⁴² José Luís Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* [1976], Medellín, Universidad de Antioquia, 1999; Ángel Rama, *La ciudad letrada* [1984], Montevideo, Arco, 1998.

¹⁴³ *Mil leguas por América*, p. 144.

después de muchos años. Allí las calles anchas, empedradas y “uniformemente divididas en cuadros, que facilitan la comunicación y el trato”, la suntuosidad de los templos y conventos, la plaza mayor en el centro como sede de las autoridades y las aguas cristalinas en su fuente, fueron su objeto de admiración.¹⁴⁴

En la plaza mayor de dicha ciudad estaba el acumulado simbólico y político de la sociedad, pues allí los cuatro costados albergaban la catedral, el palacio episcopal y la casa de la Audiencia, los tribunales y el Corregidor, edificios que según Santisteban daban “ornato” al emplazamiento. Estos eran lugares constituían la “dimensión materialmente temporal” del paisaje urbano, ya que como monumentos, estos edificios expresaban tangiblemente la permanencia y la duración, generaban una “ilusión monumental” que le hacía pensar al observador que dichos edificios lo habían preexistido y lo sobrevivirían.¹⁴⁵ Además, estas construcciones hacían parte del centenario proyecto de las elites quiteñas que buscaban anclar simbólicamente su posición social, pues en la práctica se veía amenazada por una sociedad en general bastante movible y fluida, jalonada por el auge y el declive de los obrajes.¹⁴⁶

Sobra decir que para el colegial de Popayán y misionero en el Putumayo la existencia del modelo de vida urbana era incuestionable, y precisamente de ahí el entusiasmo de sus recuerdos de Lima. En esta gran ciudad que “está en cuadro, amurallada de pared de tapia”, el palacio del virrey, el del arzobispo y sus muchas iglesias y conventos, constituían un centro físico y simbólico de la religión cristiana y del poder del Rey que estaba a la altura del mundo peninsular, pues la plaza, recordaba Santa Gertrudis, era “la más hermosa que yo he visto, y puede competir con la mayor de Madrid.”¹⁴⁷

¹⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 109-112.

¹⁴⁵ Marc Augé, “El lugar antropológico” [1992], en Marc Augé, *Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 64-66.

¹⁴⁶ Rosemarie Terán Najas, “La ciudad colonial y sus símbolos: una aproximación a la historia de Quito en el siglo XVII”, en Eduardo Kingman Garcés, comp., *Ciudades de los Andes. Visión histórica y contemporánea*, Quito, CIUDAD, IFEA, 1992, pp. 153-171.

¹⁴⁷ *Maravillas de la naturaleza*, t. IV, p. 256.

Campos y ciudades eran, pues, escenarios paisajísticos percibidos en el viaje y narrados por escrito recurriendo a diversas perspectivas y empleando un cuerpo de adjetivos muy definido. Toda esta elaboración era en gran medida posible debido a las relaciones entre el ser humano y el entorno tal como los viajeros las concebían y las valoraban. Teniendo esto en cuenta, ¿es posible decir que la sociedad tiene un papel secundario o nulo en la experiencia viajera? Esta cuestión es el punto de partida fundamental del siguiente y último capítulo del presente trabajo, que busca precisamente evaluar las valoraciones que de la alteridad social tenían los viajeros misioneros y naturalistas.

4. VALORACIONES DE LA SOCIEDAD

En el capítulo final de este trabajo pretendo estudiar las valoraciones expresadas por los viajeros con respecto a las sociedades entre las cuales convivieron y se desplazaron, pues, aunque la alteridad social se ve aparecer a menudo en la experiencia viajera, en el caso de los naturalistas se ha pensado que las personas de las áreas por ellos recorridas eran menos que inexistentes a la hora de escribir sus diarios o memorias de viaje. En contraposición con lo anterior, mostraré cómo el protagonismo de la alteridad social entre los viajeros tomó sentido mediante un ejercicio de valoración que calificaba o descalificaba sociedades de acuerdo al nivel de apego a las costumbres materiales, religiosas y políticas de la sociedad hispánica peninsular y criolla dominante. Esto incluía, obviamente, su relación con el entorno natural y su fidelidad al monarca católico, y de ahí que se hubieran generado dos personajes o modelos de miembros de la sociedad que encarnaban valoraciones fundamentales pensadas como polos opuestos: el bárbaro y el vasallo instruido.

4.1. *¿Adán en su Jardín?*

Los viajeros naturalistas, como se ha visto, se ocuparon de describir la naturaleza, de indagarla a través de la experimentación y el uso de los sentidos y de construir imágenes narrativas de los paisajes, particularmente de aquellos que eran, en parte, obra del trabajo humano. En lo tocante a la apreciación de la naturaleza mediante técnicas específicas y su inserción dentro de los relatos escritos, los viajeros europeos que salieron a recorrer el mundo con intenciones naturalistas evocan una imagen de su presencia aislada del resto de los hombres, o mejor dicho, de su presencia como única manifestación de lo humano, como “Adán solo en su Jardín”, tal como lo expresa Pratt: “Se describe el paisaje como deshabitado, desposeído, no historizado, desocupado aun por los viajeros mismos. La actividad de describir la geografía e identificar flora y fauna estructura una narrativa asocial [...]” Así, en esta narrativa la presencia humana es marginal, es

más bien un “telón de fondo” para las búsquedas del naturalista; pero la autora, con todo, reconoce que dicha presencia era “un aspecto constante y esencial del viaje,”¹⁴⁸ de manera que puede decirse que la experiencia viajera como totalidad tenía en la presencia humana y en la interacción del viajero con otras personas un aspecto fundamental, pues el viaje, la indagación y la narrativa hubiesen sido sencillamente imposibles sin la presencia de informantes, que en el caso de América Andina eran generalmente negros, indígenas o mestizos, arrieros, mozos o ayudantes de viaje, amigos, familiares, colegas y autoridades locales. Ni qué decir de los misioneros, cuya objetivo fundamental fue viajar para encontrar pueblos y naciones en necesidad de su ayuda y pendientes de evangelización, conversión y salvación.

De esta forma, puede decirse que, en efecto, la narrativa es asocial entre naturalistas europeos y que de Santisteban podría pensarse lo mismo: era un Adán en su Jardín. De hecho, para el historiador colombiano H. Tovar Pinzón el panameño fue un Adán cuyo testimonio nada tiene que decir sobre la presencia humana, pues la utilidad de su diario se reduce a una cantera de datos para las historias locales, destacándose en el mismo una “ausencia de protagonismo social” y un interés por los objetos y no por los sujetos: “La vida se deduce entonces de la naturaleza del paisaje. Es una tendencia de alguien que posiblemente denunciaba con ello su interés de naturalista y de botánico ilustrado.” Por ello mismo se pregunta Tovar Pinzón cuál será la utilidad de un documento que pareciera ofrecer “*mil leguas* de soledad andina” y que él reseña, con algo de escepticismo, como “Una obra que ofrece muy pocas reflexiones de conjunto y escasas visiones capaces de sintetizar los dramas de una época.”¹⁴⁹

La orientación simplista de la reseña del diario de Santisteban hecha por Tovar Pinzón invita a recordar los rasgos fundamentales de la “observación histórica”, que él parece haber olvidado en su opúsculo. Porque el diario, a simple vista, parece escaso en problemáticas, en contenidos, en interés, pero con detenimiento, y sobre todo con una carta de navegación

¹⁴⁸ Mary Louise Pratt, *Op. cit.*, pp. 97-98.

¹⁴⁹ Hermes Tovar Pinzón, “Un criollo ilustrado”, en *Boletín cultural y bibliográfico*, vol. XXIX, No. 30, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1992, pp. 142-145.

investigativa reflexiva, tal como creo ya haber demostrado en los capítulos anteriores, el diario del naturalista panameño tiene mucho que ofrecer. El texto es explícito en algunos detalles y en otros no, y en ese sentido Bloch señaló con certeza, discutiendo las prácticas investigativas de los historiadores, que “hasta en los testimonios más decididamente voluntarios, lo que los textos nos dicen explícitamente ha dejado de ser, hoy en día, el objeto preferido de nuestra atención. Por lo general, nos apasiona más lo que nos dejan entender sin haberlo querido decir.”¹⁵⁰ Así, la presencia y el “poder humano” que transforma los paisajes no es tanto intuición del lector, como piensa Tovar Pinzón, sino presencia manifiesta en el diario, tan obvia para el viajero que apenas necesita mencionarla. La integración del campo y la ciudad como si se tratara de un único cuadro, lo cual también se menciona en la reseña, ¿se presenta en función de un viajero que ignora la presencia humana? ¿No será más bien el peso de lo humano, de sus necesidades y orientaciones productivas y simbólicas, lo que imposibilitan separar lo rural de lo urbano, lo cual el viajero entendía muy bien? La felicidad y la prosperidad que se intuyen en el paisaje laborado, ¿son independientes del hombre, ignoran la presencia humana? En fin, vale la pena recordar de nuevo las palabras de Bloch:

En nuestra inevitable subordinación al pasado, siempre condenados a conocerlo exclusivamente por [sus] huellas, nos hemos [por lo tanto] liberado de algo: hemos conseguido saber de él mucho más de lo que había tenido a bien darnos a conocer. [...] desde el momento en que ya no nos resignamos más a registrar [pura] y llanamente las palabras de nuestros testigos, desde el momento en que nos proponemos hacerlos hablar, [aun contra su voluntad,] más que nunca se impone un cuestionario. Tal es efectivamente la primera necesidad de toda investigación histórica bien llevada a cabo.¹⁵¹

El “cuestionario” básico que ha guiado el presente trabajo ha hecho aparecer el hombre muy al contrario de lo que podría pensarse del diario de Santisteban, y muy al contrario de lo que parecía suceder con los viajeros naturalistas europeos que viajaron inventariando el mundo

¹⁵⁰ Marc Bloch, *Op. cit.*, p. 85.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 86. Las líneas entre corchetes rectos son del original y corresponden a adiciones de Bloch sobre la primera escritura.

natural. Creo que en este caso Adán no está solo en su jardín, y por eso vale la pena analizar la presencia del hombre y la sociedad en el viaje naturalista, pero también en el misionero, en el cual es mucho más explícita, resultando imposible ponerla en duda.

4.2. El hombre bárbaro: de la desnudez al desafío de “ambas majestades”

La presencia social en las experiencias viajeras a las cuales me he acercado es ante todo una presencia mediada por la valoración. Todo miembro de la sociedad es medido por los viajeros en una escala valorativa que conjuga varios aspectos mutuamente relacionados: la moralidad o buenas costumbres, la religiosidad o apego al cristianismo, la fidelidad y acogimiento al sistema político colonial; en una palabra, su cercanía al modelo de vida dominante hispano y católico. Además de lo anterior, común en ambas experiencias, la experiencia naturalista e ilustrada tenía como punto de referencia fundamental para el ejercicio valorativo la capacidad humana para usar la razón, las técnicas y las estrategias que dentro de un plan disciplinado y sistemático permitieran explotar la naturaleza a favor de la felicidad terrenal, la prosperidad y la abundancia. El núcleo común de valoraciones, en aquellos casos en los que la alteridad no alcanzaba los estándares propuestos, generaba un apelativo que resumía con todo y por todo la condición humana en dicho estado: bárbaro.

En este sentido, el caso de los pobladores “naturales” del Nuevo Mundo fue fundamental. Ahora bien, hablar de una política unificada, de unas prácticas homogéneas o de una percepción cultural única de las sociedades indígenas por parte de los núcleos políticos y sociales dominantes a nivel del Imperio español durante el siglo XVIII, sería escamotear la realidad fundamental del asunto en tanto que la “cuestión indígena” era objeto de intensos debates y contradicciones.¹⁵² Reconocer, describir y valorar al indio era un ejercicio fundamental que los viajeros realizaban y en sus testimonios escritos aparecen las pruebas de dicha valoración. De

¹⁵² En esta época se discutía si los indios eran o no naturalmente “degradados”, si por su propia naturaleza se resistían a la dominación civilizatoria y si debían continuar segregados o por qué medios deberían ser integrados a la sociedad española. David J. Weber, *Op. cit.*, pp. 3-8, 178-200.

esta manera, el origen primordial de los indios, percibidos de manera conjunta, era una inquietud obligada y conllevaba una valoración en cuanto a sus costumbres y naturaleza con lo cual se configuraban los insumos básicos para construirlos como sujeto en los relatos escritos de viaje. Santa Gertrudis consideraba que los indios americanos eran “aquella 13 tribu de Israel que en sentir común de santos Padres se desvió, y tomando caminos por despoblados desapareció sin que se supiese por dónde. El fundamento que tengo es que he notado que los indios tiene todas la propiedades de los judíos.”¹⁵³ Por propiedades, el misionero consideraba tanto las costumbres o *mores* que a su entender eran parte intrínseca del pueblo hebreo, como las cualidades físicas del mismo pueblo. Así, tanto el indio como el judío son golosos, idolatras, “de natural ladrones”, polígamos, inmisericordes cuando ostentan autoridad e indolentes ante el agravio; viven “en despoblado”, comen en el suelo y son inclinados a lavar y pintar su cuerpo con ahínco. En fin, en la imaginación cristiana de Santa Gertrudis el judío, antítesis milenaria del devoto cristiano, era equiparable en todo y por todo al indio, antítesis del cristiano que había logrado asentarse en el Nuevo Mundo.

De esta forma, remontar la historia de los indios al pasado de la tradición hebrea tenía por fin no sólo ubicar en la historia del género humano a estas sociedades distintas y distantes, sino ubicarlas de manera tal que su condición natural quedara establecida como algo degradado desde su origen mismo o destinado a su degradación progresiva. Vicente de Santa María, un franciscano novohispano, creía también que los indios eran hijos degradados de Noé que con el paso de las generaciones se habían hecho más indolentes, fieros, irreligiosos y bárbaros.¹⁵⁴

La figura del bárbaro, que en el siglo XVIII hispanoamericano era a grandes rasgos aquel “Inculto, grosero, lleno de ignorancia y rudeza, tosco y salvaje”,¹⁵⁵ está presente desde la Antigüedad Clásica y en su configuración ha tenido un papel fundamental la experiencia viajera,

¹⁵³ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, p. 163.

¹⁵⁴ David J. Weber, *Op. cit.*, p. 97.

¹⁵⁵ *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces... Op. cit.*, vol. I, t. primero [1726], p. 557.

como se comprueba en los casos de Heródoto y Tácito.¹⁵⁶ Ahora bien, los primeros usos de la noción en el mundo griego no fueron peyorativos, y posteriormente, aun siéndolo, permitieron que el dominador o el observador que se creía superior, no bárbaro, viera en la alteridad bárbara ciertas manifestaciones sociales que podían hacer surgir admiración y respeto. No es este precisamente el caso de la experiencia viajera aquí tratada, pero es evidente que al bárbaro se le pudieron dar ciertas concesiones. Así, colindante con los postulados lascasianos, el franciscano Palacios de la Vega tuvo contactos cercanos con los indios y fue con ellos algo más tolerante que con los negros y mulatos. A los indios, de hecho, les permitió reproducir sus ornamentos, bailes y cantos ceremoniales como parte de una ceremonia político-religiosa, aunque se aprovechaba de su desconocimiento de ciertos aspectos, como las funciones y uso de un reloj, artilugio utilizado para engañar a un indígena y hacerlo confesar información sobre un crimen.¹⁵⁷

Igualmente, si bien es cierto que el maltrato a los indios era la norma común en muchos casos, esta estrategia de castigo, enseñanza y erradicación de barbarie fue también condenada y rechazada. Hubo misioneros empeñados en no emplear medios violentos entre los neófitos y algunos representantes de la administración monárquica denunciaron los malos tratos, tal como lo hicieron Teodoro de Croix en Nueva España, quien denunció las misiones franciscanas en Texas, o Antonio de Caballero y Góngora en el Nuevo Reino de Granada.¹⁵⁸

Los indios “bárbaros” y “remontados” de los cuales habla Santa Gertrudis para el caso de las selvas del Putumayo, o los indios “bravos” de las sabanas caribeñas del norte del Nuevo Reino de Granada, se caracterizan por su desnudez,¹⁵⁹ la cual no era muy bien vista por Santa Gertrudis, que hizo esfuerzos, como ya se vio, para vestir a sus conversos.¹⁶⁰ La desnudez, en la

¹⁵⁶ Jean Soublin, *La segunda mirada. Viajeros y bárbaros en la literatura* [2001], Barcelona, Tusquets, 2003, pp. 15-54.

¹⁵⁷ Gerardo Reichel-Dolmatoff, ed., *Op. cit.*, pp. 23 y 28-31.

¹⁵⁸ David J. Weber, *Op. cit.*, pp. 91-92. Las estrategias misionales de Palacios de la Vega no se caracterizaron precisamente por la suavidad de sus métodos, tal como se vio en el capítulo anterior. Gerardo Reichel-Dolmatoff, ed., *Op. cit.*, pp. 42-45 y 52-55.

¹⁵⁹ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, p. 103; t. II, p. 15; t. IV, pp. 275, 277, 281, 283 y 312.

¹⁶⁰ El franciscano Palacios de la Vega tuvo dos objetivos muy presentes en su viaje misional: vestir a los pobladores de sus reducciones y difundir el sacramento del matrimonio para poner en orden la vida familiar de los mismos. Gerardo Reichel-Dolmatoff, ed., *Op. cit.*, p. 39.

tradicción judeocristiana, tenía una denotación bastante negativa en tanto que era el perenne recordatorio de la naturaleza pecadora del hombre y había alcanzado una posición importante como aspecto que sirvió a los conquistadores hispanos para condenar los negros de África, los nativos de las Canarias y los pobladores del Nuevo Mundo. Desde su arribo a las Indias el mallorquín había sido asombrado particularmente por la desnudez, tanto entre indios como entre otros pobladores, particularmente negros y mulatos. Cuando arribó al pueblo de El Peñón, recordaba años después, se enfrentó a la alteridad desnuda por vez primera, o al menos eso quiso hacer creer a sus lectores: “Nosotros hasta entonces no habíamos visto hombres del todo desnudos; pero aquí todos iban como su madre los parió, y las indias iban de medio cuerpo abajo con un pedazo de bayeta ceñidas. Digo mujeres para excluir las niñas y las mozas solteras, que todas estas iban como los hombres.”¹⁶¹ A su arribo a Mompóx, sin embargo, constató que vestir el cuerpo no era algo del todo ausente en las tierras que comenzaba a conocer, y que de hecho podía llegar a ser un hábito muy complejo, pues

Las mujeres aquí ya visten más honesto; llevan su follera de angaripola o rayadillo de algodón; calzan zapatos sin tacón, pero tiene su fantasía en hacerse el pie chiquito de este modo: al zapato en la punta del empeine le abre dos agujeros para poder encorvar los tres dedos mayores coma, y a las niñas desde que las calzan les rompen con violencia las coyunturas, y así y en calzar muy apretado, corrigen la naturaleza. Para salir de casa usan jubón de bretaña todo bordado de seda carmesí o de hilo morado, que llama de carasol. El cabello prendido atrás con una cinta de tela, laboreada de oro o plata la que puede, y hecho todo una crisneja. La gala es gargantilla y tembleque de perlas. Tembleque llaman un ramo de oro, cuyas frutas son perlas. Este remata en un hilo de oro enroscado algo abierto, y tiene su espiga con que se clava en el moño, y al mover la cabeza, o con la agitación del movimiento natural del cuerpo al caminar, con el peso de la rosa con las perlas, está temblando. Usan muchas esmeraldas en zarcillos y sortijas y cadenas de oro al cuello. Anillos de perlas o de corales, y quien no tiene dinero para ello, usa granates. Aquí ya se ven pocas negras o mulatas con el cuerpo desnudo. Los hombres ricos y pobres visten como en Cartagena.¹⁶²

¹⁶¹ *Maravillas de la naturaleza*, t. I, p. 99. Ver también pp. 59 y 79

¹⁶² *Ibíd.*, t. I, p. 114.

En su diario de viaje Santisteban también dejó constancia de su desprecio por la desnudez, pues su inclinación por la apertura del libre comercio, adelantada también a su época, se justificaba entre otras cosas en el hecho de que la fácil consecución de lienzos

[...] sería muy útil para cubrir la desnudez de estos miserables esclavos, que causa con ella compasión y con la vista ofenden hasta la modestia de los ojos, aumentándonos el desconsuelo de su suerte comparada en esta parte con las que tienen en las colonias extranjeras donde estos extraordinarios tejidos tiene tan vil precio que a todos les sobra para la limpieza que es tan corriente a su conservación.¹⁶³

La barbarie tenía, pues, contenidos específicos como la desnudez o como el temor del entorno natural y su percepción sobrenatural, tal como se detalló en el capítulo segundo de este trabajo. Ahora bien, la gran manifestación bárbara era el rechazo frontal al dominio colonial y a la autoridad de Dios y del Rey. Estaba presente intrínsecamente en el rechazo de las costumbres cristianas e hispanas, pero era manifiesta en la resistencia sistemática y armada al orden colonial. Durante el siglo XVIII, además, el impulso de resistencia y rebelión indígena se consolidó de manera particular en distintas regiones de América Andina pasando a ser parte de las tensas relaciones entre los dominadores coloniales y las poblaciones autóctonas que con el uso de la revuelta, las armas, el pasado indígena y la cultura política hispana se enfrentaron a los repartimientos comerciales, a las reducciones de tierras, a los nuevos impuestos y a las vejaciones de los curas.¹⁶⁴ Para Caldas esta temática era casi intrínseca en el ejercicio de la valoración del indígena, y era arte y parte de su carácter, además de ser manipulable:

El indio, siempre desconfiado y temeroso de nuevos impuestos, mira al mestizo y al español como sus más grandes enemigos. Espantado desde la época del establecimiento de estancos de aguardiente y tabaco, *vive siempre alerta sobre los nuevos impuestos. La más ligera sombra, la más leve sospecha, y la simple voz de algún pérfido que conoce su carácter, bastan para encender en un momento el fuego de la sublevación*, para acometer sin distinción, para incendiar,

¹⁶³ *Mil leguas por América*, pp. 194-195.

¹⁶⁴ John Leddy Phelan, *El pueblo y el Rey. La revolución comunera en Colombia: 1781*, Bogotá, Carlos Valencia, 1980; Anthony McFarlane, "Civil disorders and popular protests in late colonial New Granada", en *Hispanic American Historical Review*, Vol. 64, No. 1, Duke University Press, 1984, pp. 17-54; Steve J. Stern, "La era de la insurrección andina, 1742-1782: una reinterpretación", en Steve J. Stern, comp., *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XX*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1990, pp. 50-95.

para degollar y para ir hasta los últimos excesos y crueldades. ¡Mucha prudencia y cuidado es menester en los jefes para separar todo aire de nueva contribución!¹⁶⁵

Para Santisteban, por lo menos en lo tocante a los indios infieles, la relación entre los súbditos de la Corona y los pobladores en resistencia estaba mediada además por los términos de una lucha territorial y de recursos, pues en el caso del “Darién que contribuye tanta riqueza, sabemos que hay algunos que perdió nuestro descuido, cediendo a aquellos infieles indios, lo que con más resistencia conquistamos de ellos y en que consistió la que tuvo la ciudad de Panamá que hoy se mantiene a expensas del comercio del Perú y de muy poco oro que la de un jirón de aquel territorio.”¹⁶⁶

Pero cuando la etapa americana de su viaje, que fue la que quedó consignada en el diario, llegaba casi a su fin, Santisteban experimentó en parte la cercanía y el enfrentamiento de la barbarie. En lo confines de los Andes, en la gobernación colonial de Maracaibo, en la actual Venezuela, el naturalista tuvo noticia de la “bárbara nación de los indios Motilones” y en su camino entre San Cristóbal y Mérida él y sus acompañantes tuvieron que contratar dos “prácticos”,

[...] a quienes pagamos ocho reales por su trabajo, uno para este efecto [de vadear el río Mocotíes] y otro avanzado de nosotros como batidor para que avisase de cualquier novedad que ocurriese, porque llevamos, fuera de las pistolas de arzón dos escopetas para defendernos de los indios Motilones que por la parte del poniente confinan con estas montañas y no pocas veces se han dejado ver en este camino haciendo hostilidad a los pasajeros la que ha cesado casi del todo con el escarmiento que hace cinco años ejecutó el gobernador de Maracaibo con dos indios de un pueblo de su jurisdicción que daban aviso a estos infieles de la oportunidad en que debían salir a cometer sus rapiñas y excesos.¹⁶⁷

La nación de los Motilones era un grupo indígena que, en medio de un diverso mosaico de diversidad étnica, hacía parte de los grupos acusados en el siglo XVIII de haber llevado a la

¹⁶⁵ Francisco José de Caldas, “Viaje al corazón de Barnuevo...” *Op. cit.*, p. 465. Énfasis agregado.

¹⁶⁶ *Mil leguas por América*, pp. 190.

¹⁶⁷ *Ibíd.*, p. 226. Énfasis agregado.

postración y la decadencia la provincia de Santa Marta, justo al oriente de la serranía de los Motilones y Perijá, el último dominio geográfico de las alturas andinas, que la separaba de Maracaibo. Los Motilones, junto con otros grupos como los Tomocos, Arhuacos, Pampanillas, Tupes, Coyaimas y Curumaníes, fueron homogeneizados durante tal centuria bajo el apelativo Chimila, estrategia nominativa de las autoridades coloniales para homogeneizar e identificar así a su gran y único enemigo en las llanuras del norte del Nuevo Reino de Granada. Todo esto en medio de un enfrentamiento bélico entre indígenas y españoles en el cual los primeros defendían sus territorios y los segundos pretendían controlarlos reduciéndolos a pueblos de misión e insertando el área que pasaban a dominar en los circuitos económicos mediante la construcción de caminos.¹⁶⁸ Los recursos naturales, nuevamente, aparecen como factor importante de enfrentamiento y en ese sentido los coletazos de estas guerras en la ciudad de Mérida fueron bien comprendidos por Santisteban, quien escribió que

Esta ciudad, por lo material de sus casas y edificios, por lo bien delineado de sus calles y extensión de ella manifiesta la nobleza y comodidad de sus primeros fundadores, y compadece la constitución a que está reducida por su pobreza y total falta de comercio, originada por haber abandonado las fértiles vegas del Chama en que sus vecinos cogían abundante cosecha de cacao a la pequeña y bárbara nación de los indios Motilones sus confinantes [...] ¹⁶⁹

De esta forma, los Motilones representaban lo bárbaro por su desprecio y enfrentamiento bélico con el dominio colonial en general. Además, en particular, su barbarie se complementaba con el desprecio y los ataques al hombre hispano, católico, comerciante y productivo, como le había sucedido a don Lorenzo Briceño y su granja, que era un lugar “que a gran prisa ha des poblado la falta de comercio y el repetido insulto que hacen en sus fronteras la bárbara nación de los indios Motilones.”¹⁷⁰ Es decir, impedían gran parte del ideal social que Santisteban y otros hombres de la época usaban para valorar al hombre como un vasallo leal que además explotaba

¹⁶⁸ Marta Herrera Ángel, *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002, pp. 256-261 y 265-286.

¹⁶⁹ *Mil leguas por América*, p. 230.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 240.

la naturaleza con raciocinio y adelantaba productivas tareas comerciales. Ese hombre es el protagonista de la última parte del presente capítulo.

4.3. El “vasallo instruido” y la explotación racional de la naturaleza

Si bien es cierto que en algunos casos era el comportamiento indígena, antes que la condición étnica, la medida usada por los misioneros para justipreciar a los pobladores nativos del Nuevo Mundo,¹⁷¹ las referencias a su origen primordial en el mundo judaico y la valoración negativa de sus condiciones físicas, tal como se describió en la sección anterior, sirven para matizar este punto de vista. Ahora bien, el viajero Santisteban deja ver en su relato que confiaba en la instrucción y la catequesis como medios por los cuales los indios podían superar sus condiciones opuestas a la civilidad y el cristianismo, de lo cual se intuye que estas condiciones, en su perspectiva, no eran innatas o connaturales a ellos. Eran producto de su costumbre y errada educación, de manera que podían superarse con la correcta orientación. Así, en el pueblo de Pastas, cerca de Tulcán, el viajero y sus acompañantes admiraron “la policía de los indios y su devoción, pues sin otro estímulo que el de su buena educación y enseñanza se congregaban al anochecer a la iglesia a cantar el Rosario y otras oraciones en bien entonada música, debiéndose esto al celo del religioso Cura [...]”¹⁷² La “buena crianza”, ser “educados”, y hablar la lengua castellana, eran para Santisteban las condiciones inducidas que posibilitaban que entre los indios reinase la “policía” y la religión, tal como lo constató en varios pueblos.¹⁷³

Santisteban creía entonces en la posibilidad de un hombre instruido, lo que quería decir enseñado, prevenido y advertido,¹⁷⁴ que podía ser un buen vasallo del Rey y que se enfrentara al mundo con conocimientos previamente adquiridos. Obviamente, esta es la misma idea que

¹⁷¹ David J. Weber, *Op. cit.*, p. 97.

¹⁷² *Mil leguas por América*, p. 119.

¹⁷³ *Ibid.*, pp. 142, 225, 229, 233, 237 y 257. Al respecto ver Carmen Bernand, “Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico”, en Miguel León-Portilla, coord., Manuel Gutiérrez Estévez y Gary Gossen, colabs., *Motivos de la antropología americanista: indagaciones en la diferencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 118-122.

¹⁷⁴ *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces... Op. cit.*, vol. II, t. cuarto [1734], p. 285.

subyace la actividad misional en general, y tal como lo expresó el padre capuchino fray Joaquín de Finestrada más de cuatro décadas después de que el panameño escribiera su diario, se concretaba en un “vasallo instruido” que conocía muy bien sus obligaciones políticas, abrazaba la fidelidad y defensa de la monarquía, respetaba las autoridades ministeriales y estaba convencido del carácter divino de la autoridad del Rey. Además de todo lo anterior, y esto es lo que interesa aquí, el buen vasallo conocía bien la naturaleza que Dios le había dado y las formas apropiadas de hacer uso de ella y sacar adelante la agricultura y el comercio.¹⁷⁵ Lo anterior debía ser producto de un proceso de aprendizaje, pues

*El aprecio y estimación de las cosas nace y resulta del conocimiento que se tiene de ellas. Cuando el Nuevo Reino de Granada se hallaba en la confusa barbarie de la gentilidad dominado por la natural ferocidad de sus Reyes; cuando se miraba oculto al conocimiento de los más sabios nada de aprecio se hacia de su abundancia y riquezas. Yo que he tenido el gusto de haber corrido muchas de sus provincias con el ejercicio de las Misiones y haber estudiado con atención particular lo delicioso de sus eminencias, lo apreciable de sus valles, lo ameno de sus vegas, lo vistoso de sus prados y lo peregrino de sus montes como igualmente el carácter de sus naturales, pienso hacer una exacta relación de mis observaciones para su mayor felicidad y el mejor real servicio si hallan aceptación en la real voluntad y en la de sus sabios Ministros que en nombre de su soberano Príncipe gobiernan.*¹⁷⁶

Dentro de esta perspectiva que era común a algunos misioneros y naturalistas durante el siglo XVIII, y como ya se comentó, el papel de Dios con respecto a la percepción de la naturaleza como receptáculo de sus mensajes había variado en gran medida. Lo que no había cambiado era el papel que el creador le había dado al hombre como señor y dueño de la misma. Las revelaciones divinas fueron reemplazadas por la razón y la observación directa, pero permaneció “la concepción de que la naturaleza estaba al servicio del hombre, mientras se iba acentuando la noción de dominio sobre el mundo natural con el desarrollo productivo, comercial,

¹⁷⁵ Fr. Joaquín de Finestrada, *El vasallo instruido en el estado del Nuevo Reino de Granada y en sus respectivas obligaciones* [1789], Introducción y transcripción por Margarita González, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2000.

¹⁷⁶ *Ibíd.*, p. 89. Énfasis agregado.

tecnológico y científico.”¹⁷⁷ La ausencia de estos elementos implicaba la barbarie, de la cual hacían parte además la infelicidad y la condición de miserable. Para el franciscano Palacios de la Vega, por ejemplo, la condición de la infelicidad estaba mediada principalmente por la de desnudez, la falta de iglesias y de manera notable por la ausencia de bienes materiales y de estrategias productivas de sujeción de la tierra, pues en las tierras bajas que visitó en jurisdicción de Cartagena, con asombro vio cómo la mayoría de la gente mantenía muy poco ganado y cortos sembradíos de maíz, yucas y arroz. Todo lo contrario sucedía, en cambio, con un cura que en medio de la miseria lograba sostenerse en su curato de San José de Ojo Largo mediante las actividades de “un hato de ganado con mil cabezas, algunas crías de cerdos, y que su hermano hacía carnes y lo vendía [sic] en Zaragoza y de esto se mantenía.”¹⁷⁸

Por su parte, Santisteban fue mucho más específico en dar cuenta de los beneficios y la grandeza de la explotación racional de la naturaleza cuando relató las argucias de los hacendados del valle de Cayambe, cerca de Quito, recurriendo a nociones como el provecho, la seguridad, el ahorro y el orden:

Este valle tendrá poco más de cuatro leguas de extensión y parece que la naturaleza lo dispuso para los fines a que los habitantes de la provincia lo tienen destinado, porque cerrado todo de montes y collados, se arriman los que miden sus anchura a una elevada sierra que es parte de la cordillera de cuya cumbre coronada de nieves, tiene principio los dos pequeños ríos nombrados Guachala y Granobles, que dirigiendo sus cursos por los opuestos, riegan sus campañas y las fertilizan de cuantas hierbas son útiles para engordar los ganados de que [de ellas] *sacan los hacendados en el (que son los vecinos más principales de la ciudad de Quito) grandes provechos*, porque en los altos crían sus rebaños y manadas de ovejas, y de vacas; en las faldas siembran a un mismo tiempo y cogen abundante cosecha de granos de España y de las Indias, y el llano que a medida de la extensión de las propiedades que tienen en esta grande dehesa, lo dividen en cuadros, cercados de profundas zanjias o fosos, que llaman potreros, *les da a un mismo tiempo la seguridad y el ahorro*, pues con dos o tres pastores guardan los novillos que encierran en ellos,

¹⁷⁷ María del Rosario Prieto y Teresita Castrillejo, “Las ideas de los ilustrados del Virreinato del Río de la Plata sobre conservación de la naturaleza”, en Bernardo García Martínez y Alba González Jácome, comps., *Op. cit.*, pp. 25 y 31.

¹⁷⁸ Gerardo Reichel-Dolmatoff, ed., *Op. cit.*, pp. 72 y 93.

pasándolos de unos potreros a otros por los puentes de tablas que les hacen, cuyo *orden para la ceba* de ellos, y *utilidad de esta negociación* es el siguiente [...]¹⁷⁹

Esta es la actividad humana y el esfuerzo racional que el viajero conoce y que le permite plantar sobre el papel las ideas de una visión paisajística alegre y próspera, tal como se analizó en el capítulo anterior. A decir verdad, la visión del paisaje y la construcción humana detrás del mismo son asuntos que no están desligados y por eso considero pertinente mi crítica a la reseña de Tovar Pinzón que sirvió para dar comienzo a este capítulo. Por otro lado, como se ha mostrado sobre varios puntos, la idea del hombre metódico en sus labores de explotación de la naturaleza, aunque está inserta aquí en un contexto muy específico, estaba ya presente en la Antigüedad Clásica como podrá inferirse de la obra de Hesíodo sobre *Trabajos y días*, donde se aconseja al hombre trabajador un compromiso con el orden, con el sentido común y la constancia para alcanzar así la prosperidad y la abundancia: “Cuando ya se muestren a los mortales los primeros días de labranza, poned entonces manos a la obra, juntos los criados y tú, arando la tierra seca y húmeda en la época de la labranza y ganando tiempo muy de mañana, para que se llenen de frutos tus campos.”

Más explícitamente aparece la tradición judeocristiana que sustenta la idea ya comentada de la autoridad y obligación del hombre para sacar provecho de la naturaleza, tal como lo escribió el naturalista panameño cuando discutió con profusión sobre el libre comercio comentando que el oro, la plata y las piedras preciosas “por nuestro descuido no sólo se malogran sino que por nuestra inaplicación y abandono *incurrimos como dice el Eclesiastés en la desventura de ser dueños de las riquezas y haberlas puesto Dios en nuestra mano para que no sepamos aprovecharnos de ellas, sino antes de consentir en que se las coman y lleven los extranjeros [...]*”¹⁸⁰

¹⁷⁹ *Mil leguas por América*, pp. 114-115. Santisteban se extiende en explicar las alianzas y circuitos comerciales que permitían obtener sistemáticamente los beneficios económicos de estas actividades pecuarias.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, p. 196. Énfasis agregado.

Cabe preguntarse, para finalizar, si todo vasallo puede ser un hombre inserto en el ideal de explotación racional de la naturaleza. Con esta cuestión en mente, la evidencia muestra que, por lo menos en el pensamiento de Santisteban, sólo unos pocos pueden serlo. En su descripción de los metódicos hacendados de Cayambe él hizo referencia al hecho de que se trataba de los principales vecinos de la ciudad de Quito, y al parecer este dato no es gratuito. En el paraje de Dinde o Pie de Buenavista, en el valle del río Magdalena, el naturalista comentó la presencia de “gente de color” que obtenía el sustento de la cría de ganado; en su siguiente parada, en Carboncito, manifestó que “hay caserías de hombres de color que pasan sin afán y se mantienen con abundancia.”¹⁸¹ Estos pobladores pertenecientes a las heterogéneas castas no merecieron la descripción detallada de los prósperos vecinos de Quito, a pesar de que sus actividades pecuarias eran objeto también de sus esfuerzos e ingenios. Como es evidente en la cita, aquí la abundancia no era el fruto del trabajo del hombre sino de la prodigalidad del entorno, pues la gente podía pasar sin afán y aun así vivir bien. Precisamente, en la imaginación social y geográfica sobre los trópicos, tal como se consolidó en el siglo XVIII, existía el supuesto fundamental de que debido a su abundancia y fecundidad las necesidades del hombre podían satisfacerse con escasos esfuerzos físicos y mentales. Para los europeos, y como puede verse en este caso para muchos criollos, esta situación no era deseable pues se trataba de una vida indolente y sin estímulos para el trabajo, la acumulación de riqueza y la civilización.¹⁸² Santisteban valoraba un modelo de trabajo y explotación que por estar inserto en los grandes circuitos comerciales, políticos y culturales sólo podía incluir a unos pocos “vasallos instruidos”, aquellos que conformaban la sociedad dominante, que se acercaban si misticismo a la naturaleza y que la dominaban con ingenio hasta convertirla en paisajes prósperos.

¹⁸¹ *Ibíd.*, pp. 147-148.

¹⁸² David Arnold, *Op. cit.*, p. 144.

CONCLUSIONES

Dos maneras distintas de percibir la naturaleza, y aun así similares en lo tocante al papel creador de Dios, se ponen en evidencia al evaluar con detalle los textos que hacen parte de la experiencia viajera de misioneros y naturalistas durante el siglo XVIII. Estas vertientes perceptivas que se pueden distinguir en la descripción escrita son producto de procesos de observación y acercamiento que tomaba lugar antes de dar forma al relato, pero que lógicamente influenciaban la estructura, los contenidos y los posibles públicos del mismo. Para abarcar la naturaleza y las relaciones que el hombre entablaba con ésta se hacían necesarias unidades de análisis, las cuales pueden denominarse paisajes. Esos paisajes se construían con la visión y la escritura en la experiencia viajera, pero además eran parte de las realidades naturales y sociales de los espacios recorridos, pues eran producto de las relaciones entre los seres humanos y sus entornos geocológicos. Precisamente, enfrentarse a la naturaleza para sacar provecho de ella y otros aspectos fundamentales como la sujeción a Dios y al Rey, fueron los puntos esenciales usados por los viajeros para valorar la alteridad social. Todo esto dentro del marco de unos viajes que eran, ciertamente, mucho más que escribir, que se insertan en procesos históricos más amplios que los viajes propiamente dichos, y que por ende deberán seguir siendo evaluados tanto en los términos de la escritura y el viaje, como más allá de lo que la escritura deja ver a primera vista, y más allá de lo que en efecto esta permite escudriñar. Es decir, la reconstrucción de la experiencia viajera en su máxima totalidad posible, sólo será viable cuando nuevas fuentes, particularmente fuentes inéditas de archivos y bibliotecas, sean sistemáticamente consultadas, previo diseño de un plan de investigación guiado por los protocolos de la historia cultural que complemente los alcances de la perspectiva del análisis del discurso escrito.

La naturaleza, el paisaje y la sociedad son realidades mutuamente influyentes que hacen parte constitutiva de los relatos y experiencias de los viajeros que he estudiado aquí. Sin embargo, esta es más bien una certeza confirmada a posteriori, pues mi propuesta inicial de usar estas tres categorías interrelacionadas tenía que ver más con intereses investigativos previos que

consideraba necesario escudriñar en unas fuentes hasta ahora inexploradas en ese sentido: los relatos de viaje del misionero fray Juan de Santa Gertrudis y del naturalista Miguel de Santisteban. Mi intención era seguir construyendo la compleja imagen de las percepciones culturales de la naturaleza y las configuraciones simbólicas y narrativas del paisaje que tomaban lugar en las sociedades del siglo XVIII hispanoamericano, y particularmente en América Andina septentrional, unidad de análisis que no sólo me resultó interesante y posible debido a los recorridos de los viajeros escogidos para el estudio, sino por la sensibilización que con dicha realidad me permitieron algunos cursos de la Maestría en Estudios de la Cultura de la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, y el conocimiento de proyectos como el de la *Historia de América Andina*, gestionado por esta misma Universidad.

En el texto que llega a su fin, espero haber podido transmitir una serie de hipótesis significativas en torno a estos temas, que en su conjunto conforman una tesis que sostiene que la naturaleza, el paisaje y la sociedad, como temas de investigación histórica al tiempo que como ejes fundamentales de la experiencia viajera, fueron durante el siglo XVIII campos de percepción, análisis y valoración anclados en diversas tradiciones culturales, conjugadas con eclecticismo en las mentes de los misioneros y naturalistas de aquella época, que daban sentido y orientación a sus prácticas durante el viaje y que aparecen a modo de palimpsestos en sus textos escritos. Es por ello que contrario a lo que a menudo se supone de manera evolucionista, el conjunto de oposiciones entre los procedimientos cognitivos, valorativos y expositivos que con respecto a los temas tratados usaron los viajeros, no necesariamente tomó lugar en orden cronológico, pues mientras Santa Gertrudis confiaba en el saber de la semejanza y en la estrategias escolásticas, Santisteban prefiguraba procedimientos experimentales que ni siquiera Caldas llegó a abordar con tal desenvolvimiento, siendo éste un ilustrado en todo el sentido de la palabra.

La naturaleza, como obra suprema de Dios, se anclaba en la tradición judeocristiana, pero era interpretada escolásticamente por Santa Gertrudis, al tiempo que percibida según las

configuraciones de la semejanza e imaginada como escenario de mensajes del bien y del mal que la dotaban de elementos sobrenaturales. Si bien es necesario seguir indagando el uso de los sentidos en este tipo de percepción, me fue posible hacer más visible tal uso en Santisteban, pues para él era fundamental acercarse a la naturaleza vaciándola de cualquier entidad o fenómeno sobrenatural para poderla conocer con sus propios ojos, tacto y gusto, al margen de saberes o tradiciones no verificables sobre el terreno, y según sus rudimentos o lineamientos más básicos de la racionalidad de la ciencia moderna, que posteriormente fueron mucho más sólidos en viajeros ilustrados como Caldas. El uso de la visión, precisamente, facilitaba configurar y narrar paisajes o unidades territoriales en las que el hombre interactuaba con la naturaleza, que eran descritas con adjetivos relativos a la felicidad terrenal y al goce estético, adjetivos y narrativa cuya genealogía más precisa es necesario determinar en el futuro, pues si bien lo anterior aparece claramente vinculado con las posibilidades de la felicidad terrenal a través de la explotación racional de la naturaleza en Santisteban, aun está por determinarse el fundamento principal que posibilita su presencia en el relato de Santa Gertrudis. Igualmente, sigue abierto el camino hacia investigaciones sobre la acción misionera y la transformación material del paisaje a través de la introducción de semillas, ganados, herramientas y la construcción de pueblos, particularmente en misiones ubicadas en las tierras bajas adyacentes a los Andes. Finalmente, la variable sociedad ha sido enfocada sobre todo desde el punto de vista valorativo que manifestaron los viajeros, pues el apego a las costumbres cristianas e hispanas y las estrategias para conocer, dominar, explotar y transformar la naturaleza eran indicadores que les servían a misioneros y naturalistas para calificar de bárbaros o de buenos vasallos a los miembros de las sociedades entre las cuales estuvieron. Queda así demostrado que, en efecto, se preocuparon por la alteridad social, y un poco más despejado el camino para seguir conociendo tal preocupación. Ahora bien, las relaciones viajeros-sociedades locales, y la percepción de la sociedad en general sobre los viajeros, temas que tal vez podrían explorarse a través de actas capitulares, juicios civiles y criminales o testamentarias que reposan en los archivos de las ciudades, villas y parroquias por

donde pasaron, es una tarea que sólo se completará en el marco de una investigación amplia sobre la totalidad de la experiencia viajera.

Para finalizar, valga la pena decir que el elenco que hizo parte de esta narración histórica sigue siendo reducido, y ampliarlo en el futuro será de suma importancia. En ese sentido, creo que es necesario seguir esta ruta investigativa y abarcar con más precisión los Andes septentrionales al igual que incluir la realidad de los Andes centrales y del centro-sur. Así, el elenco de reparto de este trabajo, si bien Caldas ganó bastante protagonismo, tiene que ser integrado en papeles estelares en investigaciones futuras, en las cuales además comparta escenario con Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Charles Marie de La Condamine, José Celestino Mutis, Alejandro Malaspina, José de Bustamante, Hipólito Ruiz y López, José Antonio Pavón o Josef López Ruíz. Esto por el lado de los naturalistas y geógrafos, pues los relatos de misioneros son más escasos, lo cual invita con insistencia a la investigación sistemática en fuentes inéditas, urgencia metodológica en este tipo de estudios, que apenas ha sido satisfecha en este trabajo. Es casi seguro que muchos relatos de viaje permanecen aun inexplorados reposando en archivos de nuestro mundo andino como en colecciones especiales y archivos en Europa y Estados Unidos.

Con el presente trabajo, y con otros que profundicen lo aquí expuesto, creo que se contará con un mejor equipaje para continuar el viaje investigativo hacia el amplio campo de las relaciones entre naturaleza, paisaje y sociedad durante el siglo XVIII, lo que a su vez sería una base importante para observar los cambios de tales relaciones en el contexto decimonónico de la Independencia, la instauración de la modernidad política y la configuración de los estados nacionales. Sea esta la invitación final para dar por concluida la presente marcha.

Fuentes y bibliografía

Fuentes manuscritas

Archivo General de la Nación (Bogotá-Colombia).

Mejoras materiales, t. 17, ff. 988v.- 992v.

Testamentarías de Cundinamarca, t. 4, ff. 858r.-896v.

Virreyes, t. 13, ff. 200r.-209v.

Fuentes impresas y publicadas

Caldas, Francisco José de, “Memoria sobre el plan de un viaje proyectado de Quito a la América septentrional, presentada al célebre director de la Expedición Botánica de la Nueva Granada, don José Celestino Mutis, por F. J. de Caldas” [1802], en *Obras completas de Francisco José de Caldas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, pp. 303-321.

Caldas, Francisco José de, “Viaje al corazón de Barnuevo. Mayo 1804”, en *Obras completas de Francisco José de Caldas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, pp. 437-498.

Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua [1726-1739], Edición facsímil bajo el título *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, tres tomos, 2002.

Finestrada, Fr. Joaquín de, *El vasallo instruido en el estado del Nuevo Reino de Granada y en sus respectivas obligaciones* [1789], Introducción y transcripción por Margarita González, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2000.

Gumilla, Joseph, *El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil, y geográfica de este gran río* [1741], Bogotá, A.B.C., 1955.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo, ed., *Diario de viaje del P. Joseph Palacios de la Vega entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada. 1787-1788*, Bogotá, A.B.C., 1955.

Robinson, David J., transcripción y estudio preliminar, *Mil leguas por América. De Lima a Caracas 1740-1741. Diario de viaje de don Miguel de Santisteban*, Bogotá, Banco de la República, 1992.

Santa Gertrudis OFM, Fray Juan de, *Maravillas de la naturaleza* [ca. 1775], Bogotá, Biblioteca Banco Popular, cuatro tomos, 1970.

Bibliografía

Almario García, Óscar, “La etnohistoria de los Andes del sur de Colombia y las tierras bajas adyacentes del Amazonas y del Pacífico”, en Óscar Almario García, *La invención del suroccidente colombiano. Tomo I. Historiografía de la gobernación de Popayán y el Gran Cauca, siglos XVIII y XIX*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, Concejo de Medellín, Corporación Instituto Colombiano de Estudios Estratégicos, 2005, pp. 43-120.

Altuna, Elena, *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII-XVIII*, Berkeley, Centro de estudios literarios “Antonio Cornejo Polar”, Latinoamericana Editores, 2002.

Altuna, Elena, “La región del Tucumán en los relatos de viajeros (siglos XVII-XVIII)”, en *Memorias. Jornadas Andinas de literatura Latino Americana*, La Paz, Plural Editores, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-UMSA, 1995, pp. 63-73.

Arnold, David, *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa* [1996]. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Astuto, Philip Louis, *Eugenio Espejo. Reformador ecuatoriano de la Ilustración (1747-1795)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

Augé, Marc, “El lugar antropológico” [1992], en Marc Augé, *Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 49-79.

Ayala Mora, Enrique, “Presentación General”, en Luís Guillermo Lumbreras, ed., *Historia de América Andina. Vol. 1. Las sociedades aborígenes*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Libresa, 1999, pp. 9-23.

Balseca, Fernando, *Of languages without vowels, rats in the living rooms, and other hardships on the tropics: cultural representations of eighteenth-century travelers and scientists in Ecuador*, Master of Arts Thesis, Department of Liberal Arts, Emory University, 1990.

Bauer, Arnold J., *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América Latina* [2001], México, Taurus, 2002.

Bernand, Carmen, “Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico”, en Miguel León-Portilla, coord., Manuel Gutiérrez Estévez y

- Gary Gossen, colabs., *Motivos de la antropología americanista: indagaciones en la diferencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 105-133.
- Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador* [1949], (Edición anotada por Étienne Bloch. Prefacio de Jacques Le Goff), México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Borja Gómez, Jaime Humberto, *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado. Construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad Iberoamericana de México, 2002.
- Bourguet, Marie Nöelle, “El explorador”, en Michel Vovelle, ed., *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 265-318.
- Bowler, Peter J., *Historia Fontana de las ciencias ambientales* [1992], México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Brading, David A., “La España de los borbones y su Imperio Americano”, en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina. Vol. 2: América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 85-102.
- Brandis, Dolores, “El paisaje urbano madrileño en las obras de viajeros extranjeros”, en Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros, *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 107-134.
- Braudel, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. T. I. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible* [1967], Madrid, Alianza, 1984.
- Bustos, Guillermo, “De la ‘Audiencia’ al ‘Reino de Quito’: la imaginación histórica de Juan de Velasco”, en María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, coords., *Ecuador-España. Historia y perspectiva. Estudios*, Quito, Embajada de España en el Ecuador, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, 2001, pp. 96-99.
- Castro Herrera, Guillermo, “Naturaleza, sociedad e historia en América Latina”, en Héctor Alimonda, comp., *Ecología política. Naturaleza, sociedad y utopía*, Buenos Aires, CLACSO, 2002, pp. 83-99.
- Castro Ponce, María Soledad, “Las expediciones científicas a la Real Audiencia de Quito”, en María Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, coords., *Ecuador-España. Historia y perspectiva. Estudios*, Quito, Embajada de España en el Ecuador, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, 2001, pp. 78-83.
- Chartier, Roger, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000.

- Clifford, James, “Culturas viajeras” [1990], en James Clifford, *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 29-64.
- Córdoba Ochoa, Luís Miguel, *Las relaciones de méritos y la difusión de la cultura política castellana en Indias*, Tesina presentada al Doctorado y diploma de estudios avanzados “Estudios sobre Europa, el mundo mediterráneo y su difusión atlántica”, Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, 2003.
- Cosgrove, Denis, “Paisaje cultural”, en R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith, eds., *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid, Akal, 2000, pp. 426-428.
- Crosby, Alfred W., *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900* [1986], Barcelona, Crítica, 1999.
- Dollfus, Olivier, *Territorios andinos. Reto y memoria*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, Instituto de Estudios Peruanos, 1991.
- Duby, Georges, “Algunas notas para un historia de la sensibilidad al paisaje” [1991], en *Obras selectas de Georges Duby*, (Presentación y compilación de Beatriz Rojas), México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 449-452.
- Duncan, James, “Paisaje”, en R. J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith, eds., *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid, Akal, 2000, pp. 425-426.
- Estermann, Josef, *Filosofía andina. Estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*, Quito, Abya-Yala, 1998.
- Fernández-Armesto, Felipe, *Civilizaciones. La lucha del hombre por controlar la naturaleza* [2000], Madrid, Taurus, 2002.
- García Martínez, Bernardo y Alba González Jácome, comps., *Estudios sobre historia y ambiente en América, vol. I, Argentina, Bolivia, México, Paraguay*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia / El Colegio de México, 1999.
- García Martínez, Bernardo y María del Rosario Prieto, comps., *Estudios sobre historia y ambiente en América, vol. II, Norteamérica, Sudamérica y El Pacífico*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia / El Colegio de México, 2002.
- García Pastor, Juan, “Introducción” [1956], en *Maravillas de la naturaleza*, Biblioteca virtual del Banco de la República, Biblioteca Luís Ángel Arango, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/faunayflora/maravol1/mara0.htm>
- Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900* [1955], México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

- Gisbert, Teresa, “Lo pájaros parlantes en el imaginario colonial”, en *Memorias. Jornadas Andinas de literatura Latino Americana*, La Paz, Plural Editores, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-UMSA, 1995, pp. 337-345.
- Gómez de la Serna, Gaspar, *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1974.
- Gómez Mendoza, Josefina, Nicolás Ortega Cantero y otros, *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988.
- Harris, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura* [1968], México, Siglo Veintiuno, 1997.
- Harris, Marvin, *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna* [1999], Barcelona, Crítica, 2000.
- Herrera Ángel, Marta, Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002.
- Lafuente, Antonio, José de la Sota y Jaime Vilchis, “Dinámica imperial de la ciencia: los contextos metropolitano y colonial en la cultura española del siglo XVIII”, en Agustín Guimerá, ed., *El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar*, Madrid, Alianza, CSIC, Fundación MAPFRE AMÉRICA, 1996, pp. 175-202.
- Lévi-Strauss, Claude, *Las estructuras elementales del parentesco* [1949], Barcelona, Paidós, 1991.
- Lowenthal, David, *The past is a foreign country* [1985], Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Lumbreras, Luís G., “Introducción al volumen”, en Luís Guillermo Lumbreras, ed., *Historia de América Andina. Vol. 1. Las sociedades aborígenes*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Libresa, 1999, 25-44.
- McFarlane, Anthony, “Civil disorders and popular protests in late colonial New Granada”, en *Hispanic American Historical Review*, Vol. 64, No. 1, Duke University Press, 1984, pp. 17-54.
- Mejía Arango, Juan Luís, “Fray Juan de Santa Gertrudis, un cronista tardío” [2004], en *Maravillas de la naturaleza*, Biblioteca virtual del Banco de la República, Biblioteca Luís Ángel Arango, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/faunayflora/maravol1/mara0.htm>
- Meléndez Dobles, Silvia, “La historia ambiental: aportes interdisciplinarios y balance crítico desde América Latina”, en *Cuadernos digitales: publicación electrónica en historia, archivística y estudios sociales*, Universidad de Costa Rica, Escuela de Historia, Vol. 7, No. 19, <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/cuadernos/c19-his.pdf>.

- Mestre, Antonio, “La actitud religiosa de los católicos ilustrados”, en Agustín Guimerá, ed., *El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar*, Madrid, Alianza, CSIC, Fundación MAPFRE AMÉRICA, 1996, pp. 147-163.
- Mörner, Magnus, “Los relatos de viajeros europeos como fuentes de la historia latinoamericana desde el siglo XVIII hasta 1870” [1982], en Magnus Mörner, *Ensayos sobre historia latinoamericana. Enfoques, conceptos y métodos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional, 1992, pp. 191-240.
- Navarro, Fernando y Sandra Fernández, “Viajes y viajeros: sobre algunos tópicos para entender la mirada cultural sobre la economía regional argentina”, en María Verónica Secreto y Norberto Ferreras, coords., dossier “Viajeros: el inventario del mundo”, *Revista Theomai. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo*, No. 3 (primer semestre de 2001), Universidad Nacional de Quilmes, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero3/index.htm>
- Ortega Cantero, Nicolás, “La experiencia viajera en la Institución Libre de Enseñanza”, en Josefina Gómez Mendoza, Nicolás Ortega Cantero y otros, *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 67-88.
- Ospina, Pablo, “Naturaleza y sociedad. Una lectura antropológica del viejo problema.” Artículo inédito. (Compartido por su autor con generosidad).
- Pérez Mejía, Ángela, *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de Independencia. 1780-1849*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2002.
- Pérez Morales, Edgardo, “Países, paisajes y caminos. Metáforas culturales y percepciones diversas. 1776-1853”, en Orián Jiménez Meneses, Edgardo Pérez Morales y Felipe Gutiérrez Flórez, eds., *Caminos, rutas y técnicas: huellas espaciales y estructuras sociales en Antioquia*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2005, pp. 239-278.
- Pérez Morales, Edgardo, “La naturaleza como percepción cultural. Montes y selvas en el Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII.” Ponencia presentada en el *II Simposio Internacional Interdisciplinario de Colonialistas de las Américas*, Bogotá, Georgetown University, Colonial Americas Studies Organization, Pontificia Universidad Javeriana, agosto 8 al 11 de 2005.
- Pérez Vejo, Tomás, “México visto por un comerciante montañés de fines de la colonia”, en María Verónica Secreto y Norberto Ferreras, coords., dossier “Viajeros: el inventario del mundo”, *Revista Theomai. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo*, No. 3 (primer semestre de 2001), Universidad Nacional de Quilmes, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero3/index.htm>

- Phelan, John Leddy, *El pueblo y el Rey. La revolución comunera en Colombia: 1781*, Bogotá, Carlos Valencia, 1980.
- Poole, Deborah, *Visión, raza y modernidad. Una economía visual del mundo andino de imágenes* [1997], Lima, Sur Casa de estudios del Socialismo, Consejería en proyectos, 2000.
- Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* [1992], Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Prieto, María del Rosario y Teresita Castrillejo, “Las ideas de los ilustrados del Virreinato del Río de la Plata sobre conservación de la naturaleza”, en Bernardo García Martínez y Alba González Jácome, comps., *Estudios sobre historia y ambiente en América, vol. I, Argentina, Bolivia, México, Paraguay*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia / El Colegio de México, 1999, pp. 23-36.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada* [1984], Montevideo, Arco, 1998.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, “Introducción”, en Gerardo Reichel-Dolmatoff, ed., *Diario de viaje del P. Joseph Palacios de la Vega entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada. 1787-1788*, Bogotá, A.B.C., 1955, pp. 5-16.
- Robinson, David J., “Estudio preliminar”, en David J. Robinson, transcripción y estudio preliminar, *Mil leguas por América. De Lima a Caracas 1740-1741. Diario de viaje de don Miguel de Santisteban*, Bogotá, Banco de la República, 1992, pp. 11-83.
- Rodríguez G., Ana Luz, comp., *Pensar la cultura. Los nuevos retos de la historia cultural*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2004.
- Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* [1976], Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.
- Santos, Milton, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción* [1996], Barcelona, Ariel, 2000.
- Sauer, Carl O., “La morfología del Paisaje”, en *University of California publications in Geography*, Vol. 2, No. 2, 1925. Traducción de Guillermo Castro H. <http://www.colorado.edu/geography/giw/sauer-co/LaMorforlogiaDelPaisaje.doc>.
- Schama, Simon, *Landscape and Memory* [1995], New York, Vintage Books, 1996.
- Schama, Simon, *Auge y caída del Imperio Británico. 1776-2000* [2002], Barcelona, Crítica, 2004.
- Secreto María, Verónica, “Introducción”, en María Verónica Secreto y Norberto Ferreras, coords., dossier “Viajeros: el inventario del mundo”, *Revista Theomai. Estudios sobre*

- sociedad, naturaleza y desarrollo*, No. 3 (primer semestre de 2001), Universidad Nacional de Quilmes, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero3/index.htm>
- Secreto, María Verónica y Norberto Ferreras, coords., dossier “Viajeros: el inventario del mundo”, *Revista Theomai. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo*, No. 3 (primer semestre de 2001), Universidad Nacional de Quilmes, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero3/index.htm>.
- Silva, Renán, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Banco de la República, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002.
- Silva, Renán, “José celestino Mutis y la cultura intelectual en la sociedad colonial neogranadina” [1981], en Renán Silva, *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia cultural*, Medellín, La Carreta, 2005, pp. 47-78.
- Silva, Renán, “La crítica ilustrada de la realidad en las sociedades andinas” [2002], en Renán Silva, *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia cultural*, Medellín, La Carreta, 2005, pp. 15-45.
- Soublin, Jean, *La segunda mirada. Viajeros y bárbaros en la literatura* [2001], Barcelona, Tusquets, 2003.
- Spurr, David, *The Rhetoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*, Durham and London, Duke University Press, 1993.
- Stern, Steve J., “La era de la insurrección andina, 1742-1782: una reinterpretación”, en Steve J. Stern, comp., *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XX*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1990, pp. 50-95.
- Terán Najas, Rosemarie, “La ciudad colonial y sus símbolos: una aproximación a la historia de Quito en el siglo XVII”, en Eduardo Kingman Garcés, comp., *Ciudades de los Andes. Visión histórica y contemporánea*, Quito, CIUDAD, IFEA, 1992, pp. 153-171.
- Terán Najas, Rosemarie, “La Iglesia en los Andes en el siglo XVIII”, en Margarita Garrido, ed., *Historia de América Andina. Vol. 3. El sistema colonial tardío*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Libresa, 2001, pp. 183-214.
- Tovar Pinzón, Hermes, “Un criollo ilustrado”, en *Boletín cultural y bibliográfico*, vol. XXIX, No. 30, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1992, pp. 142-145.
- Weber, David J., *Bárbaros: Spaniards and their Savages in the Age of Enlightenment*, New Haven and London, Yale University Press, 2005.
- Williams, Raymond, *Marxismo y literatura* [1977], Barcelona, Península, 1980.

Williams, Raymond, *Palabras Clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad* [1976], Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

Zapata Cano, Rodrigo, “Modo y figura en las maravillas de la naturaleza. La historia natural en los padres misioneros del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada”, en *Historia y Sociedad*, No. 10, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2004, pp. 127-161.